

D. H. LAWRENCE

El oficial prusiano

y otros relatos

ÍNDICE

Un trozo de vidrio de colores.....	3
El segundón.....	11
Las sombras de la primavera.....	18
El oficial prusiano	31
La hija del tratante de caballos.....	47
La frontera.....	61
El caballito de madera ganador.....	76
Cosas	88
Una vez.....	96

Un trozo de vidrio de colores

A Fragment of Stained Glass, 1911

Beauvale es, o era, la mayor parroquia de Inglaterra. Es poco poblada, abarca únicamente los restos de gran cantidad de viviendas de tres importantes pueblos mineros. Además ocupa una vasta extensión de bosques, fragmentos del viejo Sherwood, unas pocas colinas de pastores y de tierra de labranza, tres minas y, por último, las ruinas de un monasterio cisterciense. Estas ruinas yacen en una pradera aún fértil al pie de la última ladera de bosque, a través de cuyos robles relumbra en mayo el azul de los jacintos, como agua. De la abadía sólo queda el muro oriental del coro, con una salvaje masa de hiedra que agobia un saliente mientras las palomas se encaraman en la tracería de una elevada ventana. De esta ventana se trata.

El vicario de Beauvale es un solterón de cuarenta y dos años. A edad temprana contrajo una enfermedad que le produjo una leve parálisis en el lado derecho de modo que se arrastra un poco y la comisura derecha de su boca está contraída contra su mejilla en una mueca sempiterna que no esconde el espeso bigote. Hay algo patético en la expresión del vicario: sus ojos son astutos y tristes. Resultaría difícil acercarse al señor Colbran. Ahora, ciertamente, su alma tiene algo de la contorsión de su cara, de modo que cuando no es irónico, es satírico. No obstante, casi no existe hombre de más completas tolerancia y generosidad. Cuando los patanes se ríen de él, simplemente sonrío con el otro lado y no hay malicia en sus ojos, sólo una serena expresión de esperar a que terminen. Su gente no le tiene simpatía; sin embargo, no se le puede acusar de nada, salvo de que «nunca puedes saber si se está burlando de ti».

La noche pasada cené con el vicario en su estudio. El cuarto escandaliza al vecindario por las estatuas que lo adornan: un Laocoonte y otras copias de clásicos, con obras en bronce y plata del Renacimiento italiano. Lo demás es oscuro y leonado.

El señor Colbran es arqueólogo. Sin embargo no toma en serio su hobby, de modo que nadie conoce el valor de sus opiniones sobre el tema.

—Aquí tiene —me dijo después de la cena—; he encontrado otro párrafo para mi gran obra.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—¿No le he contado que he estado compilando una Biblia del pueblo inglés, la Biblia de sus corazones, sus exclamaciones en presencia de lo desconocido? En casa he hallado un fragmento, una tentativa de llegar a Dios desde Beauvale.

—¿Dónde? —pregunté, atónito.

El vicario entrecerró los ojos mientras me miraba. —Sólo es un pergamino.

Luego, lentamente, alcanzó un libraco amarillo y leyó, traduciendo al mismo tiempo:

—«Entonces, mientras cantábamos, se produjo una rotura en la ventana, en la gran ventana del este, donde colgaba Nuestro Señor de la Cruz. Era un maligno. Demonio codicioso enfurecido por nosotros que destruyó la amorosa imagen del vidrio. Vimos las zarpas de hierro del condenado

golpeando la ventana y una cara enrojecida como el fuego en una canasta nos envió su luz. Se nos derritieron los corazones, se nos rompieron las piernas; pensamos morir. El aliento del condenado llenó la capilla.

»Pero nuestro amado Santo, etc., etc., acudió a defendernos desde el cielo. El maldito empezó a gruñir y a rebuznar; se espantó y huyó.

»Cuando salió el sol, llegada la mañana, algunos salieron temerosos a la fina capa de nieve. Allí estaba la figura de nuestro Santo rota y tirada, mientras que la ventana era un agujero perverso; de las Santas Heridas había salido la Sangre Bendita al contacto con el Maldito, y sobre la nieve estaba la Sangre refulgente como el oro. Algunos la recogieron para alegría de esta Casa...»

—Interesante dije—. ¿De dónde es?

—De la abadía— de Beauvale. Siglo quince.

—En la abadía de Beauvale —dije— sólo había unos pocos monjes. Me pregunto qué les habría asustado.

—Yo también —comentó.

—Alguien escaló —supuse— e intentó entrar.

—¿Qué? —exclamó sonriente.

—Bueno, pues, ¿qué piensa usted?

—Más o menos lo mismo —replicó—. Lo encontré para mi libro.

—¿Su gran obra? Cuénteme.

Puso una pantalla sobre la lámpara de modo que la habitación casi se sumió en la oscuridad.

—¿Soy algo más que una voz? —preguntó.

—Puedo verle la mano —repliqué. Se salió por completo del círculo de luz. Entonces empezó a resonar su voz melódica, burlona:

—Yo era un siervo en Rollestoun's Newthorpe Manor; era el encargado de los establos. Un día me mordió un caballo cuando le estaba limpiando. Era un viejo enemigo mío. Le di un golpe en los morros. Entonces; en cuanto tuvo una oportunidad me atacó y me hirió en la boca. Cogí un hacha y le di en la cabeza. Relinchó; era un maldito y trató de morderme. Lo abatí.

»Por matarlo, me azotaron hasta creerme muerto. Yo estaba fuerte porque los siervos de las caballerizas teníamos mucho de comer. Estaba fuerte, pero me azotaron hasta que no me pude mover. A la noche siguiente incendié los establos y los establos prendieron fuego a la casa. Contemplé cómo se elevaba la llama roja y salía por la ventana, vi correr a la gente, cada uno por su lado, el amo uno más en el grupo aterrorizado. Estaba helando pero el calor me hizo sudar. Vi a todos darse vuelta para mirar, todos como pintados de rojo. Todos gritaron cuando se desplomó el techo, cuando las chispas rebotaron contra el suelo. Entonces aullaron como perros ante las gaitas. El amo me maldijo hasta que me reí, escondido muy cerca, bajo un matorral.

»Cuando se apagó el fuego me asusté. Corrí hacia el bosque con el fuego llameando en mis ojos y crujidos en los oídos. Durante horas fui un fuego vivo. Luego me dormí en un helechal. Cuando me

desperté, era el atardecer. No tenía mantas y estaba aterido de frío. Temí moverme y que todas las cicatrices de mi espalda se quebraran como hielo fino. Quedé echado hasta que no pude aguantar más el hambre. Entonces me moví para acostumbrarme al dolor del movimiento y empecé a buscar qué comer. Sólo encontré escaramujos.

»Después de vagabundear hasta el agotamiento volví a echarme en el helechal. Los tallos crujían por encima de mí con la helada. Me desperté y miré a mi alrededor. Las ramas eran como cabellos entre la luz de las estrellas. Me dio un brinco el corazón. Nuevamente hubo un crujido, y de repente un alarido que silbó al desaparecer. Me tiré en el helechal como un leño muerto. No obstante, por el peculiar silbido del final supe que sólo se trataba del hielo doblándose o endureciéndose con la helada. Estaba en el bosque, sobre el lago, a sólo tres kilómetros de la finca. No obstante, cuando volvió a ulular vaciamente el lago, me aferré a la tierra helada, con cada uno de mis músculos tan endurecido como esa misma tierra. Así pasé toda la noche sin animarme a mover la cara, aplastada contra, el suelo, y tirante yací como enclavijado y claveteado.

»Cuando se hizo la mañana aún no me moví, seguí echado en un sueño. Hacia la tarde el dolor era tal que me revivió. Lloré meciendo mi aliento en el dolor de moverme. Luego me volví salvaje. Me golpeé las manos en una áspera corteza para herirlas, para no sentir tanto dolor. En un ataque de furia agité mis extremidades para torturarlas hasta que volví a enfermar de dolor. Sin embargo, luché contra el dolor, luché y luché retorciéndome y precipitándome hasta superarlo. Luego empezó el crepúsculo. En todo el día el sol no había quebrado la escarcha. Volví a sentir el cielo frío en el atardecer. Entonces supe que venía la noche y, recordando el gran espacio que acababa de atravesar, tan horrible que pareció haberme convertido en otro hombre, huí por el bosque.

»Pero en mi carrera llegué a un roble del que colgaban cinco cadáveres. Allí debían colgar, duros como una barra de hierro, noche tras noche. Fue un terror peor que cualquier otro. Girando, dando vueltas delirantes por el bosque, llegué adonde terminaban los árboles, donde sólo espinos desiguales e hirsutos llegaban hasta la orilla del lago.

»El cielo estaba enrojecido, el hielo sobre el agua brillaba como si estuviera caliente. Unos pocos gansos silvestres se posaban sobre la capa de hielo, como rocas. Pensé en Martha. Era la hija del molinero que había en un extremo del lago. Tenía el pelo rojo como las hojas de hayas bajo el viento. Cuando yo acudía al molino con cierta frecuencia con los caballos, ella me traía comida.

»—Pensé —le dije— que era una ardilla sobre tu hombro. Y es tu cabello libre.

»—Me llaman la zorra —contestó.

»—Ojalá yo fuera tu perro —dije yo. Ella me traía tocino y buen pan cuando yo visitaba el molino con los caballos. La mera idea de los trozos de pan con tocino me hacía girar como borracho. Había buscado en las madrigueras de las ardillas, había mascado madera todo el día. Tenía tal oscuridad en la cabeza que no sentía el dolor de las heridas ni los cortes de las espinas en mis rodillas, sino que avancé tambaleante hacia el molino, casi más allá del miedo a los hombres y la muerte, jadeante de miedo a la oscuridad que reptaba tras de mí de tronco a tronco.

»Al llegar al claro del bosque, bajo el que se extendía el lago, no había el menor sonido. Yo siempre había oído en ese sitio el zumbido del agua, pero ahora estaba en silencio. Por miedo a esa

quietud corrí olvidándome de mí mismo, olvidándome de la helada. Parecía que el bosque me perseguía. Caí, justo a tiempo, al lado de un cobertizo donde estaban alojados unos pocos puercos helados. El molinero se acercaba a caballo y le acompañaban los ladridos de los perros. Le oí maldecir el tiempo, maldecir a su criado, maldecirme a mí a quien había tenido que salir a cazar, y en su furia por el trabajo perdido, maldijo a todos. Mientras estaba allí echado, oí dentro del cobertizo que mamaban y supe que allí estaba la puerca y que la mayoría de sus cerdos morirían al día siguiente, para la Navidad. El molinero, adelantándose a tener mamones en esta época del año, ganaba dinero vendiéndolos para la festividad a mediados del invierno.

»Cuando, en un momento dado, todo se tornó silencioso en el crepúsculo, rompí la barra de la puerta y entré en el cobertizo. Gruñó la puerca, pero no se me acercó. Poco a poco, me arrastré hasta su calidez. Sólo le quedaban tres crías, lo cual la enfurecía, ya que estaba demasiado llena de leche. De tanto en tanto les lanzaba un tarascón y ellos chillaban. Atareada como estaba con ellos, yo avancé en la oscuridad hacia ella. Temblaba tanto que apenas me atrevía a acercarme; durante un buen rato no osé poner mi cara descubierta junto a ella. Temblado de hambre y miedo, finalmente bebí de ella, guardándome la cara con un brazo. Sus crías, satisfechas, se tumbaron chillando contra mí, pero ella, al sentirse aliviada, yacía gruñendo. Al final, yo también quede rendido, borracho y desvanecido.

»Me despertaron los gritos del molinero. Enfadado con su hija, que lloraba, la insultaba echándola de casa para que fuera a alimentar a los cerdos. Ella vino, soportando el yugo, hasta la puerta de la porqueriza. Al encontrar la traba rota se detuvo temerosa; luego, cuando gruñó la puerca, entró con cautela. La cogí con un brazo, mi mano sobre su boca. Cuando se revolvió contra mi pecho, mi corazón empezó a latir fuertemente. Por último, se dio cuenta de quién era yo. La agarré. Quedó en mis brazos con la cara echada a mi lado, de modo que la besé en el cuello. Las lágrimas cegaron mis ojos no sé por qué, a menos que fuera por el dolor de mi boca —lastimada por el caballo—, que era profundo.

»—Te matarán —susurró ella.

»—No —contesté.

»Y ella sollozó suavemente. Cogió mi cabeza en sus brazos y me besó, mojándome con sus lágrimas, acariciándome con su cabello vivaz, calentándome todo el cuerpo.

»—No me iré de aquí —dije—. Tráeme un cuchillo y me defenderé.

»—¡No —sollozó—, ah, no!

»Cuando se fue me eché, apretando el pecho contra la tierra donde ella había yacido. Y la soledad fue un vacío peor que el hambre.

»Más tarde regresó. La vi agacharse en la puerta, una linterna colgaba ante ella. Cuando miré a través de su pelo rojo, le tuve miedo. Pero venía con comida. Nos sentamos juntos bajo la luz mortecina. A veces yo aún temblaba y mi garganta se negaba a tragar.

»—Si como todo lo que has traído —dije— me dormiré hasta que alguien me encuentre.

»Entonces ella retiró el resto de comida.

»—¿Por qué le pregunté— no habría de comer? —Me miró con ojos temerosos.

»—¿Qué? —dije; pero ella aún no tenía una respuesta. La besé y el dolor de mi boca herida me enfadó.

»—Ahora ya tienes mi sangre —dije— en tu boca. —Se pasó la mano suave por la boca, se la miró y luego a mí.

»—Déjame —dije— Estoy cansado. —Se levantó para irse.

»—Pero, tráeme un cuchillo.

»Entonces ella acercó la linterna a mi cara, mirándome como si fuera un cuadro.

»——Mírame tú a mí —dijo ella como un buey preparado para el hacha. Tienes los ojos oscuros, pero están abiertos.

»—Entonces dormiré —dije—, pero no me despertaré demasiado tarde.

»—No te quedes aquí —dijo ella.

»—No dormiré en el bosque —contesté, y fue mi corazón el que contestó— porque tengo miedo. Prefiero tener miedo de la voz del hombre y de los perros que de los sonidos del bosque. Tráeme un cuchillo y me iré a la mañana. Ya no iré solo.

»—Las partidas te atraparán —dijo ella.

»—Tráeme un cuchillo —le contesté.

»—Ah, vete —dijo sollozando.

»—Ahora no, no lo haré.

»Entonces levantó la linterna, que iluminó su cara y la mía. Tenía los ojos azules secos de lágrimas. La acerqué a mí sabiendo que era mía.

»—Volveré —dijo.

»Se fue y yo crucé los brazos, me eché y dormí. »Cuando abrí los ojos, ella me sacudía violentamente para despertarme.

» Soñaba —dijo— que una gran pila, como si fuera una montaña, estaba encima mío.

»Ella me puso una capa, me entregó un cuchillo de caza y un morral de provisiones y otras cosas que no noté. Escondió la linterna bajo su propia capa.

»—Vamos —dijo, y la seguí ciegamente.

»Cuando salí a la intemperie algo me tocó la cara y el pelo.

»—¡Vamos —exclamé—, ahora quién...! Entonces, rápidamente, ella se aferró a mí y me hizo callar.

»—Alguien me ha tocado —dije en voz alta, aún mareado por el sueño.

»—¡Oh, calla! —gimió—. Está nevando. —Dentro de la casa, empezaron a ladrar los perros. Ella avanzó rápidamente y yo la seguí. Al llegar al vado del río ella lo pasó corriendo, pero yo pasé por el hielo. Entonces supe dónde estaba. Los copos de nieve, finos y rápidos, me mordían la cara. En el bosque no había viento ni nieve.

»—Escucha —le dije—, escucha, porque estoy atrapado por el sueño.

»—Oigo bramidos allá delante —me contestó—. En los árboles oigo como grandes murciélagos que aletean. »—Dame la mano —dije yo.

»Oímos muchos ruidos a nuestro paso. En un momento, se levantó ante nosotros una blancura y ella dio un grito de miedo.

»—Ah —dije—, deja tu mano dentro de la mía. —Y pronto cruzamos la nieve caída. Pero a cada momento ella se sobresaltaba de miedo.

»—Cada vez que me tiras del brazo para atrás —dije enfadado— me haces doler un verdugón en el hombro.

»A partir de entonces corría a mi lado como un gamito junto a su madre.

»—Cruzaremos el valle y pasaremos la corriente —dije—. Su hielo nos conducirá como por un sendero hacia lo profundo del bosque. Allí podremos unirnos a los bandidos. Por aquí los lobos se han ido. Han seguido a los ciervos.

»Nos encontramos con un gran brillo que se formaba al frente por entre los voladores copos de nieve. »

—¡Ay! —exclamó ella, y quedó atónita.

»Entonces pensé que habíamos pasado los límites para cruzar a un reino de magia y que yo ya no era un hombre. ¿Cómo podría saber qué ojos nos contemplaban brillantes entre la nieve, qué espíritus astutos entre las ráfagas de aire? Esperé lo que sucediera y me olvidé de ella, de que estaba allí. Únicamente podía sentir a los espíritus resoplando y girando alrededor de mí.

»Cuando ella se agarró a mí besándome con pasión, y de haber caído sobre nosotros perros, demonios o espíritus hubiéramos quedado a merced de los atacantes. Entonces avanzamos hacia la sombra que brillaba con colores sobre la nieve. Nos encontramos ante una puerta de luz que reflejaba sus colores en la nieve. Esto jamás lo había visto Martha, ni yo tampoco; esa puerta abierta al rojo, bravía, despidiendo fuegos. Nos maravillamos.

»—Es magia —dijo ella; y al cabo de un momento. ¿Podría uno atrapar semejante...? ¡Ah, no!

»A través de la nieve refulgían ramas de rojo y azul.

»—¿Podría uno tener una luz tan diminuta como una flor roja, sólo una pequeña, como un pimpollo de rosa escarlata sobre el pecho? Entonces una sería señalada como Nuestra Señora.

»Me quité la capa y la carga para trepar sobre el rostro de la sombra. Sobre bordes de piedra, luego en bolsas de nieve, fui ascendiendo. Tenía la mano roja y azulada, pero no podía arrancar esa materia. Mi mano estaba como el color del ala de una polilla y volaba sobre la nieve creciente. Subí más alto, sobre la cabeza de un hombre helado, y estiré la mano. Entonces sentí el brillante elemento frío. No pude arrancarlo. Abajo ella gritaba que volviera a su lado. Sentí que cedía una costilla y la acometí con el cuchillo. Se produjo un agujero en el rojo. Mirando a través vi abajo como si fueran ángeles atrofiados, con caras tristes levantadas por el miedo. Cada uno tenía dos caras y, alrededor, anillos de pelo. Me asusté. Agarré el rojo brillante, tiré. Entonces se hundió el hombre helado bajo mí y caí como roto en la nieve.

»Pronto me levanté de nuevo y corrimos hacia el río. Nos sentimos aliviados cuando el liso sendero de hielo estuvo bajo nuestros pies. Por un rato resultó descansado viajar sobre ese llano. Pero el viento soplabá en derredor nuestro, la nieve colgaba sobre nosotros, nos inclinábamos a un lado y otro, rumbo a la tormenta. La empujé porque iba como un pájaro que se eleva y bambolea a merced del viento. Al rato la nieve se hizo más menuda y no había viento en el bosque. Entonces no sentí cansancio ni frío. Únicamente sabía que la oscuridad se movía a cada lado y que más adelante había un terreno de pálida luz en que la luna viajaba ante nosotros. Sin embargo, todavía siento a la luna escapando de mí, puedo sentir los árboles pasando a mi lado en un lento giro mareado, puedo sentir la herida de mi hombro y mi brazo derecho dolorido por tenerla aferrada. Yo seguía a la luna y al río porque sabía que donde el agua se asomaba de su madriguera había refugios de bandidos. Pero Martha se desplomó sin sonido ni aviso.

»La levanté y subí a la ribera. Allí silbaban por todas partes los alerces secos y atados con sus cuerdas caladas y secas. La transporté hasta los árboles. La puse en tierra y corté las ramas planas y con pelusa. La coloqué entre mis piernas en esta cama seca, de modo que así pasamos la noche dormitando. La abracé y la cubrí con mi cuerpo, de modo que yació como una almendra dentro de su cáscara.

»Nuevamente, cuando vino la mañana, me despertó un dolor de frío. Gemí, pero tenía cálido el corazón cuando vi la pila de rojos cabellos en mis brazos. Mientras la miraba, abrió los ojos ante los míos. Sonrió: de su sonrisa asomó el miedo. Como en una trampa, puso la cabeza para atrás:

»—No tenemos pedernal —dije.

»—Sí, en la bolsa, pedernal, eslabón y yesca —me contestó.

»—Que Dios te bendiga —dije.

»En un pequeño claro encendí un fuego de ramas de alerce. Ella me temía, se quedaba cerca pero nunca cruzaba cierto límite.

»—Ven —dije yo—, comamos esta comida. »—Tu cara —dijo— está teñida de sangre. »Yo abrí mi capa.

»—Pero ven, estás aterida de frío.

»Cogí un puñado de nieve y me lavé la cara, que luego sequé con la capa.

»—Mi destino ya no está pintado de sangre, ya no debes temerme. Ven aquí, siéntate a mi lado mientras comemos.

»Pero cuando cortaba el pan helado para ella, me agarró de un brazo y de repente me dio un beso. Cayó ante mí y me abrazó las rodillas contra su pecho, sollozando. Bajó la cabeza hasta mis pies de modo que su pelo se extendió como un fuego ante mí. Me sorprendió la mujer.

»—No —exclamé. Ella levantó la cara mirándome desde abajo.

»—No —repetí sintiendo que me caían las lágrimas. Con su cabeza contra mi pecho, mis propias lágrimas se elevaron desde su fuente, mojando mis mejillas y su cabello, húmedo de la lluvia de mis ojos.

»Entonces recordé y saqué de mis ropas la luz de colores de la noche anterior. Vi que era negra y dura. »—Ah —dije yo—, esto es magia.

»—¡La piedra negra! —se sorprendió ella.

»—Es la luz roja de anoche —dije.

»—Es mágica —me contestó.

»—¿La tiro? —pregunté levantando la piedra—. ¿La tiro por miedo?

»—¡Brilla! —exclamó ella levantando la mirada—. Brilla como los ojos de una criatura en la noche, como los ojos de un lobo a la puerta.

»—Es mágica —dije yo—, deja que la tire lejos de nosotros. —Pero no, ella me agarró del brazo.

»—Es roja y brillante —dijo.

»—Es un restañasangre —contesté—. Nos hará mal; moriremos en la sangre.

»—Dámela a mí —dijo ella.

»—Está roja de sangre —respondí.

»—Ah, dámela.

»—Es mi sangre —dije.

»—Dámela —ordenó en voz baja.

»Se la di. La tuvo en alto y sonrió ante mi cara levantando los brazos hacia mí. La recibí con la boca, su boca, su cuello blanco. Ella no se contrajo en ningún momento, sino que tembló de felicidad.

»Lo que nos despertó cuando el bosque volvía a llenarse de sombras, cuando el fuego ya estaba apagado, cuando abrimos los ojos y miramos como ahogados la luz que se erguía brillante y espesa en la copa de los árboles, lo que nos despertó fue el ruido de los lobos...

—No —negó el vicario levantándose de repente—, vivieron felices.

—No —dije yo.

El segundón

Second Best, 1912

—¡Oh, estoy cansada! —exclamó Frances malhumorada; y en ese mismo instante se dejó caer sobre el césped, cerca del seto vivo.

Anne quedó sorprendida un momento; luego, acostumbrada a las extravagancias de su querida Frances, dijo:

—¿Acaso no es natural que te sientas cansada después de haber viajado ayer nada menos que desde Liverpool?

Y se echó al lado de su hermana. Anne era una chica juiciosa de catorce años, muy fresca, que destilaba sentido común. Frances era mucho mayor, de unos veintitrés, y caprichosa, espasmódica. Era la belleza y la inteligencia de la familia. Desprendió los escaramujos del vestido de un modo nervioso, desesperado. Su hermoso perfil, ondulado en lo alto por el pelo negro, cálido debido a la tez oscura y rojiza como una pera, estaba calmo como una máscara; su fina piano morena daba tirones nerviosos.

—No se trata del viaje —dijo objetando la torpeza de Anne. Anne miró curiosa a su adorada. La jovencita, a su modo confiado y pragmático, procedió a estudiar a la caprichosa criatura. Pero de súbito se vio retratada en los ojos de Frances; sintió que dos ojos renegridos y turbulentos le lanzaban un desafío; y se acobardó. Frances era característica por esas grandes miradas que dejaban al descubierto y que desconcertaban a la gente por su violencia y brusquedad.

—¿Qué te pasa, pobre patito? —preguntó Anne mientras cubría con sus brazos la forma leve y voluntariosa de su hermana. Frances se rió agitada y se recostó, cómoda, sobre los pechos protuberantes de la robusta muchacha.

—Oh, sólo estoy un poquitín cansada —murmuró al borde de las lágrimas.

—Desde luego que lo estás. ¿Cómo querías sentirte? —la alivió Anne. A Frances le resultaba gracioso que Anne jugara a ser la mayor, que fuera casi maternal con ella. Pero en realidad Anne estaba en plena adolescencia; los hombres le parecían unos perros, mientras que Frances, a los veintitrés, sufría mucho.

El campo estaba intensamente matinal. En el ejido todo brillaba junto a su sombra y la ladera de la colina despedía calor. El terreno pardo parecía en un nivel bajo de combustión, las hojas de los robles estaban abrasadas y marrones. Entre el follaje negruzco, a distancia, fulguraban el rojo y el naranja del pequeño pueblo.

Los sauces del curso del arroyo al pie del ejido se agitaron de repente con un efecto deslumbrante de diamantes. Una brisa. Anne volvió a su posición normal. Extendió las rodillas y se puso en el regazo un puñado de avellanas, unas cositas de hojillas blancas verduzcas cuya única mejilla estaba tostada, entre marrón y rojiza. Empezó a partirlas y a comerlas. Frances, con la cabeza gacha, meditaba amargamente:

—Eh, ¿conoces a Tom Smedley? —preguntó la jovencita mientras sacaba una avellana de su apretada vaina.

—Digamos que sí —replicó Frances con sarcasmo. —Pues me regaló un conejo silvestre que cazó para que lo criara con el domesticado. Y vive.

—Está bien —comentó Frances, muy distante e irónica.

—¡Claro que sí! Dijo que me llevaría a Ollerton-Feast, pero nunca lo hizo. Mira, se llevó a un criado de la rectoría. Yo lo vi.

—Pues le corresponde —dijo Frances.

—¡No, no le corresponde! Y se lo dije. Y le dije que te lo contaría. Y lo he hecho.

Crujió una avellana entre sus dientes. Sacó el fruto y lo mascó complacida.

—No tiene la menor importancia para mí —dijo Frances.

—Bueno, pues no, pero de cualquier modo me enfadé con él.

—¿Por qué?

—Porque no tiene derecho a ir con un criado. —Tiene todo el derecho —persistió Frances, muy tajante y fría.

—No lo tiene cuando me había dicho que me llevaría.

Frances lanzó una carcajada de diversión y alivio.

—Oh, no; me había olvidado de eso —dijo; y agregó—. ¿Y qué dijo cuando le prometiste que me lo contarías.

—Se rió y me dijo: «No se rasgará las vestiduras por eso.»

—Y no lo haré —dijo Frances con menosprecio.

Se produjo un silencio. El ejido, con sus reseco cardos de cabeza dorada, sus matas de zarzas silenciosas, sus aulagas de vainas marrones al resplandor de la luz, parecía un sitio visionario. En la otra orilla del arroyo empezaba el inmenso modelado de la agricultura, el blanco ajedrezado de rastrojo de cebada, los pardos cuadrados de trigo, los parches caquis de los pastizales, las rayas rojas del barbecho, con el bosque y el pueblo diminuto como ornamentos; todo llevaba a la distancia, hacia las colinas, donde el dibujo cuadriculado se hacía más pequeño hasta que en el vaho negruzco del calor, a lo lejos, sólo se podían distinguir los diminutos cuadraditos de rastrojo de cebada.

—¡Eh, mira, aquí hay una madriguera de conejo! —gritó de repente Anne—. ¿Vigilamos por si sale alguno? No tendrás que moverte, sabes.

Las dos chicas se quedaron absolutamente inmóviles. Frances miraba ciertos objetos a su alrededor; tenían un aspecto peculiar, poco amistoso: el peso de las bayas verdosas del saúco sobre los tallos purpúreos, el centelleo de las manzanas silvestres amarillentas que se congregaban en lo alto del seto contra el cielo; las hojas exhaustas y blandas de las primavera aplastadas bajo el seto: todo le parecía extraño. Entonces sus ojos atraparon un movimiento. Un topo se movía en silencio sobre el suelo caliente, rojizo, husmeando, arrastrándose por aquí y allá, plano y oscuro como una sombra, cambiando de posición, tan vivaz y silencioso de pronto como el mismísimo fantasma de la *joie de vivre*. Frances se

sobresaltó; por hábito estaba a punto de llamar a Anne para que matara a la pequeña bestia. Pero hoy su letargo de descontento fue demasiado para ella. Observó al diminuto bruto bracear, husmear, tocar cosas para descubrirlas, correr a ciegas deleitado hasta el éxtasis por los rayos del sol y las cosillas calientes y extrañas que le acariciaban la panza y la nariz. Sintió una profunda piedad por la criaturita.

—¡Eh, mira aquí! Es un topo.

Anne se puso en pie para observar la oscura e inconsciente bestia. Frances frunció el entrecejo con ansiedad.

—No escapa, ¿eh? —dijo en voz baja la jovencita. Entonces se aproximó cautelosamente al animalito. El topo se alejó torpemente. En un abrir y cerrar de ojos Anne le puso un pie encima, sin pesadez. Frances vio el movimiento luchador, natatorio de las manitas rojas de la bestezuela, el retorcimiento y la agitación de su nariz puntiaguda, mientras se debatía bajo la suela de la bota.

—¡Cómo se mueve! —dijo la joven huesuda frunciendo la frente ante la sensación de cosquilleo. Entonces se agachó a mirar su presa. Frances pudo ver ahora, al borde de la suela de la bota, los esfuerzos de los hombros aterciopelados, la postura lastimosa del rostro ciego, el frenético remar de las manos planas y rojizas.

—Mata a esa cosa —dijo desviando la mirada.

—Oh, no, yo no —se rió Anne, acobardándose—. Hazlo tú si te gusta.

—No me gusta —dijo Frances con una calma intensidad.

Después de varios intentos, con ligeros movimientos Anne logró apresar al animalito por la piel del pescuezo. Este echó la cabeza atrás, meneó a un lado y otro su largo hocico ciego, abrió la boca en una peculiar forma oblonga y con diminutos dienteillos rojos en el borde. Jadeó y retorció la frenética boca ciega. El cuerpo, pesado y torpe, colgaba casi sin moverse.

—¿No te parece una cosita llena de vida? —observó Anne, alejándolo para evitar los dientes.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó tajante Frances.

—Hay que matarlo. Mira todo el daño que hacen. Lo llevaré a casa y que lo mate papá o cualquier otro. No voy a dejar que se escape.

Envolvió torpemente al animalito con su pañuelo y tomó asiento al lado de su hermana. Hubo un intervalo de silencio durante el cual Anne luchó contra los esfuerzos del topo.

—Esta vez no has tenido mucho que decir acerca de Jimmy. ¿Le viste a menudo en Liverpool? —preguntó de repente Anne.

—Una o dos veces —contestó Frances sin dar señal de que la pregunta la inquietaba.

—¿Entonces ya no te gusta?

—Debería pensar que no, al saber que está comprometido.

—¿Comprometido? ¡Jimmy Barrass! ¡Vaya, qué sorpresa! Jamás pensé que se comprometería.

—¿Por qué no? Tiene tanto derecho como cualquier hijo de vecino, ¿no? —replicó Frances.

Anne jugueteaba con el topo.

—Así es —dijo finalmente—; sin embargo, nunca pensé que Jimmy lo haría.

—¿Por qué no? —insistió Frances.

—No lo sé... ¡este bendito topo no se queda tranquilo! ¿Con quién se comprometió?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Pensé que se lo habrías preguntado; hace ya bastante tiempo que le conoces. Supongo que pensó en comprometerse ahora que ya ha sacado el doctorado en química.

Frances se rió pese a sí misma.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó.

—Estoy segura de que mucho. Ahora quiere sentirse alguien, de modo que se ha comprometido. ¡Eh, basta ya! ¡Entra de una vez!

Pero en ese momento el topo había logrado zafarse. Luchaba y se retorció con frenesí, movía su puntiaguda cabeza ciega, la boca abierta como un pequeño pozo, las manos grandes y arrugadas, extendidas.

—¡Entra ya! —urgió Anne empujando al animalito con un dedo, tratando de que volviera al pañuelo. De súbito, la boca giró como una chispa sobre su dedo.

—¡Ay —chilló—, me ha mordido!

Lo dejó caer. Aturdida, la ciega criatura corrió en derredor. Frances sintió ganas de chillar. Esperaba que saliera volando como un ratón, pero estaba allí, a tientas. Quiso gritarle que se fuera. Anne, en una súbita decisión de furia, cogió el bastón de su hermana. El topo murió de un solo golpe. Frances estaba aturdida y escandalizada. Un momento antes el pobre desgraciado estaba correteando al calor y al siguiente yacía como una bolsa, inerte y negra, sin luchar, apenas un temblor.

—¡Está muerto! —dijo Frances sin aliento. Anne se llevó el dedo a la boca, miró los pequeños alfilerazos y dijo:

—Sí, está muerto y me alegro. Esos topos son unos animalitos llenos de maldad.

Con eso se desvaneció su furia. Recogió al animal muerto.

—Qué piel más bonita tiene —murmuró acariciando la piel con un dedo, y luego con la mejilla.

—Qué bien —dijo Frances, tajante—. ¡Te llenarás de sangre la falda!

Una gota de sangre como un rubí colgaba del pequeño hocico, lista para caer. Anne la secó contra unas campánulas. De improviso, Frances se serenó; en ese momento se hizo adulta.

—Supongo que hay que matarlos —dijo, y cierta indiferencia más bien triste reemplazó su pesadumbre. Las centelleantes manzanas silvestres, el brillo de los sauces fúlgidos ahora le parecieron nimios, apenas merecedores de atención. Algo había muerto en ella, de modo que las cosas perdieron su intensidad. Estaba serena; la indiferencia se superpuso a su tranquila tristeza. Poniéndose en pie caminó hasta el arroyo.

—Eh, espérame —exclamó Anne, al trote tras ella.

Frances se quedó en el puente contemplando el lodo rojo hollado por las pezuñas del ganado. No quedaba ni una charca de agua, pero todo olía a verde, a succulento. ¿Por qué se preocupaba tan poco la

pequeña Anne, que la quería tanto?, se preguntó a sí misma. ¿Por qué le importaba tan poco cualquiera de los demás? No lo sabía, pero sintió un orgullo más bien terco en su aislamiento e indiferencia.

Entraron en un campo donde yacían en hileras montones de cebada, rubias trenzas que correteaban por el suelo. El rastrojo estaba blanqueado por la intensa canícula, de modo que la extensión relumbraba blanquecina. El siguiente labradío era dulce y suave con una segunda siembra; delgados y extraviados tréboles cuyos pequeños botones rojos descansaban bellamente sobre el verde oscuro. El aroma era suave y enfermizo. Las muchachas pasaron en fila india, Frances delante.

Cerca del portón un joven cogía con la hoz algo de forraje para alimentar al ganado por la tarde. Cuando vio a las chicas dejó de trabajar y esperó sin ningún fin concreto. Frances iba vestida de muselina blanca y caminaba con dignidad, distante y descuidada. Su falta de agitación, su avance simple y descuidado le pusieron nervioso. Ella había amado al remoto Jimmy cinco años, habiendo recibido a cambio sus medias palabras. Este hombre sólo la afectaba ligeramente.

Tom era de mediana estatura y de físico robusto. Su rostro suave y blanco estaba enrojecido, no moreno, por el sol, y ese rubor fortalecía su aspecto de buen humor y soltura. Al ser un año mayor que Frances, la hubiera cortejado hacía ya mucho tiempo de haberlo querido ella. Tal como estaban las cosas, él había seguido amistosamente su camino tranquilo tratando con numerosas chicas pero permaneciendo sin ataduras, libre de preocupaciones la mayor parte del tiempo. Sólo que él sabía que quería a una mujer. Se levantó los pantalones con una pizca de conciencia de la situación cuando se aproximaron las muchachas. Frances era un ser extraño, delicado, a quien en sus venas él hacía real con curiosa y delicada estimulación. Ella le daba una leve sensación de sofoco. De algún modo, esa mañana le afectó más que de costumbre. Estaba vestida de blanco. No obstante él, al ser de naturaleza simple, no se dio cuenta. Sus sentimientos nunca habían sido conscientes, con un propósito.

Frances sabía lo que pasaba. Tom estaba listo para amarla en cuanto ella le diera la señal. Ahora que no podía tener a Jimmy, nada le importaba un ápice. Sin embargo, algo tendría. Si no podía obtener lo mejor —Jimmy, de quien sabía que era algo esnob— tendría al segundón, Tom. Avanzó como indiferente.

—¡Has vuelto, entonces! —dijo Tom. Ella notó el toque de inseguridad en la voz.

—No —se rió ella—, aún estoy en Liverpool. —Y el tono de intimidad le hizo arder.

—Entonces, ¿ésta no eres tú? —preguntó él.

A ella le saltó el corazón en señal de aprobación. Le miró a los ojos y por un segundo estuvo con él.

—¿Por qué? ¿Qué piensas? —dijo ella riéndose.

El se levantó el sombrero de la cabeza con un pequeño gesto distraído. A ella le gustaban sus modales rebuscados, su humor, su ignorancia y su lenta virilidad.

—Eh, mira aquí, Tom Smedley —interrumpió Anne.

—¡Un topo! ¿Lo encontrasteis muerto?

—No, me mordió —dijo Anne.

—¡Oh! ¿Y eso te hizo mearte encima?

—¡Oh, no! —replicó severamente Anne—. ¡Qué lenguaje!

—¿Qué te pasa a ti?

—No soporto las palabras feas.

—¿De verdad?

Miró a Frances.

—No está bien —dijo Frances. En realidad no_ le importaba. Por lo general el lenguaje vulgar la irritaba; Jimmy era todo un caballero. Pero la forma de hablar de Tom no le importaba.

—Me gustaría que hablaras bien —dijo.

—¿Sí? —dijo él, tocándose el sombrero, agitado.

—Y por lo general lo haces —sonrió ella.

—Tendré que intentarlo —dijo él de un modo tensamente galante.

—¿Qué? —preguntó ella, preparada:

—Hablarle bien —dijo él. Frances se ruborizó furiosamente, inclinó un momento la cabeza y luego se rió con alegría como si le gustara ese torpe doble sentido.

—Eh, cuida tus palabras —exclamó Anne, dándole al joven un golpecito admonitorio.

—Tú no tendrías que dar golpes como ése a un topo —se burló él de ella, aliviado de volver a territorio conocido, frotándose el brazo.

—Ciertamente no, murió de un solo golpe —dijo Frances con una ligereza que detestaba.

—Y tú no eres tan buena como para golpearlos, ¿eh? —dijo él dirigiéndose a ella.

—No lo sé. Si estoy enfadada... —dijo ella.

—¿No? —replicó él con atención alerta.

—Podría, de ser necesario —dijo ella, más dura. El era lento para notar la diferencia.

—¿Y no consideras que es necesario? —preguntó con recelo.

—Pues... ¿lo es? —dijo ella mirándole fijamente, fríamente.

—Pienso que sí —replicó él desviando la mirada, pero con actitud terca.

Ella se rió rápidamente.

—A mí no me es necesario —dijo ella con ligero desprecio.

—Sí, eso es bastante cierto.

Ella se rió de un modo tembloroso.

—Sé que lo es —dijo, y se produjo una molesta pausa.

—¿Por qué, a ti te gustaría que yo matara topos? —preguntó ella a tientas al cabo de un momento.

—Nos hacen mucho daño —dijo él, firme en su propio territorio, enfadado.

—Pues ya veré la próxima vez que me cruce con uno —prometió ella, desafiante. Se encontraron sus miradas y ella se achicó ante él, con el orgullo humillado. El se sintió molestó, triunfante y sorprendido, como si el destino le hubiese atrapado. Ella sonrió al partir.

—Pues —dijo Anne mientras las hermanas pasaban entre el trigo— yo no sé por qué reñís vosotros dos.

—¿No lo sabes? —dijo Frances riéndose, como escondiendo un secreto.

—No, no lo sé. Pero, de cualquier modo, Tom Smedley es muchísimo mejor, en mi opinión, que Jimmy, por tanto... Y más simpático.

—Tal vez lo sea —dijo fríamente Frances.

Y al día siguiente, después de una cacería secreta y persistente, ella encontró otro topo jugando al sol. Lo mató y al atardecer, cuando Tom fue al portón a fumar su pipa después de la cena, le llevó el animalito muerto.

—¡Aquí tienes, tú! —dijo ella.

—¿Lo atrapaste tú? —replicó él cogiendo el cadáver de terciopelo con sus dedos y examinándolo minuciosamente. Lo hizo para esconder su nerviosismo.

—¿Pensaste que no podría? —preguntó ella con su cara muy cerca de la de él.

—No, no lo sabía.

Ella se le rió a la cara, una extraña risita que encerró su aliento, toda la agitación, lágrimas y atolondramiento del deseo. El pareció temeroso y nervioso. Ella le cogió de un brazo.

—¿Quieres salir conmigo? —preguntó él con un tono dificultoso, perturbado.

Ella alejó la cara con una risita vacilante. A él se le subió la sangre fuerte, abrumadoramente. Se resistió. Pero le empujó y le transportó. Al ver la nuca frágil, graciosa de su cuello, le asaltó un amor fuerte por ella; y una ternura.

—Lo único que tenemos que hacer es decírselo a tu madre —dijo él. Y se quedó sufriendo, resistiendo su pasión.

—Sí —replicó ella con la voz muerta. Pero había una emoción de placer en esa muerte.

Las sombras de la primavera

Shades of Spring, 1913

1

A través del bosque se ahorra una milla. Mecánicamente Syson cambió de rumbo cerca de la herrería y levantó el portón. El herrero y su compañera se quedaron inmóviles, mirando al intruso. Pero Syson tenía demasiado aspecto de caballero como para no permitirle el paso. Le dejaron atravesar en silencio el pequeño campo abierto hacia el bosque.

No había ninguna diferencia entre esta mañana y las de las brillantes primaveras de hacía seis u ocho años. Aún rascaban gallinas blancas y doradas el suelo cerca del portón, ensuciando la tierra y el campo con plumas y basuras desenterradas. Entre las dos espesuras de acebos, al borde del bosque, estaba la entrada escondida cuya cerca se debía trepar para pasar al bosque; sus barreras seguían estando rayadas por las botas del guarda. Había regresado a lo eterno.

Syson estaba extraordinariamente contento. Como un espíritu inquieto, había vuelto al país de su pasado y lo encontró aguardándole, inalterado. El avellano aún extendía sus pequeñas manos alegres hacia abajo; las campánulas todavía eran aquí oscuras y escasas entre los herbales abundantes y a la sombra de los matorrales.

El sendero del bosque, al pie mismo de una ladera, corría cierto espacio trazando leves curvas. A su alrededor había robles llenos de ramas que despedían su color dorado y claros espacios cubiertos de matojos con manchones de mercurial y racimos de jacintos. Dos árboles caídos cortaban el camino. Syson bajó trotando una empinada cuesta y volvió a campo abierto, esta vez mirando al norte como a través de una gran ventana en el bosque. Se quedó a contemplar, sobre los campos planos de la cima de la colina, el pueblo que se esparcía en la desnuda tierra alta como si hubieran descarrilado los vagones de la industria y hubiese sido olvidado. Había una pequeña iglesia rígida, moderna, gris, y manzanas e hileras de viviendas rojas puestas al azar; al fondo, las pestañeantes bocas de la mina y la inevitable colina de la mina. Todo estaba desnudo y a la intemperie, sin un solo árbol. Estaba todo bastante inalterado.

Syson giró, satisfecho, para seguir el sendero que se desviaba cuesta abajo hacia el bosque. Estaba curiosamente exaltado, se sentía de vuelta a una visión perdurable. Se sobresaltó. Un guardabosque estaba delante, a pocos metros, cerrándole el camino.

—¿Dónde va por ese camino, señor? —preguntó el hombre. El tono de la pregunta tenía un matiz desafiante. Syson observó al individuo con una mirada impersonal y atenta. Era un joven de veinticuatro o veinticinco años, rubicundo y favorecido. Sus oscuros ojos azules escudriñaban, agresivos, al intruso. Su bigote negro, muy espeso, estaba recortado breve sobre una boca pequeña, bastante blanda. En todos los demás sentidos, el individuo era viril y apuesto. Tenía una altura media; el robusto empuje delantero de su pecho y la perfecta naturalidad de su cuerpo erguido y arrogante daban la sensación de que estaba

llo de vida animal, como el gran chorro de una fuente en total equilibrio. Apoyaba la culata de su arma en el suelo, mirando incierto e inquisitivo a Syson. Los ojos oscuros e intranquilos del intruso, al examinar al hombre y penetrar en él sin prestar atención a su cargo, turbaron al guardabosque y le hicieron ruborizarse.

—¿Dónde está Naylor? ¿Le reemplaza en su trabajo? —preguntó Syson.

—Usted no es de la Casa, ¿verdad? —preguntó el guardabosque. No podía ser, ya que todos estaban fuera.

—No, no soy de la Casa —replicó el otro. Pareció divertido.

—Entonces, ¿le podría preguntar adónde se dirige? —preguntó el guardabosque, irritado.

¿Adónde voy? —repitió Syson—. Voy a la granja Villy-Water.

—Este no es el camino.

—Creo que sí. Por este sendero hasta pasar el manantial, y luego por el portal blanco.

—Pero éste no es el camino público.

—Supongo que no. Yo solía venir con tanta frecuencia en tiempos de Naylor, que me había olvidado. ¿Dónde está él, dicho sea de paso?

—Inválido por el reumatismo —contestó sin ganas el guardabosque.

—¿Ah, sí? —exclamó, dolorido, Syson.

—¿Y quién es usted? —preguntó el guardabosque con una entonación.

—John Adderley Syson; yo vivía en Cordy Lane.

—¿Cortejaba a Hilda Millership?

A Syson se le abrieron los ojos con una sólida sonrisa. Asintió. Se produjo un silencio molesto.

—¿Y usted... usted quién es? —preguntó Syson.

—Arthur Pilbeam. Naylor es mi tío —dijo el otro.

—¿Vive en Nuttall?

—Me hospedo en casa de mi tío, de Naylor.

—¡Ya veo!

—¿Dijo que iba a Villy-Water? —preguntó el guardabosque.

—Así es.

Se hizo una pausa de unos segundos antes de que el guardabosque espetara:

—Ahora yo cortejo a Hilda Millership.

El joven miró al intruso con terco desafío, casi patético. Syson le miró con otros ojos.

—¿De verdad? —preguntó atónito. El guardabosque enrojeció profundamente.

—Somos novios —dijo.

—¡No lo sabía! —exclamó Syson. El otro esperó, incómodo.

—Qué.... ¿el asunto está formalizado? —preguntó el intruso.

—¿Cómo... formalizado? —replicó el otro, resentido.

—¿Se van a casar pronto y todo eso?

El guardabosque le miró en silencio unos segundos, impotente.

—Supongo que sí —contestó lleno de resentimiento.

—¡Ah! —dijo atento Syson—. Yo estoy casado —agregó al cabo de unos instantes.

—¿Casado? —replicó incrédulamente el otro. Syson se rió a su modo brillante y desganado.

—Estos últimos quince meses —dijo.

El guardabosque le contempló con ojos abiertos, dudosos, al parecer recordando algo y tratando de encontrar una explicación.

—¿Por qué? ¿No lo sabía? —preguntó Syson.

—No, no lo sabía —contestó el otro, enfurruñado. Se hizo un silencio.

—¡Pues bien! —dijo Syson—. Seguiré mi camino. Supongo que puedo hacerlo.

El guardabosque le contempló con ojos abiertos, dudosos, al parecer recordando algo y tratando de encontrar una explicación.

—¿Por qué? ¿No lo sabía? —preguntó Syson. —No, no lo sabía —contestó el otro, enfurruñado. Se hizo un silencio.

—¡Pues bien! —dijo Syson—. Seguiré mi camino. Supongo que puedo hacerlo.

El guardabosque se mantuvo en silenciosa oposición. Los dos hombres vacilaron en el espacio abierto y verde, rodeado de pequeños ramos de tenaces campánulas; era una pequeña plataforma abierta al pie de la colina. Syson dio unos pocos pasos vacilantes hacia delante y luego se detuvo.

—¡Me parece tan hermoso! —exclamó.

Había llegado a una vista total de la ladera. El ancho sendero corría ante sus pies como un río, y estaba lleno de campánulas, salvo por unos verdes serpenteos en el centro del mismo, por donde había caminado el guardabosque. Como una corriente de agua, el sendero se abría en bajíos azules a todos los niveles y había grupos de campánulas, con el serpenteo verde por el medio, como una débil corriente de agua helada entre lagos azules. Y desde los ramos púrpuras de los matorrales nadaba la sombra azul, como si las flores yacieran en el bosque sobre aguas de crecida.

—¡Ah, qué maravilla! —exclamó Syson; éste era su pasado, el país que el había abandonado, y le dolía verlo tan hermoso. En lo alto se arrullaban las palomas y el aire estaba ahíto del brillo del canto de los pájaros.

—Si usted está casado, ¿para qué le sigue escribiendo y enviándole esos libros de poesía y esas cosas? —preguntó el guardabosque. Syson le miró, desconcertado y humillado. Luego empezó a sonreír.

—Pues —dijo— yo no sabía que usted...

Una vez más enrojeció el guardabosque.

—Pero si está casado... —dijo acusadoramente.

—Lo estoy —contestó cínicamente el otro. Entonces, bajando la mirada al sendero azul y hermoso, Syson sintió su propia humillación. «¿Qué derecho tengo yo de aferrarme a ella?», pensó con amargo desprecio de sí mismo.

—Ella sabe que estoy casado y todo eso —dijo.

—Pero le sigue enviando libros —desafió el guardabosque.

Syson miró en silencio al otro hombre con curiosidad, medio lastimosamente. Luego dio media vuelta.

—Buenos días —dijo, y se fue. Ahora todo le irritaba: los dos sauces, uno verde, plateado y sedoño, le recordaban que allí le había enseñado a ella qué era la polinización. ¡Qué idiota era! ¡Qué gran locura era todo eso!

«Ah, bien», se dijo a sí mismo. «El pobre diablo parece tenerme inquina. Lo trataré lo mejor posible.» Sonrió para sí de muy mal humor.

2

La granja estaba a menos de cien metros de la linde del bosque. El muro de árboles formaba el cuarto lado de un cuadrado abierto. La casa daba al bosque. Con sentimientos encontrados, Syson observó el ramo del ciruelo que caía sobre las primaveras profusas y coloridas que él mismo había traído y plantado allí. Había gruesos ramos escarlatas y rojizos y pálidas primaveras púrpuras bajo los cerezos. Vio que alguien le miraba a través de la ventana de la cocina y oyó voces masculinas,

De repente se abrió la puerta: ¡ella se había convertido en una mujer! Sintió que palidecía.

—¡Tú! ¡Addy! —exclamó ella, y quedó inmóvil.

—¿Quién? —preguntó la voz del granjero. Contestaron bajas voces masculinas. Esas voces bajas, curiosas y casi burlonas, levantaron el ánimo atormentado del visitante. Sonriendo brillantemente, espetó.

—Sí, yo mismo... ¿Por qué no?

A ella se le arrebolaron profundamente las mejillas y la garganta.

—Estamos terminando la comida —dijo.

—Entonces esperaré fuera. —Hizo un gesto para indicar que tomaría asiento en el recipiente rojo de cerámica que estaba cerca de la puerta, entre los narcisos, y que contenía el agua potable.

—Oh, no, entra —dijo ella rápidamente. La siguió. Desde la puerta echó una mirada rápida a la familia y saludó con la cabeza. Todos estaban confundidos. El granjero, su esposa y los cuatro hijos estaban sentados a la mesa burdamente puesta, los hombres con los brazos arremangados hasta los codos.

—Lamento llegar a la hora de comer —dijo Syson.

—Hola, Addy —dijo el granjero usando la antigua forma de dirigirse a él, pero con tono frío—. ¿Cómo estás?

Y se estrecharon las manos.

—¿Quieres probar un bocado? —preguntó al joven visitante dando por descontado que rechazaría la invitación. Supuso que Syson se había vuelto demasiado refinado para comer tan vulgarmente. El joven parpadeó ante la indirecta.

—¿Ya has comido? —preguntó la hija.

—No —contestó Syson—. Es demasiado temprano. Volveré a la una y media.

—Lo llamas almuerzo, ¿verdad? —preguntó el hijo mayor, casi irónico. En otros tiempos había sido íntimo amigo de este joven.

—Le daremos algo a Addy cuando hayamos terminado —dijo la madre, una inválida quejosa.

—No, no os molestéis. No quiero molestaros —dijo Syson.

—Siempre puedes vivir del aire —dijo riéndose el menor, un chico de diecinueve años.

Syson caminó alrededor de los edificios y por el huerto de atrás de la casa, donde a lo largo de la cerca se agitaban sobre sus tallos los narcisos como pájaros amarillos y confusos. Le encantaba extraordinariamente el lugar, las colinas suspendidas en derredor, con bosques como pieles de oso que cubrieran sus hombros gigantescos y pequeñas granjas rojas como broches que cerraran las vestiduras; el hilo azul de agua en el valle, la desnudez de los prados silvestres, el sonido de una miríada de cantos de pájaros, que pasaban desapercibidos en su mayoría. Hasta el último día de su vida soñaría con este sitio, cuando sentía el sol sobre su cara o veía pequeños puñados de nieve entre las ramas invernales u olía la llegada de la primavera.

Hilda era muy mujer. En su presencia él se sentía tenso. Tenía veintinueve años, igual que él, pero parecía mayor. Se sentía atontado, casi irreal, a su lado. Era tan estática... Mientras tocaba un brote de cerezo en una rama baja, ella salió por la puerta trasera a sacudir el mantel. Las gallinas salieron corriendo del patio, los pájaros susurraron en los árboles. Tenía el pelo negro con una trenza hecha un rodete sobre la cabeza. Era muy esbelta, distante en la actitud. Mientras doblada el mantel lanzó una mirada a las colinas lejanas.

Al rato Syson volvió a entrar en la casa. Ella le había preparado huevos y queso cuajado, grosellas silvestres y crema.

—Ya que cenaras esta noche —dijo ella—, sólo te he preparado un almuerzo ligero.

—Está muy `bien —dijo él—. Mantienes un ambiente realmente idílico con tu cinturón de paja y los brotes de hiedra.

Aún se dolían mutuamente.

Estaba molesto ante ella. Las palabras medidas de ella, seguras, su actitud distante, le eran desconocidas. Volvió a admirar las cejas negras y grisáceas y las pestañas. Se encontraron sus miradas. El vio, en el hermoso negro y gris de su mirada, lágrimas y una extraña luz, y al fondo de todo, una serena aceptación de sí misma y un triunfo sobre él.

Se sintió sobrecogido. Con un esfuerzo, mantuvo el acento irónico.

Ella le envió a la sala mientras lavaba los platos. La larga habitación baja había sido amueblada de nuevo con las compras hechas en la abadía, sillas tapizadas en tela color clarete, muy viejas, una mesa ovalada de nogal barnizado y otro piano, hermoso aunque antiguo. Pese a las novedades, se sintió satisfecho. Al abrir un alto aparador empotrado en la gruesa pared lo encontró lleno de sus libros, sus viejos libros de texto, y los volúmenes de poesía que le había enviado en inglés y alemán. Los narcisos en las blancas repisas de las ventanas brillaban en toda la habitación; casi pudo sentir sus rayos. El antiguo encanto le volvió a apresar. Sus propias acuarelas juveniles ya no le hicieron sonreír; recordó con qué fervor había tratado de pintarlas para ella hacía ya doce años.

Ella entró secando un plato y volvió a ver la belleza brillante y blanca como de almendra de sus brazos.

—Estáis bastante espléndidos aquí —dijo él, y se encontraron las miradas.

—¿Te gusta? —preguntó ella. Era el viejo, ronco y bajo tono de la intimidad. El sintió que se iniciaba en su sangre un súbito cambio. Era la vieja y deliciosa sublimación, la transparencia, casi la vaporización de sí mismo, como si su espíritu estuviera a punto de liberarse.

—Sí —contestó él con un movimiento de cabeza, sonriéndole como si volviera a ser un chico. Ella agachó la cabeza.

—Esa era la silla de la condesa —dijo ella en bajo tono—. Entre el relleno encontré sus tijeras.

—¿De verdad? ¿Dónde están?

Rápida, con un movimiento airoso, ella buscó en su costurero, y ambos examinaron las viejas tijeras.

—¡Qué balada de damas muertas! —dijo él riéndose mientras metía los dedos en los ojos redondos de las tijeras de la condesa.

—Ya sabía que las podías usar —dijo ella con seguridad. El se miró los dedos y las tijeras. Ella quiso decir que sus dedos eran lo suficientemente finos como para caber en los pequeños ojos que remataban la tijera.

—Se puede decir eso muy bien de mí —dijo riéndose, y puso la tijera a un lado. Ella miró hacia la ventana. El notó la curva fina y clara de la mejilla y del labio superior, el cuello blanco, suave, como la garganta de una flor de ortiga, y los antebrazos, brillantes como almendras recién blanqueadas. La miraba con ojos nuevos, era una persona diferente: No la conocía. Pero ahora la podía considerar objetivamente.

—¿Salimos un rato? —preguntó ella.

—¡Sí! —le contestó. Pero la emoción predominante, la que perturbaba la excitación y perplejidad de su corazón, era el miedo, miedo de lo que veía, En ella estaba el mismo aire, la misma entonación de voz, ahora como entonces, pero no era tal como él la había conocido. Poco a poco se daba cuenta de que era otra cosa y de que siempre lo había sido.

No se cubrió la cabeza, simplemente se quitó el delantal, diciendo:

—Iremos por los alerces.

Cuando pasaron el viejo huerto ella le llamó para mostrarle el nido de un picamadero en uno de los manzanos y el de un sicón sobre la cerca viva. El se sintió suspicaz de su seguridad, de cierta dureza como arrogante escondida bajo su humildad.

—Mira los brotes del manzano —dijo ella; y pudo ver una miríada de pequeñas bolitas escarlatas entre las ramas colgantes. Al mirar su cara, a ella se le endureció la mirada. Vio que se le caían las anteojeras; finalmente, él la vería tal cual era. Era lo que más había temido en el pasado y lo que más necesitaba por su propio bien. Ahora no la amaría y sabría que jamás podía haberla amado. Desaparecida la vieja ilusión, eran totales desconocidos. Pero él le daría su pago y ella tendría pago para él.

Brillaba como jamás la había visto. Le mostraba nidos: uno de rey de zarza en una rama baja.

—¡Mira el del rey de bandos! —exclamó ella. Le sorprendió oírle decir el nombre local. Ella pasó la mano con cuidado entre las zarzas y puso un dedo sobre la puerta redonda del nido.

—¡Hay cinco! —dijo—. Cinco cositas brillantes.

Le mostró nidos de petirrojos, de pinzones, jilgueros y gorriones trigueros; de una nevatilla, al lado del agua.

—Y si bajamos más cerca del lago, te mostraré uno de martín pescador... Entre los abetos jóvenes los hay de malvís y de mirlos casi en cada rama. El primer día, cuando los vi, sentí como si no debiera ir al bosque. Parecía una ciudad de pájaros. Y a la mañana, al oírlos a todos, pensé en los ruidosos mercados del alba. Sentí miedo de entrar en mi propio bosque.

Ella usaba el lenguaje que ambos habían inventado. Ahora era sólo de ella. El lo había dejado. A ella no le importó su silencio; era siempre dominante, enseñándole su bosque. Cuando llegaron a un sendero pantanoso donde se abrían nomeolvides en ricas hileras azules, ella dijo:

—Conocemos todos los pájaros, pero hay muchas flores que no podemos encontrar. —Era casi una apelación a él, que conocía los nombres de las cosas.

Miró ensoñadoramente hacia los campos abiertos que dormitaban al sol.

—También tengo un amante —dijo ella con seguridad, cayendo no obstante de nuevo en un tono casi íntimo.

Eso despertó en él las ganas de reñir.

—Creo que lo he conocido. Es apuesto... también en Arcadia.

Sin contestarle, ella giró por un sendero oscuro que subía la colina, donde los árboles y los matorrales eran muy espesos.

—Hacían bien en la antigüedad —dijo ella finalmente— en tener varios altares con varios dioses.

—Ah, sí —contestó él—. ¿A quién está dedicado este nuevo altar?

—Ya no existen los antiguos —dijo ella—. Yo siempre he buscado a éste.

—¿Y de quién es? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella mirándole a la cara.

—Me alegro por tu bien —dijo— de que te sientas satisfecha.

—Sí, pero el hombre no importa mucho —dijo ella. Se hizo una pausa.

—¡No! —exclamó él atónito, y, sin embargo reconociendo en ella su auténtica personalidad.

—Es uno mismo lo que importa —dijo ella—.

Siempre que uno sea él mismo y sirva al propio Dios. Se produjo un silencio durante el cual él reflexionó. El sendero casi no tenía flores; era lóbrego. A un lado, sus tacones se hundieron en la arcilla blanda.

3

Ella dijo muy lentamente:

—Yo me casé la misma noche que tú.

El la miró.

—No legalmente, por supuesto —dijo ella—, pero realmente.

—¿Con el guardabosque? —preguntó él sin saber qué más decir.

—¿Pensaste que no podía? —dijo ella. Pero pese a toda su seguridad, afloró un profundo rubor en sus mejillas y cuello.

El aún no dijo nada.

—Ves —dijo ella haciendo un esfuerzo por explicar—, yo también tenía que comprender.

—¿Y qué quiere decir este comprender? —preguntó.

—Mucho. ¿Para ti no? —replicó ella—. Uno es libre.

—Pero ¿es una cuestión de medio ambiente? —dijo él. El la había considerado toda espíritu.

—Soy como una planta —replicó ella—. Sólo puedo crecer en mi propio suelo.

Llegaron a un lugar donde las matas desaparecían dejando un espacio desnudo, pardo, con los pilares rojos y púrpura como ladrillos de los troncos de los pinos. En el borde, colgaba el verde umbrío de los árboles más viejos, con flores planas y abiertas; abajo estaban los pendones brillantes y desenrollados del helecho. En el centro del espacio abierto estaba la choza de madera del guardabosque. Había jaulas de faisanes aquí y allí, algunas ocupadas por ruidosas aves, otras vacías.

Hilda caminó sobre las marrones agujas de los pinos hasta la cabaña, retiró una llave del alero y abrió la puerta. Era un lugar desnudo de madera con un banco de carpintero, herramientas de carpintero, un hacha, trampas, lazos, algunas pieles claveteadas, todo en orden. Hilda cerró la puerta. Syson examinó los extraños abrigos lisos de pieles de animales salvajes que estaban claveteados curándose. Ella movió un picaporte en una pared lateral y descubrió una segunda y pequeña habitación.

—¡Qué romántico! —dijo Syson.

—Sí, él es muy curioso. Tiene algo de la astucia del animal salvaje, en el mejor sentido, y es inventivo y reflexivo, pero no más allá de cierto nivel.

Apartó una oscura cortina verde. El apartamento estaba ocupado casi por completo por una gran cama de brezo y helecho sobre la que se extendía una inmensa colcha de pieles de conejo, mientras que

de la pared colgaban otras pieles. Hilda bajó una y se la puso. Era una capa de conejo y piel blanca, con una capucha al parecer de pieles de armiño. Se rió de Syson desde su bárbaro abrigo, diciendo:

—¿Qué te parece?

—¡Ah, te felicito por tu hombre! —replicó él.

—¡Y mira! —dijo ella;

En un pequeño jarrón, sobre un estante, había unas ramitas de madreSelva tempraneras.

—Por la noche perfuman el lugar —dijo.

El miró en derredor curiosamente.

—Entonces, ¿qué le falta a él? —preguntó. Ella le miró durante unos segundos. Luego, volviéndose a un lado, le dijo:

—Las estrellas no son las mismas con él. Tú podías hacerlas resplandecer y titilar, y los nomeolvides llegaban a mí como fosforescencias. Tú podías hacerme maravillosas las cosas. Lo he averiguado. Es verdad. Pero ahora las tengo todas para mí.

El se rió y dijo:

—Después de todo, las estrellas y los nomeolvides son sólo lujos. Deberías hacer poesía.

—Sí —asintió ella—, pero ahora los tengo todos.

De nuevo él volvió a reírse amargamente.

Ella dio media vuelta rápidamente. El se apoyaba contra la pequeña ventana del cuarto diminuto y oscuro y la observaba en la puerta, aún abrigada por la capa. El se había sacado la suya, de modo que ella podía verle claramente la cara y la cabeza en la habitación sombría. Su cabello negro, lacio y lustroso estaba bien peinado, de la frente hacia atrás. Sus ojos negros la miraban y su cara, que era clara, cremosa y perfectamente lisa, despedía una luz trémula.

—Somos muy diferentes —dijo ella con amargura en la voz.

El se volvió a reír.

—Ya veo que me desapruebas —dijo él.

—Desapruebo lo que ahora eres —le contestó.

—¿Piensas que podríamos —miró por la cabaña haber sido así tú y yo?

Ella meneó la cabeza.

—¡Tú! ¡No, nunca! Tú arrancabas una cosa y la observabas hasta que descubrías lo que querías saber acerca de ella; entonces, la tirabas.

—¿Lo hacía? —preguntó él—. ¿Y tu manera de ser jamás podría haber sido la mía? Supongo que no.

—¿Por qué habría de serlo? —dijo ella—. Yo soy una persona aparte.

—Pero seguramente a veces dos personas van por el mismo camino —dijo él.

—Tú me separabas de mí misma —afirmó ella.

El sabía que la había confundido, que la había tomado por algo que no era. Era culpa suya, no de ella.

—¿Y tú siempre lo supiste? —preguntó él.

—No, tú nunca me dejaste saberlo. Me engañaste. Yo no podía hacer nada al respecto. Realmente, me alegré cuando me dejaste.

—Lo sé —dijo él, pero palideció hasta tener una luminosidad casi mortífera.

—Sí —dijo él —, fuiste tú quien me enviaste por el camino que he tomado.

—¡Yo! —exclamó ella, orgullosa.

—Tú me hiciste aceptar la beca de la escuela. Y tú me hiciste fomentar la ferviente dependencia que de mí tenía el pobre Botell, hasta que no pudo vivir sin mí. Y todo porque Botell era rico e influyente. Tú triunfaste con la oferta del mercader de vinos para que yo fuera a Cambridge a ocuparme de su único hijo. Y durante todo ese tiempo tú me alejabas de ti. Cada éxito mío interponía una separación entre nosotros, y más para ti que para mí. Nunca quisiste venir conmigo: sólo querías enviarme para ver cómo eran las cosas. Creo que hasta quisiste que me casara con una dama. Tú quisiste triunfar conmigo sobre la sociedad.

—Y yo soy la responsable —dijo ella con sarcasmo.

—Me distinguí para satisfacerte —replicó él.

—¡Ah! —exclamó ella—, tú siempre quisiste cambios, como un niño.

—¡Muy bien! Y ahora soy un éxito y lo sé y hago un buen trabajo. Pero pensé que tú eras diferente. ¿Qué derecho tienes tú a un hombre?

—¿Qué es lo que quieres? —dijo ella mirándole con los ojos abiertos y temerosos.

El le devolvió la mirada con los ojos puntiagudos como armas.

—Pues nada —dijo con una risa corta.

Se oyó un ruido en el otro picaporte y entró el guardabosque. La mujer miró en derredor pero siguió erguida, con el abrigo de pieles, en la puerta interior. Syson no se movió.

Entró el otro hombre, vio y dio media vuelta sin hablar. Ambos quedaron en silencio. •

Pilbeam se ocupó de sus pieles.

—Debo irme —dijo Syson.

—Sí —contestó ella.

—Entonces te ofrezco: «A tus vastas y variadas fortunas.» —El levantó una mano como en brindis.

—«A tus vastas y variadas fortunas» —contestó ella gravemente y hablando con frío tono.

—¡Arthur! —dijo ella.

El guardabosque simuló no oírla. Syson, observando atento, empezó a sonreír. La mujer se compuso.

¡Arthur! —repitió con una curiosa inflexión aguda que avisó a ambos hombres de que le temblaba el alma en una crisis peligrosa.

El guardabosque dejó lentamente su herramienta y se acercó a ella.

—Sí —dijo.

—Quería presentarte —dijo ella, temblorosa.

—Ya le he conocido —dijo el guardabosque.

—Oh, ¿sí? Es Addy, el señor Syson, de quien te he hablado: Este es Arthur, el señor Pilbeam —agregó dirigiéndose a Syson. Este último alargó la mano al guardabosque y se estrecharon las manos en silencio.

—Me alegro de haberle conocido —dijo Syson—. ¿Terminamos con nuestra correspondencia, Hilda?

—¿Qué necesidad hay? —preguntó ella.

Los dos hombres quedaron perplejos.

—¿No hay necesidad? —dijo Syson.

Se mantuvo en silencio y al fin dijo:

—Que sea como tú quieras.

Los tres salieron juntos por el sendero sombrío.

—«*Qu'il était bleu, le ciel, et grand l'espoir*» —citó Syson sin saber qué decir.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella—. Además, nosotros no podemos caminar por nuestra avena silvestre. Nunca la segamos.

Syson la miró. Estaba sorprendido de ver a su joven amor, a su monja, a su ángel de Botticelli, tan al desnudo. Era él quien había hecho el idiota. Ella y él estaban más separados de lo que podían estarlo dos desconocidos cualesquiera. Ella sólo quería mantener con él una correspondencia; y él, por supuesto, quería mantenerla para poder escribir como Dante a una Beatriz que nunca había existido salvo en la imaginación de un hombre.

Al final del sendero ella le dejó. El siguió con el guardabosque hacia el campo abierto, hacia la puerta que se cerraba en el bosque. Los dos hablaban casi como amigos. No profundizaron en el tema de sus pensamientos.

En vez de ir directamente hasta el portón del camino alto, Syson fue por el costado del bosque donde el arroyo se extendía en un pequeño pantano, y bajo los alisos, entre las cañas, brillaban grandes plantas amarillas y ramos de flamenquillas. Hilos de agua pasaban goteando, tocados por el oro de las flores. De pronto, hubo un rayo azul en el aire cuando pasó un martín pescador.

Syson estaba extraordinariamente emocionado. Trepó por la ribera hasta los arbustos de aulaga cuyas chispas de brotes aún no se habían reunido en una llamarada. Sobre los terrenos secos de tierra marrón descubrió ramitas de diminutas polígalas púrpuras y manchas rojizas de gallarditos. Qué mundo maravilloso era aquél, maravilloso, siempre nuevo. Sintió como si fuera ultratumba, los campos del monótono infierno, a pesar de todo. En su pecho tenía un dolor como una herida. Recordó el poema de

William Morris en que, en la capilla de Lyonesse, yace un caballero herido con la punta de una lanza clavada en lo profundo del pecho, echado como muerto; no obstante no moría; día tras día la luz coloreada del sol traspasaba la ventana pintada a través del cancel, y se iba. Ahora sabía que nunca había sido verdad lo que había entre él y ella, ni por un instante. La verdad había estado lejos todo el tiempo.

Syson dio media vuelta. El aire estaba lleno de alondras, como si la luz de arriba se condensara y cayera en una lluvia. Entre ese sonido refulgente, las voces resonaron pequeñas y nítidas.

—Pero si está casado y está dispuesto a dejarlo, ¿qué tienes en contra? —dijo la voz del hombre.

—No quiero ni hablar de eso. Quiero estar sola.

Syson miró a través de las matas. Hilda estaba en el bosque, cerca del portón. El hombre estaba en el campo, vagabundeando por una linde y jugueteando con las abejas cuando éstas se posaban sobre las flores blancas del frambueso.

Se hizo un silencio durante un rato; Syson imaginó la voluntad de ella entre el brillo de las alondras. De pronto el guardabosque lanzó una exclamación y echó una maldición. Se agarraba de la manga del abrigo, cerca del hombro. Se sacó la chaqueta, la tiró al suelo y, ausente, se arremangó la camisa hasta el hombro.

—¡Ah! —dijo vindicativamente cuando cogió la abeja y la arrojó al aire. Retorció su brazo fino y claro, escudriñando torpemente por encima del hombro.

—¿Qué es? —preguntó Hilda.

—Una abeja que me ha subido por el brazo —le contestó él.

—Ven aquí, a mi lado —dijo ella.

El guardabosque fue hasta ella, como un niño enfurruñado. Ella le cogió el brazo con las manos.

—Aquí está. Y dejó el aguijón... ¡pobre abeja!

Ella sacó el aguijón, le puso la boca contra el brazo y chupó la gota de veneno. Cuando vio la marca roja que había hecho su boca, dijo riéndose:

—Ese es el beso más rojo que jamás tendrás.

Cuando Syson volvió a levantar la mirada, ante el sonido de las voces, vio la sombra del guardabosque con la boca en la garganta de su amada, cuya cabeza estaba echada para atrás y cuyo pelo había caído como una sogas desordenada de pelo oscuro que colgaba sobre sus brazos desnudos.

—No —contestó la mujer—, no estoy dolorida porque él se haya ido. No comprendes...

Syson no pudo oír lo que dijo el hombre. Hilda contestó, clara y nítidamente:

—Tú sabes que te amo. El se ha alejado mucho de mi vida. No te preocupes por él... —La besó murmurando algo. Ella se rió sepulcralmente—. Sí —dijo ella indulgente—. Nos casaremos, nos casaremos. Pero todavía no. —El volvió a hablar. Syson no oyó nada durante un rato. Luego ella dijo—: Debes irte a casa ahora, querido. No dormirás lo suficiente.

Una vez más oyó el murmullo de la voz del guardabosque perturbado por la pasión y el temor.

—Pero ¿por qué casarnos de inmediato? —dijo ella—. ¿Qué más tendrías estando casado? Es muy hermoso así.

Al final, él se puso el abrigo y partió. Ella se quedó en el portón sin mirarle, volviéndose al campo soleado.

Cuando por último ella se fue, Syson también partió, de regreso al pueblo.

El oficial prusiano

The Prussian Officer, 1914

1

Desde el amanecer ya habían marchado más de treinta kilómetros a lo largo del camino blanco y caluroso en que ocasionales grupos de árboles brindaban un momento de sombra antes de volver a la luz deslumbradora. A ambos lados el valle, ancho y bajo, relumbraba de calor; parches verdioscuros de centeno, el pálido maíz joven, barbechos, prados y bosquecillos de pinos negros se estiraban en un diagrama bochornoso y pesado bajo un cielo refulgente. Pero al frente se extendían las montañas, inmóviles y de color azul claro; la nieve brillaba suavemente a través de la atmósfera sofocante. Hacia las montañas, siempre adelante, marchaba el regimiento entre campos de centeno y prados, entre escuálidos árboles frutales ordenadamente alineados a cada lado del camino principal. Del centeno verdioscuro y bruñido emanaba un calor ardiente; poco a poco se acercaban las montañas y se hacían más nítidas. Los pies de los soldados se acaloraban, el sudor les corría por el cabello, bajo los cascos, y las mochilas ya no les abrasaban en contacto con los hombros, sino que parecían despedir una sensación fría y punzante.

El caminaba en silencio mirando al frente las montañas, que se elevaban de súbito de la tierra irguiéndose pliegue tras pliegue, una mitad de tierra y otra de cielo; el cielo, la barrera con hendiduras de suave nieve en los picos blancos y azulados.

Ahora casi podía caminar sin dolor. Al principio había decidido no cojear. Le había descompuesto dar los primeros pasos y durante el primer kilómetro, o poco más, había controlado la respiración; en la frente se le habían amontonado gotas frías de sudor. Pero había seguido caminando. ¡Después de todo, qué otra cosa buscaban sino magulladuras! Se las había mirado al levantarse: unos profundos moretones en la parte trasera de los muslos. Y desde que diera su primer paso a la mañana, había sido consciente de ellos; hasta ahora había sentido un punto caliente y tirante en el pecho, pero rechazaba el dolor y se mantenía entero. Parecía no haber aire cuando respiraba. Pero caminaba casi a paso ligero.

La mano del capitán había temblado al tomar café, de madrugada: su asistente volvió a ver el temblor. Y vio la figura delgada del capitán girando a caballo en la granja de delante; una figura apuesta con uniforme azul claro y guarniciones escarlatas; el metal brillaba en el casco negro y la vaina de la espada, oscuros manchones de sudor corrían por el bayo sedoso. El ordenanza sintió que estaba conectado a aquella figura que se movía súbitamente sobre el caballo: la siguió como una sombra, muda e inevitablemente, condenado a ella. El oficial era consciente de la pesada marcha de la compañía tras de sí, de la, marcha de su ordenanza entre los hombres.

El capitán era un hombre alto de unos cuarenta años, con las sienas grises. Tenía una figura apuesta y bien formada y era uno de los mejores jinetes del oeste. Su ordenanza, al darle masaje, admiraba los sorprendentes músculos de caballista de sus muslos.

Por lo demás, el ordenanza apenas notaba al oficial un poco más de lo que se notaba a sí mismo. Rara vez veía el rostro de su amo: no se lo miraba. El capitán tenía el cabello duro, pelirrojo oscuro y casi rapado. El bigote era también corto y cerdoso sobre una boca brutal. La cara era más bien recia, las mejillas chupadas. Quizá fuera apuesto debido a las líneas profundas de su cara, a la tensión irritable de su entrecejo, que le daba el aspecto de un hombre que lucha por la vida. Sus pestañas claras se destacaban, espesas, sobre unos ojos de color azul claro que siempre relampagueaban con un fuego frío.

Era un aristócrata prusiano, altivo y dominante. Pero su madre había sido una condesa polaca. El había contraído demasiadas deudas de juego en su juventud, lo que había arruinado sus posibilidades en el ejército, y no pasó de capitán de infantería. No se había casado; su situación no se lo permitía y jamás le había tentado a hacerlo ninguna mujer. Pasaba el tiempo cabalgando —ocasionalmente montaba uno de sus propios caballos en las carreras— en el club de oficiales. De vez en cuando tenía una amante. Pero tras cada acontecimiento de tal naturaleza volvía a su deber con el entrecejo aún más tenso, los ojos aún más hostiles e irritables. Sin embargo, con los hombres era meramente impersonal, aunque se convirtiera en un demonio cuando le provocaban; de modo que por lo general le temían, pero sentían gran aversión por él. Lo aceptaban como inevitable.

Con su ordenanza al principio se mostró frío, justo e indiferente: no se ocupaba de pequeñeces. De modo que su criado no sabía prácticamente nada sobre él, salvo las órdenes precisas que daría y cómo quería que las cumpliera. Lo cual era bastante simple. Luego, gradualmente, se produjo el cambio.

El ordenanza era un joven de unos veintidós años, de mediana altura y con un buen físico. Tenía los miembros fuertes y pesados; era moreno, con un bigote juvenil suave y renegrido. Su persona en conjunto tenía algo de cálido y juvenil. Tenía las cejas firmemente marcadas sobre unos ojos oscuros e inexpresivos que parecían no haber pensado jamás, limitándose a recibir la vida directamente de los sentidos y a actuar correctamente por instinto.

Gradualmente el oficial había tomado conciencia de la presencia juvenil, vigorosa e inconsciente de su criado. No podía apartarse de la inmediatez del joven cuando le asistía. Era como una llama cálida sobre el cuerpo rígido y tenso del hombre mayor, que casi se había vuelto exánime, fijo. Había en él algo de libre y autónomo, algo en su movimiento que exigía la atención del oficial. Y ello irritaba al prusiano. Decidió que su criado no podía afectar a su vida. Podía haber cambiado fácilmente a su hombre, pero no lo hizo. Ahora rara vez miraba a su ordenanza a la cara, la mantenía escondida como para evitar mirarlo. Y pese a todo el joven soldado se movía inconscientemente por el apartamento; el hombre mayor le observaba y notaba el movimiento de sus hombros jóvenes y fuertes bajo la tela azul, la curvatura del cuello. Y se irritaba. Ver la mano joven, morena, de contorno campesino, cogiendo la rebanada de pan o la botella de vino, lanzaba una ráfaga de odio por la sangre del hombre mayor. No es que el joven fuera torpe: era más bien la seguridad ciega, instintiva de sus movimientos de animal joven y sin impedimentos lo que tanto irritaba al oficial.

En una ocasión, cuando se derramó una botella de vino y el líquido se volcó sobre el mantel, el oficial empezó a soltar un juramento y sus ojos, azulados como el fuego, sostuvieron por un momento la mirada del joven confuso. Sintió entonces que algo se hundía profundamente en su alma, en un lugar al que nada había llegado hasta entonces. Quedó como en blanco y admirado. Algo de su entereza natural había desaparecido; una pequeña intranquilidad ocupó su lugar. Y en aquel instante un sentimiento desconocido se interpuso entre los dos hombres.

A partir de aquel momento el ordenanza sintió miedo de encontrarse realmente con su amo. Su inconsciente recordaba esos ojos de azul acerado y las duras cejas y no tenía intención de volver a encontrarse con ellos. Por ello siempre miraba de lado a su amo y lo evitaba. Con un poco de ansiedad esperaba que pasaran los tres meses que le faltaban de servicio. Empezó a sentirse incómodo en presencia del capitán; el soldado, aún más que el oficial, quería que se le dejara en la paz de su neutralidad como criado.

Hacía más de un año que servía al capitán y conocía sus obligaciones. Las cumplía con facilidad, como si fueran algo natural para él. Daba por descontado al capitán y a sus órdenes, como al sol y a la lluvia, y servía rutinariamente. No le afectaban personalmente.

Pero si se viera obligado a un intercambio personal con su amo, estaría como un animal salvaje encerrado; sintió que tendría que alejarse.

Pero la influencia del joven soldado, de su existencia, había penetrado a través de la dura disciplina del oficial perturbando al hombre que en ella había. Sin embargo, era un caballero de largas y finas manos y movimientos desenvueltos y no iba a permitir algo semejante a la alteración de su ser más profundo. Era un hombre de temperamento apasionado que siempre se había mantenido reprimido. Ocasionalmente había habido algún duelo, una explosión ante los soldados. Sabía perfectamente que siempre estaba a punto de quebrarse. Pero se mantenía impertérrito y aferrado a la idea del Servicio. Mientras tanto, el joven soldado parecía gozar de su naturaleza cálida y plena que se desprendía de sus propios movimientos, que tenían cierto entusiasmo similar al de los animales en libertad. Y esto aún irritaba más al oficial.

Pese a sí mismo, el capitán no pudo recuperar su neutralidad de sentimientos respecto al ordenanza. No daba órdenes destempladas, trataba de ocuparle el máximo de su tiempo. A veces se enfurecía con el joven soldado y le intimidaba con amenazas. Entonces el ordenanza se encerraba dentro de, sí mismo, como si estuviera fuera de su radio de acción, y esperaba con la cara sonrojada, resentida, a que terminara el alboroto. Las palabras jamás taladraban su inteligencia; protegiéndose, se volvía impermeable a los sentimientos de su amo.

Tenía una cicatriz en el pulgar, un costurón profundo en el nudillo. Esto hacía sufrir al oficial y quería hacer algo al respecto. Ahí estaba, fea y brutal, en la mano joven y morena. Por último cedió la reserva del capitán. Un día, cuando el ordenanza estaba alisando el mantel, el capitán sujetó el pulgar con un lápiz y preguntó:

—¿Cómo se hizo esto?

El joven se sobresaltó y se puso en posición de firmes.

—Un hacha, Herr Hauptmann —contestó¹.

El oficial esperaba una explicación más satisfactoria. No llegó ninguna. El ordenanza continuó cumpliendo sus obligaciones. El hombre mayor quedó disgustado y resentido. El criado le evitó. Y al día siguiente tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no mirar el dedo cicatrizado. Quería agarrarlo y... Le corrió una llamarada caliente por la sangre.

Sabía que su criado pronto estaría libre y que se alegraría de estarlo. El capitán llegó a una irritación delirante. No podía descansar cuando el soldado no estaba; y cuando estaba le lanzaba miradas indignadas con ojos atormentados. Detestaba esas cejas finas y negras sobre los ojos oscuros y vacíos, le enfurecían los movimientos desenvueltos de esas piernas apuestas a las que no podría endurecer ninguna disciplina militar. Y se volvió abusivo de forma cruel y dura, haciendo uso del desprecio y de la sátira. El joven soldado se volvió más mudo e inexpresivo.

¿Con qué animales se ha criado, que no puede mantener los ojos en alto? Míreme a los ojos cuando le hablo.

Y el soldado volvió sus ojos oscuros a la cara del otro, pero en ellos no había visión: miraba con la mirada más mínima, retenía su visión percibiendo el azul de los ojos de su amo, pero sin recibir ninguna mirada de ellos. El hombre mayor empalideció y se le contrajeron los párpados rojizos. Dio la orden rudamente.

En una ocasión cruzó la cara del joven soldado con un pesado guante militar. Entonces tuvo la satisfacción de ver los ojos oscuros llameando contra los suyos propios, como la llamarada que surge cuando se arroja paja al fuego. Se rió con un pequeño temblor y expresión de burla y desprecio.

Pero sólo quedaban dos meses. Instintivamente el joven trató de mantenerse intacto: trató de servir al oficial como si éste fuera una autoridad abstracta y no un hombre. Todo su instinto le aconsejaba evitar el contacto personal, incluso el odio definitivo. Pero a pesar de sí mismo el odio creció, reaccionando ante la pasión del oficial. Sin embargo, él lo situó en segundo plano. Cuando dejara el ejército se animaría a reconocerlo. Era activo por naturaleza y tenía numerosos amigos. Pensó en lo maravillosamente buenos que eran. Pero, sin saberlo, estaba solo. Se intensificó su soledad. Esta le llevaría a la terminación de su servicio. Pero el oficial pareció volverse irritablemente enloquecido y el joven se asustó profundamente.

El soldado tenía una novia, una chica de las montañas, independiente y primitiva. Los dos solían caminar juntos, generalmente en silencio. Salía con ella no para conversar, sino para pasarle un brazo por los hombros y por el contacto físico. Esto le tranquilizaba, le ayudaba a ignorar al capitán; con ella podía descansar, firmemente apoyada contra su pecho. Y ella, de una manera inefable, estaba allí para él. Se amaban.

El capitán lo percibió y se enloqueció de irritación. Mantenía ocupado al joven toda la tarde y le complacía ver la expresión ofuscada que se le ponía en la cara. Ocasionalmente se encontraban las miradas de los dos hombres; la del joven resentida y oscura, tercamente inalterable; la del hombre mayor burlona con un inquieto desprecio.

¹ Herr Hauptmann: señor capitán. En alemán en el original. (N. del E.)

El oficial trató con todas sus fuerzas de no admitir la pasión que se había adueñado de él. No reconocía que su sentimiento para con su ordenanza fuera algo más que el de un hombre enfurecido hacia un criado estúpido y perverso. De modo que, manteniéndose bastante justificado y convencional en su conciencia, dejó que el asunto siguiera su curso. Sin embargo, sus nervios sufrían. Por último lanzó la hebilla del cinturón contra la cara de su sirviente. Cuando vio que el joven retrocedía con lágrimas de dolor en los ojos y sangre en la boca, sintió al mismo tiempo una viva emoción de placer y de vergüenza.

Pero esto, aceptó en su interior, era algo que jamás había hecho. El muchacho era demasiado exasperante. Debía tener los nervios destrozados. Se fue varios días con una mujer.

Fue una farsa del placer. Simplemente, no deseaba a la mujer. Pero permaneció fuera varios días. Al final regresó en un grave estado de irritación, tormento y miseria. Cabalgó toda la tarde y luego fue directamente a cenar. Su ordenanza había salido. El oficial se quedó sentado con las manos largas y finas sobre la mesa, absolutamente inmóvil; parecía que se le corrompía toda la sangre.

Al final entró su criado. Observó la figura joven y desenvuelta, las finas cejas, la poblada cabellera negra. En una semana el joven había recuperado su antiguo bienestar. Las manos del oficial se agitaron y parecieron estar llenas de llamas alocadas. El joven se puso en posición de firmes, inmóvil, encerrado.

La comida transcurrió en silencio. Pero el ordenanza parecía ansioso. Hizo mucho ruido con los platos.

¿Tiene mucha prisa? —preguntó el oficial, observando el rostro intenso y cálido de su sirviente. El otro no: contestó.

—¿Podría contestar a mi pregunta? preguntó el capitán.

—Sí, señor —replicó el ordenanza, en pie y sosteniendo la pila de platos hondos del ejército. El capitán esperó, le miró y luego volvió a preguntar:

—¿Tiene prisa?

—Sí, señor —llegó la respuesta al oyente como un relámpago.

—¿Para qué?

—Iba a salir, señor.

—Le necesito esta tarde.

Hubo un momento de vacilación. El oficial tenía una curiosa dureza en la expresión.

—Sí, señor —replicó el sirviente.

—También le necesito mañana por la tarde. De hecho, puede considerar que tiene ocupadas todas las tardes, a menos que yo le dé permiso para salir.

La boca, con su bigote juvenil, se endureció,

—Sí, señor —contestó el ordenanza abriendo los labios un segundo.

Volvió a dirigirse a la puerta.

—¿Y por qué tiene un lápiz en la oreja?

El ordenanza vaciló y luego continuó su camino sin contestar. Colocó los platos en una pila, al otro lado de la puerta, se sacó el trozo de lápiz de la oreja y se lo guardó en el bolsillo. Había estado copiando un poema para la tarjeta de cumpleaños de su novia. Volvió para terminar de levantar la mesa. Los ojos del oficial bailoteaban; tenía una pequeña y ansiosa sonrisa.

—¿Por qué tiene un trozo de lápiz en la oreja? —preguntó.

El ordenanza tenía las manos llenas de platos. Su amo permanecía junto a la gran estufa verde; había una pequeña sonrisa en su rostro y tenía el mentón avanzado. Cuando el joven lo vio, de repente sintió una llamarada en el corazón. Se cegó. En vez de contestar, giró como mareado hacia la puerta. Cuando se agachaba para colocar los platos, fue propulsado hacia adelante por una patada desde atrás. La vajilla bajó en cascada por las escaleras y él se aferró al pilar de la balaustrada. Cuando se levantaba fue pateado duramente una y otra vez, de modo que se aferró enfermizamente al poste durante unos momentos. Su amo había entrado rápidamente en la habitación cerrando la puerta. El criado de la planta baja alzó la mirada al pie de la escalera e hizo una cara de burla ante el desastre de la loza.

El corazón del oficial latía con fuerza. Se sirvió un vaso de vino, parte del cual se derramó en el suelo, y liquidó de un trago el resto, apoyado contra la estufa verde y fría. Oyó a su hombre recogiendo los platos en la escalera. Pálido, como intoxicado, esperó. El criado volvió a entrar. El corazón del capitán dio un respingo, como de placer, al ver al joven aturdido e Incierto sobre sus pies, dolorido.

—¡Schoner! —dijo.

Al soldado le costó un poco más ponerse en posición de firmes.

—¡Sí, señor!

El joven estaba ante él con su patético bigote juvenil y las finas cejas sobre la frente de mármol oscuro. —Le hice una pregunta.

—Sí, señor.

El tono del oficial quemó como ácido.

—¿Por qué tenía un lápiz en la oreja?

Una vez más el corazón del sirviente se aceleró con calor y perdió el aliento. Con sus ojos oscuros y esforzados, miró al oficial como fascinado. Y quedó allí firmemente plantado, inconsciente. La sonrisa avergonzada asomó a los ojos del capitán y levantó un pie.

—Yo... me olvidé... señor —respondió entrecortadamente el soldado, con sus oscuros ojos fijos en los ojos bailarines y azules del otro.

—¿Qué hacía allí?

Vio el pecho del joven palpar mientras éste hacía un esfuerzo por sacar las palabras.

—Estuve escribiendo.

—¿Escribiendo qué?

Una vez más el soldado le miró de arriba abajo. El oficial pudo oírle jadear. La sonrisa volvió a los ojos azules. El soldado se aclaró la garganta, pero no pudo hablar. De repente la sonrisa se encendió

en una llamarada en el rostro del oficial y un patadón salió despedido con fuerza contra el muslo del ordenanza. El soldado dio un paso a un costado. El rostro se le puso exánime, sus ojos negros miraban.

—¿Bien? —dijo el oficial.

La boca del ordenanza se había secado y su lengua se frotaba contra ella como sobre papel seco de embalaje. Se aclaró la garganta. El oficial levantó un pie. El sirviente se puso rígido.

—Una poesía, señor —dijo el sonido resquebrajado, irreconocible de su voz.

Poesía, ¿qué poesía? —preguntó el capitán con una sonrisa enfermiza.

Una vez más tuvo que aclararse la garganta. El corazón del capitán se apesadumbró de repente y allí quedó, cansado y enfermo.

—Para mi chica, señor —oyó que decía el sonido seco e inhumano.

—Ah —contestó, dándose media vuelta—, levante la mesa.

«¡Click!», hizo la garganta del soldado; luego nuevamente, «¡click!», y balbuceó:

—Sí, señor.

El soldado se fue con aspecto de viejo arrastrando los pies.

El oficial, a solas, se mantuvo rígido para defenderse de sus pensamientos. Su instinto le advertía que no debía pensar. En lo profundo de su ser estaba la gratificación intensa de su pasión funcionando aún poderosamente. Luego hubo una contracción, la horrible destrucción de algo en su interior, toda una agonía de destrucción. Se quedó allí, inmóvil durante una hora, en un caos de sensaciones pero rígido en su voluntad de mantener en blanco su conciencia para prevenir el acoso de su mente. Y se mantuvo así hasta que hubo pasado lo peor de la tensión y empezó a beber bebió hasta la intoxicación, hasta que se durmió arrasado. Cuando se despertó por la mañana, estaba sacudido hasta la raíz de su naturaleza. Pero había rechazado la toma de conciencia de lo que había hecho. Había evitado que su mente lo absorbiese, lo había suprimido junto con sus instintos y el hombre consciente nada tenía que ver con ello. Sólo se sentía como después de un ataque de intoxicación, débil, pero el asunto estaba a oscuras e irrecuperable. Rechazó con éxito el recuerdo de la borrachera de su pasión. Y cuando apareció el ordenanza con el café, el oficial reasumió la personalidad que había tenido la mañana anterior. Negó lo sucedido la noche anterior —negó que hubiera estúpido— y tuvo éxito en su negación. El no había hecho cosa semejante, él no. Fuera lo que fuera, se debía a un sirviente estúpido e insubordinado.

El ordenanza había pasado en estado de estupor toda la tarde. Bebió un poco de cerveza porque estaba dolorido, pero no mucho; el alcohol le devolvió sus sentimientos y no los pudo soportar. Estaba embotado, como si el noventa por ciento del hombre normal que había en él estuviera inerte. Se arrastró, desfigurado. Empero, cuando pensó en las patadas, se sintió enfermo, y cuando pensó en las amenazas de más patadas, más tarde, en la habitación, se le calentó y debilitó el corazón y jadeó recordando las que le había propinado. Se le había obligado a decir «para mi chica». Estaba demasiado agotado incluso para llorar. Le colgaba la boca ligeramente abierta, como la de un idiota. Se sintió vacío y desolado, Así fue haciendo su trabajo, con dolor y mucha lentitud y torpeza, moviendo a tuestas y a ciegas los cepillos y hallando difícil, cuando tomó asiento, convocar las energías necesarias para volver a moverse. Sus piernas, su mandíbula, estaban flojas y sin nervios. Pero estaba muy cansado. Por último se echó en la

cama y durmió inerte, relajado, con un sueño que era más estupor que sueño; una noche muerta de estupefacción le atravesó con destellos de angustia.

A la mañana había maniobras. Pero se despertó incluso antes de que sonase el toque de clarín. El agudo dolor en el pecho, la sequedad de su garganta, la desagradable sensación continua de miseria, hicieron que sus ojos se abriesen y despertasen de inmediato. Supo, sin pensarlo, lo que había pasado. Y supo que el día había vuelto, que debía continuar con sus tareas. Ya salía de su cuarto la última oscuridad. Tendría que mover su cuerpo inerte y continuar haciéndolo. Era tan joven y había conocido tan pocos problemas que estaba aturdido. Sólo deseó que siguiera la noche para poder echarse inmóvil, cubierto por la oscuridad. Sin embargo, nada evitaría que llegase el día, nada le salvaría de tener que levantarse y ensillar el caballo del capitán, hacer el café al capitán. Allí estaba, inevitable. Entonces pensó que era imposible. No le dejarían libre todavía. Debía ir y llevar la taza de café al capitán. Estaba demasiado aturdido para comprenderlo. Únicamente sabía que era inevitable, inevitable por más tiempo que yaciera inerte.

Por último, después de levantarse con esfuerzo, pues parecía una masa de inercia, se puso en pie., Pero tuvo que impulsar todos sus movimientos desde atrás, a fuerza de voluntad. Se sintió perdido, mareado y desvalido. Entonces se aferró a la cama, tal era el dolor. Y mirándose los muslos vio las magulladuras moradas en su piel atezada y supo que si apretaba con un dedo uno de esos moretones se desmayaría. Pero no quería desmayarse, no quería que nadie se enterase. Nadie tenía que enterarse jamás. Era algo entre él y el capitán. Ahora sólo había dos personas en el mundo: él y el capitán.

Lentamente, sobriamente, se vistió y se obligó a caminar. Todo estaba a oscuras salvo lo que tenía entre manos. Pero se las arregló para hacer el trabajo. El mismo dolor revivió sus sentidos adormilados. Lo peor estaba por delante. Cogió la bandeja y la llevó a la habitación del capitán. El oficial, pálido y sombrío, estaba sentado a la mesa. El ordenanza, al saludar, se sintió fuera de la existencia. Se quedó inmóvil un momento sometido a su propia invalidez; luego recobró sus fuerzas y pareció recuperarse, y entonces el capitán empezó a hacerse vago, irreal, y latió el corazón del joven soldado. Se aferró a esta situación —que el capitán no existía— para poder vivir. Pero cuando vio temblar la mano del oficial al tomar café, sintió que todo se desintegraba a su alrededor. Y se retiró como si él mismo se estuviera haciendo trizas, desintegrando. Y cuando el capitán estaba a caballo, dando órdenes, mientras él estaba de pie con rifle y mochila, enfermo de dolor, sintió como si debiera cerrar los ojos a todo. Sólo la larga tortura de marchar con la garganta reseca le colmaba de una única intención apesadumbrada: salvarse a sí mismo.

2

Se estaba acostumbrando incluso a la garganta reseca. Que los picos nevados estuvieran radiantes en el cielo, que el río del glaciar, blancuzco, verduzco, se retorciera entre sus bancos pálidos, abajo en el valle, parecía casi sobrenatural. Continuó marchando sin lamentos. Tenía fiebre y sed. No quería hablar con nadie. Sobre el río había dos gaviotas, como copos de agua y nieve. El aroma del centeno verde empapado de luz de sol llegaba como una enfermedad. Y la marcha continuaba, monótona, casi como una pesadilla.

En la siguiente granja, que se extendía baja y ancha cerca del camino principal, se habían dispuesto tinajas de agua. Los soldados se arremolinaron para beber. Se sacaron los cascos y sus cabellos húmedos despidieron vapor. El capitán quedó a caballo, vigilante. Necesitaba ver a su ordenanza. Su casco echaba una sombra oscura sobre los ojos claros y feroces, pero quedaban a la luz su bigote, boca y mentón. El ordenanza tenía que moverse bajo la presencia de la figura del jinete. No es que estuviera temeroso ni acobardado. Era como si estuviese desentrañado, vacío, como una concha vacía. Se sentía como un nadie, una sombra que se arrastraba bajo el sol. Y sediento como estaba, apenas pudo beber sintiendo la proximidad del capitán. No se sacó el casco para enjugarse el pelo sudado. Quería permanecer a la sombra, no verse obligado a tomar conciencia. Puesto en marcha, vio, el ligero talón del capitán pinchar la panza del animal; el capitán se alejó y el pudo recaer en el vacío.

Nada, sin embargo, podía devolverle su puesto de ser viviente en la mañana calurosa y brillante. Se sentía como un agujero. Al mismo tiempo el capitán estaba más altivo, más desentendido. Un relámpago caliente atravesó el cuerpo del joven criado. El capitán estaba más firme y más orgulloso, pletórico de vida, y él estaba vacío como una sombra. Una vez más le atravesó un relámpago, mareándole. Pero su corazón latió con más firmeza.

La compañía dio vuelta a la colina a fin de hacer un giro para la vuelta. Abajo, entre los árboles, resonó la campana de la finca. Vio a los peones descalzos, segando la espesa hierba, abandonar sus tareas y bajar la colina, con las hoces colgando de los hombros como brillantes garras que se curvaban detrás de ellos. Parecían una gente de ensueño, como si no tuvieran ninguna relación con él. Se sintió como en un sueño tenebroso; como si todas las demás cosas estuvieran allí y tuvieran forma siendo él únicamente una conciencia, un agujero que podía pensar y percibir.

Los soldados marchaban silenciosamente subiendo la ladera relumbrante de la colina. Poco a poco empezó a menear la cabeza, lentamente, rítmicamente. A veces todo era oscuro ante sus ojos, como si viera el mundo a través de un cristal opaco, sombras frágiles e irreales. Caminar le daba dolor de cabeza.

El aire era demasiado aromático, no permitía la respiración. Todo el verde lujuriente parecía excretar sus jugos hasta hacer el aire letal, enfermizo con el olor del verde. Era el perfume del trébol, como miel pura y abejas. Entonces apareció un débil sabor acre; se acercaban a las hayas; y luego un extraño ruido confuso y un olor sofocante, espantoso; pasaban al lado de un hato de ovejas, de un pastor con una camisa negra, el cayado en la mano. ¿Por qué se juntaban las ovejas bajo este sol abrasador? Sintió que el pastor no le podía ver, aunque él veía al pastor.

Al final se detuvieron. Amontonaron los fusiles en un pabellón cónico, colocaron los equipos en un círculo disperso a su alrededor y se alejaron un poco, sentándose en un pequeño montículo de la ladera. Empezaron las charlas. Los soldados estaban empapados de sudor pero animados. El se sentó inmóvil, contemplando las montañas azules que se elevaban sobre la tierra a unos veinte kilómetros. Había un pliegue azul en la cordillera; de allí, al pie, salía el lecho ancho y pálido del río, extensiones de agua blanca y verduzca entre bancos de un gris rojizo, entre los bosques de pinos negros. Allí estaba, extendiéndose hasta la lejanía. El río parecía bajar por la colina. Había una balsa que avanzaba como una milla. Era un extraño país. Más cerca había una granja ancha y de tejado rojo con la base de follaje de haya al borde del bosque. Había largas hileras de centeno y trébol y claro maíz verde. A sus pies, bajo el

montículo, había un pantano oscuro donde flores de siempreviva se apretujaban sobre sus frágiles tallos. Algunas de las pálidas burbujas doradas habían estallado y un fragmento roto colgaba del aire. Pensó que se dormiría.

De repente algo se movió dentro del espejismo de colores que tenía ante sus ojos. El capitán, una pequeña figura de azul claro y escarlata, trotaba apacible entre las hileras del maíz, a lo largo del borde de la colina. Y se acercaba al hombre que hacía señales con las banderas. La figura del jinete se movía altiva y segura, la cosa brillante, rauda en que se concentraba toda la luz de la mañana que, para el resto, dejaba una sombra frágil y luminosa. Sumiso, apático, el joven soldado se sentó y observó. Pero cuando el caballo aminoró el paso, subiendo la última parte empinada del sendero, el gran relámpago relumbró en el cuerpo y el alma del ordenanza. Se sentó a la espera. Su nuca parecía contener una pesada bola de fuego. No quiso comer. Le temblaron ligeramente las manos cuando las movió. Mientras tanto, el oficial a caballo se acercaba lenta y altivamente. Se arremolinó la tensión en el alma del ordenanza. Luego, nuevamente, al mirar al capitán acomodarse en la montura, el relámpago le atravesó.

El capitán observó la mancha de azul claro y escarlata y las cabezas morenas, dispersas pero próximas, en la ladera. El mando le llenó de satisfacción. Se sentía orgulloso. Su ordenanza estaba entre ellos en común sometimiento. El oficial se levantó un poco sobre los estribos para mirar. El joven soldado estaba sentado con expresión ajena y muda. El capitán se relajó en su silla. Su hermoso caballo de finas patas, pardo como un castaño, subió altivamente la colina. El capitán entró en la zona ocupada por la compañía: un olor picante de hombres, de sudor, de cuero. Lo conocía muy bien. Después de intercambiar una palabra con el teniente escaló unos pocos pasos más y allí quedó, una figura dominante, con el caballo bañado en sudor meciendo la cola, mientras él miraba desde arriba a sus hombres, a su ordenanza, una entidad inexistente entre la multitud.

El corazón del joven soldado era como un fuego cerrado en su pecho y respiraba con dificultad. El oficial, con la vista al pie de la colina, vio a tres de los jóvenes soldados con dos cubos de agua entre ellos, tambaleándose por un campo verde y soleado. Se había puesto una mesa bajo un árbol y allí estaba el delgado teniente, importantemente atareado. Entonces el capitán se exigió un acto de coraje. Llamó a su ordenanza.

El fuego flameó en la garganta del joven soldado cuando oyó la orden, y se levantó ciegamente, sofocado. Saludó, en pie bajo el oficial. No levantó la mirada. Pero hubo una chispa en la voz del capitán.

—Vaya al mesón y tráigame... —el oficial dio su orden ¡Rápido! agregó.

A la última palabra el corazón del sirviente saltó con una llamarada y sintió que le volvía la fuerza al cuerpo. Pero se lanzó en mecánica obediencia y empezó a correr pesadamente bajo la colina, casi como un oso, con los pantalones como bolsas sobre sus botas militares. El oficial contempló esa carrera ciega, impetuosa hasta el final.

Pero sólo era la piel del cuerpo del ordenanza la que obedecía tan humilde y mecánicamente. En su interior se había acumulado poco a poco un meollo en el cual la energía de esa vida joven era compacta y concentrada. Cumplió la orden y subió corriendo rápidamente la colina. Mientras caminaba

sentía un dolor en la cabeza que le hacía retorcer las facciones sin darse cuenta. Pero allí, en el centro de su pecho, era el mismo, él mismo, firme, y nada le haría trizas.

El capitán se había ido al bosque. El ordenanza caminó pesadamente a través de la zona del olor picante y poderoso de la compañía. Ahora tenía en su interior una curiosa masa de energía. El capitán era menos real que él. Se acercó a la entrada verde del bosque.

Allí, en la media sombra, vio el caballo, los rayos del sol y la sombra trémula bailoteando los árboles. Allí, en la sombra verde y dorada, al lado de la brillante copa del sol, había dos figuras azules y rojas, en que destacaban claramente los trozos de rojo. El capitán hablaba con el teniente.

El ordenanza se quedó en el borde del brillante claro donde grandes troncos de árboles, desnudos y titilantes, descansaban como cuerpos desnudos y morenos. Las astillas de madera ensuciaban el suelo pisoteado, como luz derramada, y las bases de los árboles cortados estaban aquí y allí, con las cabezas abiertas y cortadas al ras. Detrás se veía el verde rutilante e iluminado de un haya.

—Entonces yo iré delante —oyó el ordenanza quedó decía su capitán. El teniente saludó y se alejó. El se adelantó. Un relámpago ardiente le traspasó el estómago cuando se encaminaba hacia su oficial.

El capitán observó la figura más bien pesada del joven soldado que avanzaba a tropezones, y sus venas también ardieron. Esto sería un hombre a hombre entre ellos. Cedió ante la figura sólida, a traspies y con la cabeza gacha. El ordenanza se inclinó y colocó la comida sobre la uniforme base aserrada de un árbol. El capitán observó las manos brillantes, inflamadas por el sol, desnudas. Quiso hablar al joven soldado, pero no pudo. El criado se puso una botella entre los muslos, abrió el corcho y sirvió la cerveza en el pichel. Mantuvo la cabeza gacha. El capitán aceptó el pichel. ,

¡Caliente! exclamó fingiendo amabilidad.

La llamarada se retorció en el corazón del ordenanza, casi sofocándole.

—Sí, señor —replicó por entre los dientes cerrados.

Oyó el sonido que hacía al beber el capitán y apretó los puños, tal fue el tormento que le arrasó las muñecas. Luego llegó el débil sonido metálico de la tapadera. Levantó la mirada. El capitán le vigilaba. Desvió rápidamente la mirada. Luego vio que el oficial se agachaba y cogía un trozo de pan del tocón. Nuevamente traspasó al joven soldado la ardiente llama al ver el cuerpo rígido agachado bajo él y sus manos se movieron de un tirón. Miró a otro lado. Podía oír al oficial comiendo otro trozo. Los dos hombres permanecieron tensos e inmóviles, el amo masticando laboriosamente su pan, el criado mirando con mirada equívoca, los puños apretados.

Entonces el joven soldado dio un respingo. El oficial había vuelto a abrir la tapadera del pichel. El soldado observó la tapadera del pichel y las manos blancas que cogían el asa, como fascinado. El pichel se elevó. Y luego vio cómo la garganta delgada y fuerte del hombre mayor se movía arriba y abajo mientras bebía, moviendo la mandíbula poderosa. Y el instinto que se había agitado en las muñecas de joven de repente se liberó. Saltó sintiendo que un llamarada le partía por la mitad.

Se desprendió un chorro repentino del oficial atrapado por el tocón; cayó hacia atrás, desplomado, resonando horriblemente el centro de su espalda contra el borde filoso del tocón; el pichel

salió disparado. Y en un segundo el ordenanza, con su rostro joven serio y concentrado y el labio inferior entre los dientes, había puesto una rodilla sobre el pecho del oficial y empujaba el mentón hacia el borde opuesto del tocón, apretando con todo su corazón en una pasión de alivio y sintiendo que cedía exquisitamente la tensión de sus muñecas. Con la base de sus palmas dio con todas sus fuerzas contra el mentón. También era un placer poseer ese mentón, con la dura mandíbula ya un poco rugosa de barba entre sus manos. No se le relajó ni un pelo, sino que, con todas las fuerzas de su sangre exultante en el envión, empujó hacia atrás la cabeza del otro hombre hasta que se produjo un débil «crac» y una sensación de crujido. Entonces sintió como un vapor en la cabeza. Pesadas convulsiones agitaron el cuerpo del oficial, asustando y horrorizando al joven soldado. No obstante, le satisfizo contenerlas. Y también era agradable seguir presionando con las manos el mentón, sintiendo el cuerpo del otro hombre que aflojaba las expiraciones ante el peso de sus rodillas jóvenes y fuertes, sintiendo las brascas sacudidas del cuerpo postrado que convulsionaba toda su estructura oprimida.

Pero se quedó inmóvil. Podía ver el interior de las fosas nasales del otro hombre, apenas podía ver los ojos. Cuán curiosamente sobresalía la boca, exagerando los labios plenos y los bigotes que se erizaban sobre ellos. Luego, con un respingo, notó que las fosas se llenaban poco a poco de sangre. El rojo las llenó, vaciló, resbaló y prosiguió en un chorro delgado por la cara hasta los ojos.

Esto le sobresaltó y angustió. Se levantó lentamente. El cuerpo retorcido y despatarrado quedó helada, inerte. Se levantó y lo contempló en silencio. Era una lastima que eso estuviera roto. Representaba algo más que la cosa que lo había pateado y amenazado. Sintió miedo de mirarle a los ojos. Ahora eran espantosos, sólo se veía el blanco y la sangre corría hacia ellos. El rostro del ordenanza se horrorizó ante la visión. Pues bien, eso era. En el fondo estaba satisfecho. Había odiado la cara del capitán. Ahora estaba extinguida. Había un pesado alivio en el alma del ordenanza. Todo era como debía ser. Pero no podía tolerar la visión del largo cuerpo militar, roto sobre el tocón, los finos dedos crispados. Quiso esconderse.

Rápida, apuradamente, lo recogió y lo empujó bajo los troncos talados que descansaban en toda su hermosa y delicada extensión sobre leños situados en ambas puntas. La cara estaba horrible con la sangre. La cubrió con el casco. Luego empujó las extremidades, correctas y estiradas, y quitó las hojas muertas de la fina tela del uniforme. De modo que allí quedó, echado a la sombra. Un pequeño rayo de luz corría por el pecho a través de una grieta que había entre los leños. El ordenanza tomó asiento por unos momentos a su lado. Allí también acabó su propia vida.

Entonces, por entre su mareo, oyó al teniente explicando de viva voz a sus hombres, fuera del bosque, que debían suponer que el puente de abajo, sobre el río estaba tomado por el enemigo. Ahora se dispondrían a marchar para atacar de esta y aquella manera. El teniente no tenía el don de la palabra. El ordenanza, escuchando por hábito, se aturdió. Y cuando el teniente empezó a explicarlo todo de nuevo, dejó de escuchar.

Sabía que debía irse. Se puso en pie. Le sorprendió que las hojas titilaran al sol y que las astillas de madera despidieran blancos reflejos desde el suelo. Para él había sobrevenido un cambio en el mundo. Pero para el resto no, todo parecía igual. Sólo él se había ido. Y no podía regresar. Era su deber regresar con la cerveza y la jarra. No podía. Había dejado todo eso. El teniente todavía explicaba roncamente. Debía irse o le sorprenderían. Y no podía soportar el contacto con nadie.

Se pasó los dedos por los ojos tratando de descubrir dónde estaba. Luego dio media vuelta. Vio el caballo en el sendero. Fue hasta él y lo montó. Le hizo daño sentarse en la silla. El dolor de permanecer en la silla le mantuvo ocupado mientras avanzaba por el bosque. No le importaba nada, pero no podía superar la sensación de estar separado de los demás. El sendero salió de la arboleda. En el borde del bosque se irguió y prestó atención. Allá, en el espacioso brillo solar del valle, los soldados se movían en un pequeño enjambre. De tanto en tanto un hombre, gradando un surco de barbecho, gritaba a sus bueyes para cambiar de dirección. El pueblo y la iglesia con su torre blanca eran pequeños a la luz del sol. El ya no pertenecía a todo eso; quedó allí sentado, ajeno como un hombre en la oscuridad exterior. Había pasado de la vida cotidiana a lo desconocido y no podía, ni siquiera quería, regresar.

Alejándose del valle refulgente de sol, cabalgó por las profundidades del bosque. Los troncos de los árboles, como personas erguidas, grisáceas e inmóviles, reparaban en él. Un gamo, un trozo movedizo de luces y de sombras, pasó corriendo por la sombra moteada. Había brillantes desgarrones verdes en el follaje. Luego todo fue el pinar, oscuro y frío. Estaba enfermo de dolor, tenía una intolerable y fuerte palpitación en la cabeza, estaba enfermo. Jamás había estado enfermo en su vida. Se sintió perdido, un tanto aturdido por todo.

Al tratar de apearse del caballo cayó, atónito ante el dolor y la falta de equilibrio. El caballo se movió inquieto. El le agitó la brida y lo alejó al trote. Era su última conexión con el resto de las cosas.

Lo único que quería era echarse y que no le molestaran. A tropezones por entre los árboles, llegó a un lugar tranquilo donde las hayas y los pinos crecían en una ladera. De inmediato se echó y cerró los ojos; su conciencia siguió corriendo hacia delante, sin él. Una gran palpitación de enfermedad latió en él como si se transmitiera, a través de toda la tierra. Ardía de calor seco. Pero estaba demasiado ocupado, demasiado llorosamente activo en la incoherente carrera del delirio como para darse cuenta.

3

Se despertó de golpe. Tenía la boca reseca y endurecida y el corazón le latía pesadamente, pero le faltaba energía para levantarse. Su corazón latía pesadamente. ¿Dónde estaba? ¿En los barracones? ¿En casa? Había algo que golpeaba. Haciendo un esfuerzo, miró en derredor: árboles, suelo verde y trozos inmóviles, rojizos, brillantes de luz en el suelo. No creyó que se tratase de él mismo, no creyó lo que veía. Algo golpeaba. Luchó por aproximarse a la conciencia, pero cedió. Luego volvió a luchar. Y poco a poco los alrededores empezaron a relacionarse con él. Lo supo y una gran punzada de dolor le traspasó el corazón. Alguien golpeaba. Pudo ver los pesados jirones negros de un abeto encima suyo. Entonces todo se oscureció. No obstante, no pudo creer que hubiera cerrado los ojos. No lo había hecho. De la oscuridad, volvió a salir lentamente la visión. Y alguien golpeaba. Súbitamente vio el rostro del capitán, que él odiaba, desfigurado por la sangre. Y se quedó inmovilizado por el horror. Sin embargo, en lo profundo de su ser sabía que no era así, que el capitán debía estar muerto. Pero el delirio físico se apoderó de él. Alguien golpeaba. Siguió echado, absolutamente inmóvil, como muerto, de miedo. Y se desvaneció.

Cuando volvió a abrir los ojos empezó a ver algo que trepaba rápidamente por el tronco de un árbol. Era un pájaro pequeño que silbaba. Tap-tap-tap, era el pequeño pájaro veloz que golpeaba el

tronco con su pico, como si su cabeza fuera un pequeño martillo redondo. Lo observó con curiosidad. Giraba súbitamente trepando. Luego, como un ratón, bajó por el tronco desnudo. Su rápido trepar le produjo un chisporroteo de repulsión. Levantó la cabeza. Sintió un peso enorme. Entonces el pajarito salió corriendo de la sombra por un terreno tranquilo e iluminado, con la cabecita meneándose brusca y ligeramente y las patas blancas brillantes de fulgor por un momento. Qué puro era su cuerpo, tan compacto, con manchones blancos en las alas. Había varios. Eran hermosos, pero trepaban como ratones rápidos y súbitos, corriendo aquí y allí entre los mástiles de haya.

Se volvió a echar exhausto y su conciencia desapareció. Tenía horror a los pajaritos trepadores. Toda su sangre parecía trepar y precipitarse en la cabeza. Sin embargo, no podía moverse.

Volvió en sí con otro dolor de agotamiento. Sentía el dolor en la cabeza, la horrible enfermedad e incapacidad para moverse. Jamás había estado enfermo en su vida. No sabía dónde estaba ni lo que era. Probablemente tenía un ataque de insolación. ¿O qué? Había silenciado para siempre al capitán... hacía un tiempo... oh, un largo tiempo. Había sangre en su rostro y se le habían vuelto los ojos. De cualquier modo, estaba bien. Era la paz. Pero ahora había salido de sí mismo. Nunca había estado en ese sitio. ¿Era la vida o no era la vida? Estaba solo. Ellos estaban en un sitio inmenso, brillante, los otros, y él estaba fuera. El pueblo, todo el país, un lugar inmenso y ahogado en la luz: y él estaba fuera, aquí, en el claroscuro donde cada cosa existía solas. Pero ellos tendrían que salir de allí en algún momento, esos otros. Pequeños y abandonados por él, todos ellos. Había habido padre, madre y novia. ¿Qué importaba? Esto era la tierra a cielo descubierto.

Se sentó. Algo se arrastraba. Era una pequeña ardilla marrón que corría con saltos amorosamente ondulados sobre el suelo con el rabo rojo completando la ondulación de su cuerpo; y entonces, cuando se sentó, arrollándose y desenrollándose, la miró complacido.

Volvió a corretear juguetonamente, disfrutando. Voló violentamente contra otra ardilla y se persiguieron emitiendo pequeños sonidos regañones, conversadores. El soldado quiso hablarles. Pero de su garganta salió un sonido ronco. Las ardillas escaparon al instante. Y luego vio a una espíandolo a medio camino en el tronco de un árbol. Un golpe de miedo pasó por su interior, aunque en su parte consciente estaba divertido. Se quedó inmóvil, su pequeña cara aguda mirándole a mitad de camino por el tronco, las orejitas levantadas, las manitas con garras aferradas a la corteza, el pecho blanco levantado. Desvió la mirada con pánico.

Luchó por ponerse en pie y caminó dando tumbos. Siguió caminando, caminando, buscando algo, agua. Sentía el cerebro calenturiento e inflamado por la sed. Siguió tambaleante. Luego no supo nada más. Se desvaneció caminando. Y sin embargo siguió moviéndose con la boca abierta.

Cuando, ante su estupefacción, volvió a abrir los ojos al mundo, ya no trató de recordar dónde estaba. Había una luz espesa y dorada tras resplandores verdes y dorados, altos rayos grises purpúreos y más oscuridad rodeándolo, profundizándose. Era consciente de una sensación de llegada. Estaba en la realidad, en el fondo real, oscuro. Pero la sed ardía en su cerebro. Se sintió más ligero, no tan pesado. Supuso que era la novedad. En el aire murmuraban los truenos. Pensó que caminaba maravillosamente rápido y que iba derecho al alivio, ¿o era el agua?

De repente, quedó inmóvil y asustado. Hubo una tremenda llamarada de oro, inmensa, y nada más que unos pocos troncos negros como rejas entre él y aquello. Todo el maíz reciente y uniforme estaba pulido de oro relumbrante con un verde sedoso. Una mujer de falda larga con un pañuelo negro en la cabeza pasaba como un bloque de sombra a través del maíz verde, refulgente, hacia la plena luminosidad. También había una granja azul claro en la sombra, y la negra leña. Y una aguja de iglesia, casi fundida en el oro. La mujer siguió caminando, alejándose de él. El no tenía idioma en que hablarle. Ella era la irrealidad brillante, sólida. Haría un ruido de palabras que le confundirían y sus ojos le mirarían sin verle. Cruzaba hacia el otro lado. Se apoyó en un árbol.

Cuando por último se dio la vuelta, mirando la larga arboleda desnuda cuyo espeso suelo ya oscurecía, vio las montañas con una luz de maravilla, ya no lejanas, y radiantes. Detrás del primer monte suave y gris de la cordillera más próxima, las otras montañas estaban doradas y gris pálido, la nieve toda radiante como oro puro y blando. Inmóviles, resplandecientes en el cielo, forjadas con el puro material del cielo, brillaban en silencio. Las miró, el rostro iluminado. Y al igual que el brillo lustroso y dorado de la nieve, sintió brillante su propia sed. Se puso en pie y miró, apoyándose contra un árbol. Y entonces todo se diluyó en el espacio.

Durante la noche, los relámpagos flamearon perpetuamente blanqueando todo el cielo. Debió volver a caminar. Por momentos el mundo colgaba lívido a su alrededor: campos de luz gris verdosa, árboles en una masa oscura y la cordillera de nubes negras contra el cielo blanco. Luego la oscuridad cayó como una persiana y la noche fue completa. ¡Un leve revoloteo de un mundo revelado a medias que podía saltar del todo de la oscuridad! Entonces, nuevamente, apareció un soplo de palidez en la tierra, oscuras sombras amenazantes, una cordillera de nubes colgadas encima de su cabeza. El mundo era una sombra fantasmal echada por un momento sobre la oscuridad pura, que siempre retornaba completa y plena.

El delirio de enfermedad y fiebre continuaba dentro de él; su mente se abría y cerraba como la noche; luego, a veces, convulsiones de terror de algo con grandes ojos que miraban tras de un árbol, la larga tortura de la marcha y el sol que descomponía su sangre, el estallido de odio al capitán seguido de un estallido de ternura y bienestar. Pero todo estaba distorsionado, salido de un dolor y resolviéndose en un dolor.

A la mañana se despertó definitivamente. Entonces su cerebro se inflamó con el solo horror de la sed. El sol le daba en la cara, el rocío se evaporaba de sus ropas húmedas. Como un poseído, se levantó. Allá, directamente delante, azules, frías y tiernas, las montañas se extendían por el pálido borde del cielo matinal. Las quiso, las quiso solas, quiso irse de sí mismo e identificarse con ellas. No se movían, estaban inmóviles y blandas, con marcas blancas y amables de nieve. Se quedó quieto, loco de sufrimiento, las manos crispadas y apretadas. Entonces se retorció en un paroxismo sobre la hierba.

Quedó inmóvil en una especie de sueño de angustia. La sed pareció haberse separado de él y permanecer aparte, como única exigencias El dolor que sentía fue otro ser. El estorbo de su cuerpo, otra cosa separada. Estaba dividido entre toda clase de seres separados. Entre ellos existía una conexión extraña, agonizante, pero se separaban cada vez más. Luego todo se partiría. El sol, taladrándole, taladraba los lazos. Todos caerían, caerían por el lapso infinito del espacio. Entonces nuevamente se reafirmó su conciencia. Se puso sobre un codo y miró las montañas destellantes. Allí se alineaban,

quietas y maravillosas entre la tierra y el cielo. Miró hasta que se le apagaron los ojos y las montañas, mientras se erguían en su belleza, tan limpias y frescas, parecieron tener aquello que se había perdido en él.

4

Cuando los soldados le encontraron, tres horas después, estaba echado con la cara sobre el brazo, el pelo negro despidiendo calor bajo el sol. Pero aún vivía. Al ver la boca abierta, negra, los jóvenes soldados le dejaron caer, horrorizados.

Esa noche murió en el hospital, sin haber vuelto a ver.

Los médicos vieron los cardenales en las piernas, detrás, y quedaron en silencio.

Los cuerpos de los dos hombres estaban juntos, uno al lado de otro, en la morgue, uno blanco y delgado, pero descansando rígidamente, y el otro como si a cada momento pudiera volver a la vida, tan joven e inutilizado, desde un sueño.

La hija del tratante de caballos

The Horse-Dealer's Daughter, 1922

—Y tú, Mabel, ¿qué piensas hacer? —preguntó Joe, con ligereza.

Él se sentía completamente a salvo. Sin preocuparse por su respuesta, se dio la vuelta, empujó una brizna de tabaco hacia la punta de la lengua y la escupió. Como él se sentía a salvo, lo demás carecía de importancia.

Los tres hermanos y la hermana rodeaban la mesa de desayuno vacía, intentando celebrar una absurda reunión. El correo de la mañana había asestado el golpe final a las vicisitudes familiares y todo había terminado. Incluso el triste comedor, con sus pesados muebles de caoba, parecía esperar que acabaran con él.

Pero la reunión no conducía a nada. Un extraño aire de ineficacia flotaba alrededor de los tres hombres mientras se repantigaban en las sillas, fumando y meditando vagamente sobre su situación. La muchacha estaba sola, una joven más bien menuda y de aspecto taciturno, de veintisiete años. No tenía nada que ver con sus hermanos. Habría resultado hermosa si no hubiera sido por la inexpresividad de su rostro, «el de un bull-dog», decían ellos.

Se oyó un estruendo de cascos de caballo en el exterior. Los tres hombres se dieron la vuelta con desgana para mirar. Más allá de los oscuros arbustos de acebo que separaban la franja de hierba de la carretera, divisaron una recua de caballos de tiro que sacaban de su recinto para hacer ejercicio. Aquella sería la última vez. Eran los últimos caballos que pasarían por sus manos. Los jóvenes les dirigieron una mirada muy dura de reprobación. Estaban asustados ante el desmoronamiento de sus vidas, y el sentimiento de desastre que les invadía no les dejaba la menor libertad interior.

Sin embargo, se trataba de tres individuos fuertes y bien parecidos. Joe, el mayor, era un hombre de treinta y tres años, corpulento y atractivo, de tez rubicunda. Tenía el rostro muy colorado, se retorció el bigote negro con uno de sus gruesos dedos, y su mirada era inquieta y poco profunda. Mostraba su dentadura de un modo muy sensual al reírse, y no parecía nada inteligente. En aquel momento contemplaba los caballos con una expresión vidriosa de impotencia en los ojos, con cierto estupor ante la ruina.

Los enormes caballos de tiro pasaron a gran velocidad. Cuatro de ellos, con las cabezas atadas a las colas, avanzaron con dificultad hacia un sendero que salía de la carretera, pisoteando desdeñosos el fino y oscuro barro con sus grandes pezuñas, balanceando suntuosamente sus anchas grupas, y trotando un pequeño trecho mientras eran conducidos al camino, a la vuelta de la esquina. Cada uno de sus movimientos reflejaba una fuerza hercúlea y aletargada, y una estupidez que los mantenía sometidos. El cuidador, en cabeza, miraba atrás y tensaba la cuerda que los unía. Y la recua desapareció de la vista subiendo por el sendero; la cola del último caballo, tensa y erguida, se alzaba por encima de su ancha y cadenciosa grupa mientras los animales avanzaban como en un sueño por detrás del seto.

Joe los contempló con ojos vidriosos y desesperanzados. Los caballos eran casi tan importantes para él como su propio ser. Tenía la impresión de que todo había acabado. Afortunadamente, estaba prometido a una mujer de su edad, y el padre de ella, administrador de una propiedad vecina, le conseguiría trabajo. Contraería matrimonio y llevaría un arnés. Su vida había terminado, a partir de ahora sería un animal doblegado.

Se volvió inquieto, con las pisadas de los caballos que se alejaban resonando en sus oídos. Luego, con una agitación absurda, cogió las sobras de tocino que había en los platos y, con un silbido apenas perceptible, se las arrojó al terrier que dormía junto a la pantalla de la chimenea. Observó cómo las engullía y esperó a que le mirara. Entonces esbozó una débil sonrisa y, con voz aguda y algo estúpida, exclamó:

—No comerás mucho más tocino, ¿verdad?

El perro movió tristemente la cola y, doblando las patas traseras, dio unas cuantas vueltas antes de tumbarse de nuevo.

Reinó otro silencio estéril en la mesa. Joe se arrellanó en su asiento, sin querer marcharse hasta que el cónclave familiar se disolviera. Fred Henry, el segundo de los hermanos, se sentaba muy erguido, con sus largas piernas y su aire despierto. Había contemplado el paso de los equinos con más sangre fría. Aunque fuera un animal como Joe, seguía manteniendo la calma, nadie se la había arrebatado. Era el amo de cualquier caballo, y su actitud era de condescendiente autoridad. Pero no tenía poder sobre las situaciones de la vida. Empujó hacia arriba su grueso bigote castaño, lejos de su labio, y miró con irritación a su hermana, que continuaba impasible, inescrutable.

—Irás a vivir con Lucy algún tiempo, ¿no es así? —inquirió.

La muchacha no respondió.

—No sé qué otra cosa puedes hacer —prosiguió Fred Henry.

—Colocarte de criada —interrumpió Joe, lacónicamente.

La joven no movió ni un músculo.

—Si yo fuera ella, estudiaría para ser enfermera dijo Malcolm, el más pequeño de todos. Era el benjamín de la familia, un muchacho de veintidós años, de rostro lozano y alegre.

Pero Mabel no le prestó la menor atención. Llevaban tantos años hablando de ella a su alrededor que apenas les oía.

El reloj de mármol de la repisa de la chimenea señaló la media hora, el perro se levantó inquieto de la alfombrilla que había junto al fuego y miró al grupo que rodeaba la mesa del desayuno. Pero siguieron celebrando aquel inútil cónclave.

—Bueno —exclamó de pronto Joe, sin motivo—. Tengo que marcharme.

Empujó la silla hacia atrás, separó bruscamente las rodillas para dejarlas libres, como si montara a caballo, y se acercó a la chimenea. Pero no salió de la habitación; le intrigaba saber qué harían o dirían sus hermanos. Empezó a cargar su pipa, mientras observaba al perro y le decía:

—¿Vienes conmigo? Conque vienes conmigo, ¿eh? Tal como están las cosas, eso es pedirme demasiado, ¿sabes?

El animal movió débilmente la cola, y el hombre estiró la mandíbula, cubrió su pipa con las manos y empezó a dar fuertes chupadas, abandonándose al tabaco y contemplando al perro con mirada ausente. Este fijó sus ojos en él con tristeza y desconfianza. Joe seguía en pie con las rodillas hacia fuera, como si montara a caballo.

—¿Has recibido alguna carta de Lucy? —preguntó Fred Henry a su hermana.

—La semana pasada —contestó la joven, sin inmutarse.

—Y ¿qué decía?

No hubo respuesta.

—¿Te pedía que fueras a vivir una temporada con ella? —continuó Fred Henry.

—Decía que puedo ir cuando quiera.

—Entonces será mejor que lo hagas. Dile que irás el lunes.

Mabel recibió estas palabras en silencio.

—Lo harás, ¿verdad? —insistió Fred Henry, con cierta exasperación.

Pero ella no dijo nada. El silencio que reinaba en el cuarto era de impotencia e irritación. Malcolm sonrió neciamente.

—Tendrás que decidirlo antes del próximo miércoles —señaló Joe en voz alta—, o te encontrarás viviendo en el bordillo de una acera.

El rostro de la joven se oscureció, pero continuó impasible.

—Ahí está Jack Fergusson —exclamó Malcolm, que miraba sin propósito claro por la ventana.

—¿Dónde? —dijo Joe, alzando la voz.

—Acaba de pasar.

—¿Viene a casa?

Malcolm estiró el cuello para ver la verja de entrada.

—Sí —replicó.

Hubo un silencio. Mabel seguía sentada en la cabecera de la mesa, como si hubiera cometido algún delito. Entonces se oyó un silbido en la cocina. El perro se levantó y ladró con estridencia. Joe abrió la puerta y gritó:

—¡Pasa!

Al cabo de un momento, entró un joven. Iba envuelto en un sobretodo y en una bufanda morada de lana, y se había calado una gorra de tweed, que no se quitó. Era de estatura media, su rostro era más bien pálido y delgado, sus ojos parecían cansados.

—¡Hola, Jack! ¿Qué tal, Jack? —exclamaron Malcolm y Joe.

Fred Henry se limitó a decir: «¡Jack!».

—¿Cómo va todo? —preguntó el recién llegado, dirigiéndose claramente a Fred Henry.

—Igual. Tenemos que marcharnos el miércoles. ¿Has cogido un resfriado?

—Sí... y además bien fuerte.

—¿Por qué no te quedas en casa?

—¡Quedarme en casa yo! Cuando no me tenga en pie, quizá tenga esa suerte —contestó el joven con voz ronca y un ligero acento escocés.

—¡Vaya desastre! —exclamó Joe con regocijo—. Un médico visitando a sus pacientes con ese catarro. No parece lo mejor para ellos, ¿verdad?

El joven médico dirigió lentamente su mirada hacia él.

—¿Acaso te ocurre algo? —le preguntó con sarcasmo.

—No, que yo sepa. ¡Maldita sea! Espero que no, ¿por qué lo dices?

—Estás tan preocupado por los pacientes que pienso si tú serías uno de ellos.

—¡Maldita sea, no! Jamás he sido el paciente de ningún condenado médico, y espero no serlo nunca —respondió Joe.

En ese momento, Mabel se levantó de la mesa y todos parecieron darse cuenta de su presencia. Empezó a apilar los platos. El joven médico la miró, pero no le dijo nada. No la había saludado. Ella salió de la habitación con la bandeja, con el rostro impasible, imperturbable.

—Entonces, ¿cuándo os marcháis? —quiso saber el médico.

—Yo cojo el tren de las once cuarenta —repuso Malcolm—. ¿Vas a bajar con el carruaje, Joe?

—Sí, te lo había dicho, ¿no?

—Pues será mejor que subamos a Mabel en él. Si no te veo antes de irme, adiós, Jack —exclamó Malcolm, estrechándole la mano.

Y abandonó la casa seguido de Joe, que parecía andar con el rabo entre las piernas.

—¡Parece obra del diablo! —dijo el médico, cuando se quedó a solas con Fred Henry—. Entonces, ¿te marchas antes del miércoles?

—Ésas son las órdenes —contestó su interlocutor.

—¿Dónde? ¿A Southampton?

—En efecto.

—¡Diantre! —exclamó Fergusson, apesadumbrado.

Los dos guardaron silencio.

—Y ¿tenéis todos a dónde ir? —inquirió el joven médico.

—Más o menos.

Se produjo otra pausa.

—Te echaré de menos, Freddy, muchacho —aseguró Fergusson.

—Y yo a ti, Jack —respondió su amigo.

Te echaré terriblemente de menos», pensó el médico.

Fred Henry se dio la vuelta. No había nada que decir. Mabel entró de nuevo para terminar de recoger la mesa.

—¿Qué va a hacer entonces, señorita Pervin? —preguntó Fergusson—. ¿Irá a casa de su hermana?

Mabel le miró con aquellos ojos graves e inquietantes que siempre le hacían sentirse incómodo, turbando su aparente desenvoltura.

—No —replicó.

—En nombre de Dios, ¿qué vas a hacer? Dinos qué piensas hacer —gritó Fred Henry, inútilmente.

Pero ella se limitó a apartar la cabeza, y continuó con su trabajo. Dobló el mantel blanco y cubrió la mesa con el de felpilla.

—¡La zorra con peor carácter que ha existido jamás! —rezongó su hermano.

Pero ella terminó sus tareas con el rostro completamente impasible, mientras el joven médico la observaba con interés. Luego salió de la casa.

Fred Henry la siguió con la mirada, apretando los labios mientras sus ojos azules reflejaban un fuerte antagonismo; hizo una mueca de amarga desesperación.

—Aunque la despellejaras viva, no le sacarías nada más —exclamó, en tono resentido.

El médico sonrió débilmente.

—¿Qué piensa hacer entonces? —preguntó.

—¡Que me aspen si lo sé! —contestó Fred Henry.

Siguieron unos instantes de silencio. Luego el doctor se puso en marcha.

—Nos vemos esta noche, ¿verdad? —dijo a su amigo.

—Sí... ¿dónde quedamos? ¿Vamos a Jessdale?

—No sé. Estoy tan resfriado. En cualquier caso, me acercaré a La Luna y las Estrellas.

—Que Lizzie y May nos echen de menos por una vez, ¿eh?

—De acuerdo... si no me encuentro tan mal como ahora.

—Es lo mismo.

Los dos jóvenes cruzaron juntos el pasillo y llegaron a la puerta trasera. La casa era muy grande, pero habían despedido a los criados y ahora estaba desierta. En la parte de atrás había un pequeño patio de ladrillo y fuera de él una enorme explanada, cubierta de una grava roja y fina, con caballerizas a ambos lados. Más allá se extendían los oscuros campos invernales, fríos y húmedos, en declive.

Pero las caballerizas se hallaban vacías. Joseph Pervin, el padre, había sido un hombre sin educación que había llegado a ser un conocido tratante de caballos. Los establos habían estado repletos de animales, y había reinado un continuo alboroto y un ir y venir de caballos, tratantes y mozos de cuadra. En aquella época la cocina estaba llena de criados. Pero en los últimos años el negocio había declinado. El anciano se había casado por segunda vez para recuperar su fortuna. Ahora estaba muerto y todo se había venido abajo; lo único que quedaba eran deudas y amenazas.

Durante meses, Mabel se había ocupado ella sola de la enorme casa, manteniendo el hogar en medio de la penuria para sus inútiles hermanos. Había llevado la casa durante diez años. Pero antes lo había hecho sin escatimar gastos. En aquella época, a pesar de su entorno brutal y grosero, la experiencia de tener dinero le había hecho sentirse orgullosa, segura de sí misma. Los hombres podían ser malhablados, las mujeres de la cocina podían tener mala reputación, sus hermanos podían tener hijos ilegítimos. Pero, mientras hubiera dinero, ella se sentiría tranquila, y salvajemente arrogante y reservada.

Los únicos visitantes que llegaban a la casa eran tratantes de caballos y otros hombres sin educación. Mabel no se relacionaba con nadie de su propio sexo desde la marcha de su hermana. Pero no le importaba. Iba a la iglesia con regularidad, se ocupaba de su padre. Y llevaba en el pensamiento a su querida madre, que había fallecido cuando ella tenía catorce años. También había amado a su padre, de un modo muy diferente, confiando en él y sintiéndose segura bajo su protección, hasta que a los cincuenta y cuatro años había vuelto a casarse. Y entonces se puso en su contra. Ahora él había muerto y los había dejado llenos de deudas.

La joven había sufrido terriblemente durante el período de pobreza. Nada podía, sin embargo, debilitar el extraño y arisco orgullo animal que sentían todos los miembros de la familia. Para Mabel, todo había terminado. Pero ella no cambiaría. Seguiría su propio camino como hasta ahora. Siempre tendría la clave de su propia condición. Como un autómata, tenazmente, había soportado el día a día. ¿Por qué tenía que pensar? ¿Por qué tenía que contestar a los demás? Ya era bastante que hubiera llegado el final y no tuvieran salida. No quería volver a recorrer lúgubrementemente la calle principal del pequeño pueblo, eludiendo las miradas de todos. No quería volver a rebajarse, entrando en las tiendas y comprando los alimentos más baratos. Eso había terminado. No pensaba en nadie, ni siquiera en sí misma. Como un autómata, tenazmente, parecía sumida en una especie de éxtasis que la acercaba a su sublimación, a su propia glorificación, junto a su difunta madre glorificada.

Por la tarde cogió una bolsa, con unas tijeras de podar, una esponja y un pequeño cepillo de fregar, y salió de la casa. Era un día gris de invierno; reinaba la tristeza en aquellos campos de color verde oscuro y el aire se veía ennegrecido por el humo de las fundiciones cercanas. Mabel avanzó rápida y sombríamente por la calzada, sin prestar atención a nadie, y cruzó el pueblo en dirección al cementerio.

Allí se sentía siempre segura, como si nadie pudiera verla, aunque lo cierto es que estaba expuesta a las miradas de todos los que pasaban junto al muro del camposanto. Sin embargo, bajo la sombra de la enorme e imponente iglesia, entre las tumbas, se sentía inmune al mundo, tan protegida por los gruesos muros del cementerio como si hubiera entrado en otro país.

Cuidadosamente, recortó la hierba de la tumba y dispuso los pequeños crisantemos rosicler en la cruz de latón. Después cogió un jarro vacío de una tumba cercana, trajo agua y, con todo esmero, del modo más minucioso, limpió la lápida de mármol y la albardilla con la esponja.

Hacer esto le proporcionó una gran satisfacción. Tuvo la sensación de entrar en contacto directo con el mundo de su madre. Realizó el trabajo a conciencia, paseó entre los árboles en un estado rayano en la más absoluta felicidad, como si aquella tarea le permitiera establecer una conexión íntima y sutil

con su madre. Pues la vida que llevaba en este mundo era mucho menos real que el mundo de ultratumba que había heredado de su madre.

La casa del médico estaba justo al lado de la iglesia. Fergusson, contratado como mero ayudante, trabajaba sin descanso recorriendo los lugares más apartados. Mientras se dirigía presuroso a atender a los pacientes que había en la consulta, lanzó una mirada al camposanto y, con su perspicacia habitual, divisó a la joven limpiando la tumba. Parecía tan abstraída en sus pensamientos y tan distante que era como vislumbrar otro mundo. Algún elemento místico vibró en su interior. Aflojó el paso sin dejar de observarla, como si estuviera hechizado.

Mabel levantó la vista, consciente de que él la examinaba. Sus ojos se encontraron. Y los dos se apresuraron a mirarse de nuevo, sintiendo, de algún modo, que el otro les había descubierto. Fergusson se quitó la gorra y siguió bajando por el camino. En su conciencia, como una visión, quedó grabado el rostro de la joven, alzando la vista de la lápida del cementerio y mirándole con aquellos ojos serenos, inmensos y portentosos. Su semblante era portentoso. Parecía hipnotizarle. Sus ojos emanaban un tremendo poder que se adueñaba de todo su ser, como si hubiera bebido una poderosa droga. Antes se sentía débil y agotado; y ahora tuvo la impresión de revivir, de haberse liberado de sus preocupaciones diarias.

Terminó su trabajo en la consulta tan pronto como pudo, llenando apresuradamente de remedios baratos los frascos de los que esperaban. Luego, con las prisas de siempre, volvió a salir para hacer otra ronda de visitas antes de la hora del té. Siempre prefería andar, si podía, pero especialmente cuando no se encontraba bien. Imaginaba que el movimiento le ayudaba a restablecerse.

Empezaba a anochecer. Era una tarde sombría y gris de invierno, y hacía un frío húmedo y cortante que embotaba todos los sentidos. Pero ¿por qué había de pensar o de reparar en ello? Subió rápidamente la colina y cruzó los campos de color verde oscuro, siguiendo la pista de ceniza. A lo lejos, más allá de una suave hondonada, se apiñaba el pequeño pueblo como un montón de brasas, la torre, la aguja, el grupo de casas bajas, transidas, extintas. Y en el extremo más cercano, en la pendiente de la hondonada, estaba Oldmeadow, la morada de los Pervin. Podía ver con claridad las caballerizas y las edificaciones anexas, que se extendían en la ladera. ¡No volvería a ir allí con la misma frecuencia! Perdería otro sostén, otro lugar: la única compañía que le importaba en aquel feo y extraño pueblo. Sólo le quedaría trabajar como un esclavo, correr de una morada a otra sin descanso entre los mineros y los trabajadores de las fundiciones. Aquello le dejaba exhausto y, sin embargo, ¡sentía tantos deseos de ejercer! Le reconfortaba entrar en las casas de los obreros, era como penetrar en la parte más íntima de su existencia. Su ánimo se sentía exaltado y satisfecho. Podía acercarse a las vidas de aquellos hombres y mujeres, rudos, con dificultades para expresarse, terriblemente emocionales. Protestaba, decía que odiaba aquel horrible agujero. Pero lo cierto es que le excitaba; el contacto con la gente tosca y de fuertes sentimientos servía de estímulo a sus nervios.

Debajo de Oldmeadow, en la verde y suave hondonada encharcada de agua, había un estanque cuadrado muy profundo. Errante en medio del paisaje, el joven médico divisó con sus ojos de lince una silueta vestida de negro entrando en el campo y dirigiéndose hacia el estanque. La miró de nuevo. Podía ser Mabel Pervin. Súbitamente, su entendimiento y sus sentidos se aguzaron.

¿Por qué bajaba allí? Fergusson se detuvo en el camino que había en la parte más alta de la ladera, y se quedó observando. En efecto, una pequeña silueta negra se movía entre las sombras del crepúsculo. Le pareció contemplarla en medio de aquella penumbra como si fuera un vidente, con su imaginación, no con sus ojos. Y, sin embargo, podía verla con suficiente claridad siempre que no dejara de observarla. Tenía la sensación de que si apartaba la mirada de ella, la perdería para siempre en aquel oscuro y desapacible atardecer.

Siguió atentamente los movimientos de la joven, firmes y decididos, como si algo la empujara y no tuviera voluntad propia, bajando en línea recta hacia el estanque. Al llegar, se quedó unos instantes en la orilla. No levantó en ningún momento la cabeza. Luego empezó a meterse poco a poco en el agua.

Fergusson continuó inmóvil mientras la pequeña silueta negra avanzaba lenta y deliberadamente hacia el centro del estanque, muy despacio, adentrándose cada vez más en las tranquilas aguas, y prosiguiendo su marcha cuando el nivel le llegó al pecho. Entonces la perdió de vista en medio de la penumbra del lúgubre atardecer.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Quién iba a imaginarlo?

Y bajó presuroso, corriendo por los campos encharcados, abriéndose camino entre los setos, hasta llegar a aquella fría hondonada, tenebrosa y cruel. Tardó algunos minutos en llegar al estanque. Se detuvo en la orilla, jadeando. No podía ver nada. Sus ojos parecían penetrar en las aguas muertas. Sí, quizá aquello fuera la oscura sombra de su vestido negro bajo el agua.

Entró lentamente en el estanque. Era muy profundo; sus pies se hundieron en el fondo de lodo, y un frío glacial abrazó con fuerza sus piernas. Mientras avanzaba, podía oler el fango gélido y putrefacto que estancaba aquellas aguas. Era lo menos apropiado para sus pulmones. No obstante, no hizo caso de su repugnancia y continuó adentrándose. El agua helada le llegó por encima de los muslos, de la cintura, del abdomen. La parte más baja de su cuerpo estaba sumergida en aquel siniestro y frío elemento. Y el fondo era tan viscoso e inestable que temía perder pie y hundirse. No sabía nadar y estaba asustado.

Se agachó un poco, extendiendo los brazos por debajo del agua y moviéndolos en círculo, intentando encontrarla. El gélido estanque se agitaba por encima de su pecho. Se adentró algo más, y luego otro poco, con las manos sumergidas, y sintió cómo le cubría el agua. Y tocó el vestido de ella. Pero se le escapó de los dedos. Hizo un esfuerzo desesperado por asirlo.

Y en ese momento perdió el equilibrio y se hundió, de un modo horrible, sintiendo cómo se ahogaba en aquel agua fétida y cenagosa, luchando como un loco durante unos segundos. Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, consiguió hacer pie, sacó la cabeza y miró a uno y otro lado. Respiró con dificultad, y comprendió que estaba vivo. Luego contempló el agua. Ella flotaba en la superficie, muy cerca. Fergusson agarró su vestido y, acercándola a él, se dio la vuelta para regresar a la orilla.

Avanzó muy despacio, con sumo cuidado, absorto en su lento caminar. Fue subiendo y subiendo para salir del estanque. El agua ya sólo le cubría las piernas; y se sintió muy agradecido y aliviado por haber escapado de las garras del estanque. Cogió en brazos a la joven y llegó tambaleándose a la orilla, lejos del horror del oscuro y húmedo fango.

La depositó en la hierba. Se hallaba inconsciente y había tragado mucha agua. Logró que la expulsara por la boca, e hizo cuanto pudo por reanimarla. No tardó en oír cómo respiraba de nuevo. Y lo hacía de forma natural. Insistió un poco más. Sentía cómo ella volvía a la vida bajo sus manos; estaba recobrando el conocimiento. Se secó el rostro y, envolviendo a la muchacha en su abrigo, contempló el mundo gris oscuro que les rodeaba, la cogió en brazos y avanzó tambaleándose por la orilla y por los campos.

Le pareció un camino increíblemente largo, y su carga era tan pesada que creyó que no llegaría nunca a Oldmeadow. Pero, finalmente, se encontró junto a las caballerizas y poco después en el patio de la casa. Abrió la puerta y entró en la vivienda. Depositó a la joven en la cocina, sobre la alfombrilla de la chimenea, y llamó a sus hermanos. No había nadie. Pero el fuego ardía en el hogar.

Entonces se arrodilló de nuevo para atenderla. Respiraba con normalidad y tenía los ojos abiertos, como si se hubiera recobrado, pero había algo extraño en su mirada. Tenía conciencia de sí misma, pero no del mundo que la rodeaba.

Fergusson corrió escaleras arriba, cogió mantas de una cama y las puso delante del fuego para que se calentaran. Entonces le quitó el vestido empapado y con olor a fango, la secó con una toalla y la envolvió desnuda en las mantas. Después se dirigió al comedor en busca de alguna bebida alcohólica. Encontró un poco de whisky. Tomó un trago y le dio a beber unas gotas a la joven.

El efecto fue instantáneo. Ella le miró directamente a la cara, como si llevara un rato viéndolo, aunque acababa de percatarse de su presencia.

—¿Doctor Fergusson? —dijo.

—¿Sí? —respondió.

Él se estaba quitando la chaqueta, y se disponía a buscar algo de ropa seca en el piso de arriba. No podía soportar el hedor del agua estancada y cenagosa, y temía horriblemente por su salud.

—¿Qué he hecho? —preguntó Mabel.

—Se ha metido en el estanque —contestó él.

Había empezado a temblar como si estuviera enfermo, y a duras penas podía ocuparse de ella. Los ojos de la joven seguían clavados en él, y Fergusson sintió cómo su mente se nublaba mientras le devolvía impotente la mirada. Sus temblores disminuyeron, y pareció recobrar su fuerza vital, oscura y extraña, pero nuevamente poderosa.

—¿He perdido el juicio? —inquirió la muchacha, sin dejar de mirarlo.

—Quizá, por un momento —replicó.

Estaba tranquilo, pues había recuperado el vigor; su extraño y febril nerviosismo había desaparecido.

—Y ahora, ¿sigo desvariando? —preguntó Mabel.

—¿Que si sigue? —reflexionó un instante—. No —repuso de corazón—, estoy convencido de que no.

El joven volvió la cabeza. Estaba asustado, pues se sentía aturdido, y percibía vagamente que, en aquellos instantes, el poder de Mabel era superior al suyo. Y, mientras tanto, ella continuaba mirándolo fijamente.

—¿Dónde puedo encontrar ropa seca para cambiarme? —dijo él.

—¿Se tiró al estanque por mí? —quiso saber ella.

—No —respondió—. Entré poco a poco. Pero también acabé sumergido en él.

Reinó un momento de silencio. El vaciló. Estaba ansioso por subir al piso de arriba y ponerse ropa seca. Pero otro deseo latía en su interior. Y la muchacha parecía retenerlo. Era como si su voluntad le hubiera abandonado y estuviera indefenso ante ella. Pero había entrado en calor. Ya no temblaba, aunque su ropa seguía empapada.

—¿Por qué lo ha hecho? —preguntó Mabel.

—Porque no quería que hiciera esa estupidez —exclamó el joven.

—No era ninguna estupidez —dijo ella, con la mirada aún fija en él, tendida en el suelo y con un cojín del sofá bajo la cabeza—. Era lo más razonable. En ese momento, sabía muy bien lo que me convenía.

—Iré a cambiarme de ropa —señaló Fergusson.

Pero era incapaz de alejarse de su presencia hasta que ella se lo pidiera. Era como si Mabel tuviera en sus manos la vida que ardía en su interior, y él no pudiera arrancársela. O tal vez no quería hacerlo.

Inesperadamente, ella se sentó. Entonces se dio cuenta de su estado. Sintió las mantas que la envolvían, tuvo conciencia de sus brazos y de sus piernas. Por unos instantes, creyó enloquecer. Miró a uno y otro lado, con desesperación, como si buscara algo. Fergusson se quedó quieto, asustado. La joven vio su ropa tirada en el suelo.

—¿Quién me ha desnudado? —preguntó, mirándole directa e inevitablemente al rostro.

—Yo —respondió él—, para que volviera en sí.

Durante unos segundos, ella le contempló con desbordante intensidad, con los labios entreabiertos.

—Entonces, ¿me ama? —dijo.

El joven se limitó a clavar sus ojos en ella, fascinado. Su alma pareció fundirse.

Mabel llegó de rodillas hasta él, que seguía en pie, y le abrazó; rodeó sus piernas, apretando los pechos contra sus rodillas y sus muslos, aferrándose a él con una extraña y convulsiva confianza, estrechando sus muslos contra ella, acercándolo a su rostro, a su garganta, mientras le miraba con ojos humildes y apasionados, transfigurada, victoriosa, por primera vez dueña y señora.

—Me amas —susurró, en un singular estado de exaltación, anhelante, triunfal y confiada—. Me amas. Sé que me amas, lo sé.

Y empezó a besarle apasionadamente las rodillas, a pesar de su ropa mojada... y a besarle apasionada e indistintamente las rodillas y las piernas, como si no fuera consciente de nada.

El joven bajó la cabeza y miró los cabellos húmedos y enredados, los hombros salvajes, desnudos e irracionales. Estaba sorprendido, confuso y asustado. Jamás se le había pasado por la imaginación enamorarse de ella. Jamás había querido enamorarse de ella. Cuando la salvó y la ayudó a revivir, él era un médico y ella una paciente. Nunca había pensado en Mabel. Más aún, aquella intromisión del elemento personal era muy desagradable para él, una violación de su honor profesional. Era terrible tenerla allí abrazando sus rodillas. Era terrible. Se rebelaba contra ello, violentamente. Y, sin embargo... y, sin embargo... era incapaz de separarse de la joven.

Ella le miró de nuevo, con la misma súplica de amor ilimitado y el mismo brillo aterrador y trascendente de triunfo. Al contemplar la llama delicada que parecía salir como una luz de su rostro, él se sintió indefenso. Y, sin embargo, nunca había querido amarla. Nunca había tenido esa intención. Y una cierta obstinación le impedía rendirse.

—Me amas —repetía, en un murmullo de profunda y extática certeza—. Me amas.

Las manos de Mabel le acercaban más y más a ella. Se sentía inquieto, incluso un poco horrorizado. Pues lo cierto es que no había querido amarla. Y, sin embargo, las manos de la joven le acercaban a ella. Se apresuró a extender el brazo para no perder el equilibrio, y agarró su hombro desnudo. Una llama pareció abrasar la mano que agarró su suave hombro. No tenía intención de amarla: toda su voluntad se resistía a hacerlo. Era terrible. Y, sin embargo, qué maravilloso era el tacto de sus hombros, que hermoso el resplandor de su rostro. Es posible que la muchacha hubiera perdido el juicio. Le aterraba someterse a ella Y, sin embargo, algo también le dolía en su interior.

Se había quedado observándola desde la puerta, a cierta distancia. Pero su mano seguía en el hombro de la joven. Ella se había callado de repente. Fergusson la miró. Y la expresión de Mabel reflejaba el miedo, la duda; y la luz de su rostro fue extinguiéndose para dar paso de nuevo a una oscura sombra. El joven no pudo soportar siquiera el roce de la pregunta que leyó en sus ojos, ni la lúgubre mirada escondida tras ella.

Con un gemido interno, claudicó y dejó que su corazón se rindiera ante ella. Una sonrisa dulce y repentina iluminó el rostro del joven. Y los ojos de Mabel, que no se habían apartado nunca de su cara, se llenaron lentamente, muy lentamente de lágrimas. El contempló aquel agua extraña que brotaba de sus ojos como si fuera un manantial. Y su corazón pareció arder y consumirse dentro de su pecho.

No pudo soportar seguir mirándola. Cayó de rodillas, cogió la cabeza de la joven y estrechó su cara contra su garganta. Ella guardaba silencio. El corazón de Fergusson, que parecía haberse roto, ardía en una especie de agonía dentro de su pecho. Y sintió cómo las lágrimas pausadas y ardientes de Mabel mojaban su garganta. Pero fue incapaz de moverse.

Sintió cómo las lágrimas ardientes descendían por su cuello y continuó inmóvil, suspendido en una de las eternidades de los hombres. Sólo ahora se había vuelto imprescindible para él tener el rostro de ella junto al suyo; jamás permitiría que se alejase nuevamente de su lado. Jamás permitiría que escapara de su abrazo. Quería seguir así para siempre, con el corazón dolorido y, al mismo tiempo, rebosante de vida. Sin darse cuenta, miró su pelo suave, húmedo y castaño.

Entonces, súbitamente, llegó hasta él el horrible hedor de aquellas aguas estancadas. Y, en ese instante, ella se apartó y levantó sus ojos melancólicos e insondables. Fergusson tuvo miedo de ellos, y

empezó a besarla, sin saber lo que hacía. No quería que sus ojos tuvieran aquella expresión terrible, melancólica e insondable.

Cuando Mabel volvió el semblante hacia él, un delicado rubor encendía sus mejillas; y el joven vio renacer aquel asombroso brillo de alegría en sus ojos que, en realidad, le aterrizzaba, pero que ahora deseaba ver, pues temía mucho más leer la duda en su mirada.

—¿Me amas? —preguntó ella, con voz entrecortada.

—Sí.

Le resultó doloroso decir esa palabra. No porque fuese mentira. Pero llevaba tan poco tiempo siendo cierta que el hecho de pronunciarla pareció romper de nuevo su corazón destrozado. Y ni siquiera ahora quería que fuera verdad.

La muchacha levantó el rostro hacia él, que se agachó para besarla en los labios, dulcemente, con uno de esos besos que esconden una promesa eterna. Y mientras la besaba, se le encogió nuevamente el corazón. Nunca había tenido la intención de amarla. Pero ahora todo había terminado. Había cruzado el abismo que le separaba de ella, y lo que dejaba atrás se había marchitado y estaba vacío.

Después del beso, los ojos de Mabel volvieron a llenarse de lágrimas. Se sentó en silencio, lejos de él, con el semblante vuelto hacia un lado y las manos juntas en su regazo. Las lágrimas se deslizaban muy lentamente por sus mejillas. Reinaba un profundo silencio. El joven tampoco hablaba ni se movía, sentado en la alfombrilla de la chimenea. El extraño dolor de su corazón herido parecía consumirlo. ¿Cómo podía amarla? ¿Y eso era amor? ¡Mira que dejarse destrozarse la vida de ese modo! ¡Él, un médico! ¡Sería el hazmerreír de todos si se enteraban! Le atormentó la idea de que los demás pudieran enterarse.

En medio del dolor descarnado de sus emociones, la miró nuevamente. Seguía allí sentada, absorta en sus pensamientos. Fergusson vislumbró una lágrima y su corazón se inflamó. Entonces se dio cuenta de que uno de sus hombros estaba completamente destapado, un brazo desnudo, y de que podía ver uno de sus pequeños pechos; levemente, pues el cuarto estaba casi en la penumbra.

—¿Por qué lloras? —inquirió Fergusson, con una voz extraña.

Ella le miró; y, tras sus lágrimas, la conciencia de su situación llenó sus ojos de oscura vergüenza.

—No lloro, de verdad —repuso la joven, observándole con cierto temor.

Él alargó la mano, y cogió suavemente su brazo desnudo.

—¡Te amo! ¡Te amo! —exclamó, con una voz dulce y trémula que no parecía la suya.

Mabel se estremeció y bajó la cabeza. La ternura e intensidad con que él le agarraba el brazo la turbaban. Levantó su mirada.

—Quiero subir —dijo—. Quiero subir a cogerte algo de ropa seca.

—¿Por qué? —preguntó el joven—. Estoy bien.

—Pero yo quiero subir —insistió—. Y quiero que te cambies.

Fergusson soltó su brazo y ella se envolvió en la manta, contemplándole asustada. Pero siguió inmóvil.

—Bésame —le pidió anhelante.

El joven la besó, pero brevemente, algo enojado.

Tras unos segundos, ella se levantó inquieta, cubriéndose con la manta. Fergusson observó su confusión mientras intentaba andar sin que ésta se cayera. La observó implacable, y ella lo sabía. Y mientras avanzaba, con la manta a rastras, él alcanzó a entrever sus pies, y su blanca pierna, e intentó recordar cómo era cuando él la había tapado. Pero luego rechazó esa idea, pues entonces ella no significaba nada para él, y todo su ser se negaba a evocar la imagen de Mabel cuando aún no significaba nada.

Un ruido sordo dentro de la casa le sobresaltó. Entonces oyó su voz:

—Aquí tienes la ropa.

Fergusson se levantó y fue al pie de la escalera, donde recogió las prendas de vestir que ella le había tirado. Luego volvió junto a la chimenea para secarse y ponerse la ropa. Sonrió al ver su aspecto cuando hubo terminado.

El fuego se estaba apagando, de modo que puso un leño. La casa estaba a oscuras, y sólo se veía la luz de una farola que brillaba débilmente detrás de los acebos. Encendió el gas con las cerillas que encontró en la repisa de la chimenea. Después vació sus bolsillos y amontonó todas sus cosas en un rincón de la antecocina. Luego recogió la ropa empapada de Mabel, con sumo cuidado, y la dejó en otro montón sobre la encimera de cobre.

El reloj de la pared marcaba las seis en punto. Su reloj se había parado. Debía volver a la consulta. Esperó un poco, pero ella continuaba sin bajar. De modo que fue al pie de la escalera y le gritó:

—Tengo que marcharme.

Casi inmediatamente, la oyó acercarse. Llevaba su mejor vestido de *voile* negro, y su pelo estaba limpio, aunque seguía mojado. La joven le miró... y, a pesar de que no era ésa su intención, esbozó una sonrisa.

—No me gustas nada con esa ropa —exclamó.

—¿Estoy muy mal? —preguntó Fergusson.

Los dos se sentían cohibidos.

—Te prepararé un té —dijo ella.

—No, debo irme.

—¿De veras?

Y volvió a mirarle con aquellos ojos enormes, angustiados y dubitativos. Y Fergusson comprendió de nuevo, por el dolor que sentía en su pecho, hasta qué punto la amaba. Fue hasta ella y se inclinó para besarla, suave, apasionadamente, con el beso de su corazón dolorido.

—Y mi pelo huele fatal —murmuró con vehemencia—; y ¡soy tan horrible, tan horrible! Oh, no, soy demasiado horrible y rompió a llorar amargamente, con verdadero desconsuelo—. No puedes querer amarme, soy espantosa.

—No seas tonta, no seas tonta —exclamó él, tratando de consolarla mientras la besaba y la estrechaba en sus brazos—. Te quiero, quiero casarme contigo, nos casaremos en seguida, en seguida... mañana mismo, de ser posible.

Pero Mabel seguía llorando a lágrima viva.

—Me siento horrible. Me siento horrible. Siento que no soy nada adecuada para ti —dijo entre sollozos.

—No, yo te quiero, te quiero —fue lo único que respondió, ciegamente, en un tono de voz que casi la asustó más que su horror a que no la quisiera.

La frontera

The Border Line, 1924

Katherine Farquhar era una guapa mujer de cuarenta años, ahora robusta, pero atractiva en su suave y plena feminidad. Los portadores franceses corrían a su alrededor, disfrutando de un voluptuoso placer sólo por cargar con su equipaje. Y ella les daba unas propinas ridículamente altas, porque, en primer lugar, siempre había ignorado el auténtico valor del dinero y, además, porque tenía un miedo morboso de darle a nadie menos propina de la merecida, y especialmente a un hombre que estaba ansioso por servirla.

En realidad a ella le resultaba cómico ver cómo estos franceses —todos los franceses— corrían ansiosamente a su alrededor, llamándola madame. Su voluptuosa obsequiosidad. Porque, después de todo, ella era alemana. Quince años de matrimonio con un inglés —o, mejor dicho, con dos ingleses— no la habían alterado racialmente. Era hija de un barón alemán, y seguía siéndolo mental y físicamente, a pesar de que Inglaterra se había convertido en su hogar. Y sin duda parecía alemana, con su fresca complexión y su fuerte y robusta figura. Pero, como la mayoría de las personas, era el resultado de una mezcla: llevaba en las venas sangre rusa, y también francesa. Y había vivido en un país y otro, de modo que ahora su entorno le resultaba algo indiferente. Así que tal vez a los parisinos podría excusárselos por correr tan ansiosamente a su alrededor, y por obtener un placer tan voluptuoso de llamarle un taxi, o cederle el asiento en el autobús, o cargar con sus maletas o sostener la carta de un restaurante ante sus ojos. Así y todo, le divertía. Y tenía que confesar que estos parisinos le gustaban. Tenían su propia y especial virilidad, aun cuando no fuese la misma que la inglesa, y si una mujer les resultaba agradable, mullida de carnes y con aspecto indefenso, eran ardientes y generosos. Katherine comprendía muy bien que los franceses fueran groseros con las mujeres inglesas o norteamericanas, que parecían duras, secas, autosuficientes. Ella simpatizaba con el punto de vista de los franceses: una capacidad demasiado evidente de bastarse a sí misma es un rasgo desagradable en una mujer.

En la Gare de l'Est, por supuesto, se esperaba que todo el mundo fuese alemán, y entre los portadores era casi una convención asumir una cierta superioridad infantil. Así y todo, se creó la misma voluptuosa agitación por acompañar a Katherine Farquhar hasta su asiento en el coche de primera clase. Madame viajaba sola.

Iba a Alemania pasando por Estrasburgo, y se encontraría con su hermana en Baden-Baden. Philip, su marido, estaba en Alemania, recogiendo para su periódico unos datos que servirían como evidencia para cierto asunto. A Katherine la atemorizaban un poco los periódicos, y la clase de «evidencia» que se extrae de cualquier parte para alimentarlos. No obstante, Philip era un hombre inteligente; un hombre de cierta importancia en el mundo.

Katherine se había percatado de que su propio mundo consistía casi enteramente de personas de cierta importancia. Se hallaba fuera de la esfera de aquellos que no eran nadie, y siempre había sido así. Y los que eran Alguien con A mayúscula, gracias a Dios, estaban muertos. Ella sabía bastante acerca del

mundo actual para darse cuenta de que éste no estaba dispuesto a aguantar a personas que fueran Alguien, sino sólo a muchas que no fueran nadie y a un número suficiente de las que fueran alguien, pero de no demasiada importancia. Y, después de todo, pensaba ella, era así como tenía que ser.

A veces le entraban unos vagos temores.

París, por ejemplo, con su museo del Louvre y sus jardines de Luxemburgo y su catedral, parecía haber sido construido para Alguien. De un modo fantasmal, parecía invocar a un Alguien supremo. Pero todos sus pequeños hombrecitos, los que no eran nadie y los que eran alguien, eran como gorriones piando por migas de pan, y dejando caer sus deyecciones sobre las cornisas de los palacios.

A Katherine, París le recordaba a su primer marido, Alan Anstruther, aquel celta pelirrojo y combativo, padre de sus dos hijos ya crecidos. Alan había tenido la extraña e innata convicción de que estaba más allá de ser juzgado por el común de los mortales. Katherine nunca había llegado a comprender de dónde la sacaba. A ella, ser el hijo de un barón escocés y capitán de un regimiento de las Highlands no le parecía tan estupendo. En cuanto a Alan en persona, era un hombre apuesto vestido de uniforme, con su kilt ondulante y sus brillantes ojos azules. Incluso completamente desnudo y sin adornos tenía una virilidad angulosa, osada, imponente, que le era propia. Lo único que Katherine no podía aceptar del todo era su tácita e indomable asunción de que él pertenecía realmente a los elegidos, que era uno de los amos. Y además era un hombre inteligente, dispuesto a aceptar que el general Mengano o el coronel Zutano podían de hecho ser sus superiores. Hasta que entraba en contacto con el general Mengano o el coronel Zutano. Con lo que alzaba sus arrogantes ojos azules y en su rostro anguloso se difundía un ligero matiz de desprecio en homenaje a su propia persona.

Señorial o no, no había tenido mucho éxito en el sentido mundano. Katherine lo había amado, y él la había amado a ella: eso era indiscutible. Pero cuando se trataba de aquella innata convicción de su propio señorío, no se sabía quién de los dos era peor. Porque Katherine, con su amable personalidad de abeja reina, pensaba que en última instancia el derecho al homenaje final le correspondía a ella.

Alan había sido demasiado inflexible y altanero como para pronunciarse demasiado. Pero a veces se detenía y la miraba con ira contenida, asombro e indignación. La indignación asombrada había sido casi demasiado para ella. ¿Por quién se había tomado aquel hombre?

Alan era uno de esos escoceses duros y sagaces con tendencia a filosofar, pero carecía de sentimiento. Su desprecio por Nietzsche, a quien ella adoraba, era intolerable. Alan se limitaba a afirmarse como un pilar de roca esperando que las mareas del mundo moderno retrocedieran a su alrededor. Pero éstas se negaban a hacerlo.

De modo que él se interesó por la astronomía, observando a través de un telescopio los mundos más allá de los mundos. Lo que parecía proporcionarle cierto alivio.

Después de diez años habían dejado de vivir juntos, a pesar de que ambos eran apasionados. Pero eran también demasiado orgullosos y despiadados como para ceder el uno con el otro, y demasiado altaneros como para ceder ante un extraño.

Alan tenía un amigo, Philip, también escocés, y compañero de universidad. Philip, tras su carrera de Derecho, se había dedicado al periodismo, y se había hecho un nombre en la profesión. Era un hombrecillo moreno procedente de las Highlands, insidioso, astuto y conocedor. Esta mirada de

conocimiento en sus ojos oscuros, y la sensación de secreto que acompañaba a su cuerpo menudo y sombrío lo hacían interesante para las mujeres. Otra de las cosas que podía hacer era comunicar una gran sensación de calidez, de ofrenda, como un perro cuando quiere a alguien. Philip parecía capaz de hacer esto a voluntad. Y Katherine, después de experimentar hacia él cierta frialdad e incluso casi despreciarlo durante años, cayó al fin bajo el hechizo del hombrecillo oscuro e insidioso.

—¡Tú! —le dijo a Alan, cuya arrogante superioridad la irritaba en extremo—. Ni siquiera sabes que una mujer existe. Y en eso Philip Farquhar es más que tú. El sí que sabe lo que es una mujer.

—¡Bah! Ese pequeño... —dijo Alan, utilizando una obscena palabra de desprecio.

Así y todo, la amistad perduró, mantenida por Philip, que sentía por él un amor casi incomprensible. A Alan, casi siempre, Philip le era indiferente. Pero estaba acostumbrado a Philip, y los hábitos eran muy importantes para él.

—¡La verdad es que Alan es un hombre asombroso! —le decía Philip a Katherine—. Es un verdadero hombre, lo que yo llamo un verdadero hombre; el único que he conocido en mi vida.

—¿Pero por qué es el único que has conocido en tu vida? —le preguntó ella—. ¿Tú no te crees un verdadero hombre?

—No, yo... yo soy diferente. Mi fuerza reside en ceder... y en recuperarme a mí mismo después. Me dejo arrastrar. Pero, hasta ahora, siempre me las he arreglado para recuperarme a mí mismo. Alan... —y Philip pronunció su nombre de un modo casi reverencial, envidiosamente— Alan jamás se deja arrastrar por nada. Y es el único hombre que conozco que no lo hace.

—¡Ya! —dijo ella—. Se deja engañar por un montón de cosas. Se le puede engañar a través de su vanidad.

—No —dijo Philip—. Nunca del todo. Es imposible engañarlo del todo. Cuando algo conmueve a Alan, queda probado de una vez y para siempre. Uno sabe si es falso o no. Es el único hombre que conozco que no puede evitar ser auténtico.

—¡Ja! Sobrestimas su realidad —dijo Katherine con cierto desdén.

Y más tarde, cuando Alan, al oírla mencionar a Philip, se encogió de hombros con aquella mera tolerancia indiferente, Katherine se enfadó.

—Eres un mal amigo —le dijo.

—¡Amigo! —repuso él—. ¡Yo nunca fui amigo de Farquhar! Si él asevera que lo es mío, es asunto suyo. A mí jamás me importó demasiado. Está al otro lado de la frontera equivocada; demasiado, por lo que a mí respecta.

—Entonces —contestó ella— no está bien que le permitas considerarse amigo tuyo. No tienes derecho a dejar que tenga tan buena opinión de ti. Deberías decirle que no te gusta.

—Se lo he dicho una docena de veces. Y parece disfrutar con ello. Es como si fuera parte de su juego.

Y se dirigió hacia su telescopio.

Llegó la guerra, y el regimiento de Alan partió a Francia.

—¿Lo ves? —dijo él—. Eso te pasa por haberte casado con un soldado. Te encuentras con que ha de luchar contra los tuyos. Así son las cosas.

A Katherine esto la conmovió tanto que ni siquiera fue capaz de llorar.

—¡Adiós! —le dijo él, besándola suave, largamente. Después de todo, había sido un marido para ella.

Y cuando se volvió para mirarla, en sus ojos azules la dulce y protectora mirada de un marido, y al mismo tiempo esa otra tácita asunción del destino, la conciencia de Katherine vaciló hasta la incoherencia. Ella sólo quería alterarlo todo; alterar el pasado, el curso de la historia... el terrible curso de la historia. Secretamente, en alguna parte de sí misma, sentía que con su amor de abeja reina, con su voluntad de abeja reina, podía desviar el curso de la historia... No; sentía que podía incluso revertirlo.

Pero en la mirada sabia y remota que veía en el fondo de los ojos de Alan, detrás de su inmovible amor de marido, ella vio que jamás podría hacerlo. Que toda su femenina y maternal concentración de mujer jamás podría detener el poderoso curso del destino humano. Que, como Alan había dicho, sólo la fría fuerza de un hombre, aceptando el destino de la destrucción, podría ocuparse del curso de la humanidad a través del caos y más allá, hacia una salida nueva. Pero antes el caos, y la larga ira de la destrucción.

Por un instante su fuerza de voluntad cedió. Incluso su alma pareció romperse. Y entonces él se fue. Y en cuanto se hubo ido ella recuperó el núcleo de su fortaleza.

Philip fue un gran consuelo para ella. Éste aseveraba que la guerra era algo monstruoso, que jamás debió haber sido declarada y que los hombres deberían negarse a considerarla otra cosa salvo un colosal y desgraciado accidente.

Ella, en su alma alemana, sabía que no era un accidente. Que era inevitable, e incluso necesaria. Pero la actitud de Philip la calmó inmensamente, la devolvió a sí misma.

Alan no regresó. En la primavera de 1915 se le dio por desaparecido. Ella nunca había guardado luto por él. De hecho, jamás le había dado por muerto. En cierto sentido, Katherine había triunfado. La abeja reina había recuperado su influjo, como reina del mundo; la mujer, la madre, la hembra con la mazorca de maíz en la mano, a diferencia del hombre, que blandía la espada.

Philip había pasado la guerra como periodista, poniéndose siempre del lado de la humanidad, de la verdad y de la paz humanas. Para ella, él había sido un consuelo inexpresable. Y en 1921 se casó con él.

El hilo del destino podía ser hilado, incluso podía ser medido, pero la mano de Lachesis había sido incapaz de cortarlo en dos.

Al principio, estar casada con Philip le resultó extremadamente agradable, voluptuoso, tranquilizador, especialmente ahora que tenía treinta y ocho años. Katherine sentía que él acariciaba sus sentidos, y la calmaba, y le daba lo que quería.

Pero luego, gradualmente, un curioso sentido de degradación se apoderó de su espíritu. Se sentía insegura, incierta. Era casi como tener una enfermedad. La vida, para ella, se tornó opaca e irreal, como

nunca lo había sido hasta entonces. No luchaba, ni siquiera sufría. En la insensibilidad de su carne no sentía reacción alguna. Todo se volvía barro.

Pero no obstante se recuperaba, y disfrutaba inmensamente. Y después de un tiempo, le sobrevenía de nuevo esa sofocante sensación de nulidad y degradación. ¿Por qué, por qué se sentía degradada, en su alma secreta? Jamás, por supuesto, en el exterior.

El recuerdo de Alan volvió a apoderarse de ella. Seguía pensando en él y en su insistencia con el corazón en vilo, pero sin la airada hostilidad que antaño sentía. Cierta admiración por él, por su recuerdo, se adueñó de su espíritu. Se resistió a ella. No estaba acostumbrada a sentir admiración.

Se percató, sin embargo, de la diferencia entre estar casada con un soldado, un luchador nato, perenne, una espada que no debía ser enfundada, y este otro hombre, este astuto civil, este sutil enredador, este ajustador de la balanza de la verdad.

Philip era más inteligente que ella. La enredó; enredó a la abeja reina, a la madre, a la mujer, al juicio femenino, y la sirvió con un sutil y sagaz homenaje. Puso la balanza, el equilibrio, en sus manos. Pero también, astutamente, le vendó los ojos, y manipuló la balanza mientras ella no podía verle.

Vagamente, ella se daba cuenta de esto. Pero sólo vaga, confusamente, porque sus ojos estaban vendados. Philip tenía la sutil y encantadora habilidad de mantener sus ojos siempre vendados.

A veces ella jadeaba, jadeaba, a causa de sus pulmones oprimidos. Y a veces el rostro anguloso, duro, autoritario pero honesto de Alan volvía a su memoria, y de pronto le parecía que volvía a encontrarse bien, que la extraña, voluptuosa sofocación, que le dejaba el alma convertida en barro, desaparecía, y que una vez más podía respirar el aire de los cielos abiertos. Incluso luchar contra él.

Eso le ocurrió en el barco mientras cruzaba el Canal. Súbitamente le pareció que Alan volvía a estar a su lado, como si Philip no hubiera existido jamás. Como si Philip no hubiera significado para ella más que un empleado de tienda de confección que le tomase las medidas. Y escapando, por así decirlo, sola a través del frío y ventoso Canal, de pronto se convenció a sí misma de que Philip no había existido nunca; de que sólo Alan había sido su marido. De que aún seguía siéndolo. Y de que iba a encontrarse con él.

Esto contribuyó a la seguridad en sí misma que sintió en París, y fue lo que hizo que los franceses la trataran tan bien. Puesto que a los latinos les encanta sentir que una mujer está realmente envuelta en el hechizo de un hombre. Más allá de los nacionalismos subsiste el problema entre hombre y mujer.

Ahora Katherine estaba sentada, vagamente excitada y casi feliz, en la penumbra del vagón del tren del Este. Era como en los días de antaño, cuando volvía a su casa de Alemania. O, más aún, como cuando regresaba de vuelta a Alan. Porque, en el pasado, cuando él era su marido, sintiera por él lo que sintiese, jamás conseguía sobreponerse a la sensación de que las ruedas del vagón tenían alas cuando la devolvían a él. Incluso cuando sabía que se portaría mal con ella, que sería con ella duro, inclemente y destructivo, el movimiento de las ruedas era alado.

Mientras que, en dirección a Philip, se movía con una extraña, agotadora resistencia. Decidió no pensar en él.

Mientras miraba sin ver por la ventanilla del vagón, el paisaje de invierno se resolvió repentinamente, sobresaltándola, en su conciencia. El gris y chato paisaje invernal; campos arados de tierra grisácea que parecían estar compuestos por los arcillosos residuos de cadáveres. Delgados árboles, pálidos y desnudos, se erguían como alambres junto a los caminos rectos, abstractos. Una granja en ruinas entre otro montón de árboles. Y un pueblo sórdido desfiló ante ella, con casas destruidas como dientes podridos entre las rectas filas de las calles vecinales.

Con súbito horror se percató de que debía de estar en la zona del Marne, la terrible zona del Marne, siglo tras siglo enterrando los cuerpos de sus hombres frustrados en la tierra. El país fronterizo, donde las razas latina y germana se neutralizan mutuamente hasta convertirse en horrendas cenizas.

Tal vez incluso el cadáver de su hombre entre aquellos lodos grises.

Era demasiado para ella. Permaneció allí sentada, su rostro mismo de color ceniciento, queriendo escapar.

«Si lo hubiera sabido»; se dijo, «si lo hubiera sabido habría ido por Basilea».

El tren se detuvo en Soissons, un nombre que le horrorizaba. Se limitó a procurar no acusar nada de lo que veía y sentía. Y, afortunadamente, sirvieron el almuerzo. Acudió al coche restaurante y se sentó frente a un diminuto oficial francés vestido con un uniforme azul horizonte que sugería cualquier cosa menos la guerra.

Parecía tan ingenuo, casi infantil, simpático, con aquella inocencia que tantos franceses preservan debajo de lo que algunos llaman malignidad, que Katherine se sintió realmente aliviada. El oficial la saludó con la cabeza en un gesto tímido, peculiar, cuando ella le devolvió su media botella de vino, que se había trasladado poco a poco a su lado de la mesa debido al movimiento del tren. ¡Qué amable era! ¡Y cómo se entregaría a una mujer, si ésta encontrase auténtico placer en el hombre que él era!

De todos modos, ella se sentía muy lejos de todo ese asunto del intercambio entre hombres y mujeres.

Después del almuerzo, con el calor del tren y el efecto de la media botella de vino blanco, Katherine volvió a dormirse, sus pies rozando incómodamente la plancha metálica del suelo del vagón. Y mientras dormía, la vida tal como ella la conocía pareció que se volvía artificial, el sol del mundo se le antojó una luz artificial, cubierta de humo como la luz de las antorchas, las cosas creciendo artificialmente a lo largo de una noche artificialmente iluminada con tal intensidad que la hacía semejante al día. Su vida, la vida de cada día, había sido una ilusión, como lo es una noche de baile. Su amor y sus emociones, el pánico mismo que sentía por el amor, habían sido una ilusión. Se dio cuenta de cómo, durante la guerra, el amor que sentía había sucumbido al pánico.

Y ahora incluso este pánico al amor era una ilusión. Había corrido a los brazos de Philip para ser salvada. Y, ahora, su pánico al amor, y la salvación de Philip, eran una ilusión.

¿Qué quedaba entonces? Incluso el amor preso del pánico, tal vez lo más intenso que había sentido nunca, era sólo una ilusión. ¿Qué quedaba? ¿Las grises sombras de la muerte?

Cuando volvió a mirar por la ventanilla estaba oscureciendo, y se hallaban en las afueras de Nancy. De niña, ella había conocido esa región. A las siete y media estaban en Estrasburgo, donde debía pasar la noche, ya ningún tren cruzaría el Rin hasta el día siguiente.

El porteador, un vigoroso muchacho rubio, inmediatamente se dirigió a ella en alsaciano. Insistió en acompañarla hasta el hotel —un hotel alemán— vigilándola como un centinela personal, fiel y competente, completamente distinto de los franceses.

Era una noche de invierno fría y ventosa, pero Katherine quiso salir después de cenar a ver la catedral. ¡La recordaba tan bien, de su otra vida!

El viento helado arreciaba en las calles. La ciudad parecía vacía, como si su espíritu la hubiese abandonado. Los pocos viandantes, robustos y de baja estatura, hablaban el crudo idioma alsaciano. Los carteles de las tiendas estaban escritos en francés, a menudo con una pequeña concesión al alemán escrita debajo. Y las tiendas estaban llenas de productos, rebosantes de los productos que llegaban de las fábricas de Mulhausen y otras ciudades, antaño alemanas.

Cruzó el río que la noche oscurecía, donde los cobertizos de las lavanderas se erguían junto a su cauce, y en los que algunas se arrodillaban todavía al borde del agua, en la tenue luz eléctrica, aclarando la ropa en el agua turbia y fría. El viento soplaba en la gran plaza, y el lugar parecía desierto. Una ciudad de nuevo conquistada.

No pudo recordar el camino de la catedral. Vio a un policía francés con su capa azul y su gorra puntiaguda, un espécimen solitario, tierno y vulnerable en aquella cruda ciudad alsaciana. Acercándose a él, le preguntó en francés dónde estaba la catedral.

Él le señaló el camino; la primera calle a la izquierda. No parecía hostil; realmente, nadie lo parecía. La hostilidad procedía sólo de la gran fatiga helada del invierno en una ciudad conquistada, una perenne y fatigada frontera.

Y los franceses parecían mucho más fatigados, y también más sensibles, que los burdos alsacianos.

Katherine recordó la callejuela, las antiguas casas colgadas con sus negras vigas y sus altos aleros. Y como un inmenso fantasma, como un fulgor rojizo en la oscuridad, la misteriosa catedral que abordaba al recién llegado, gigantesca, contemplando, de la oscuridad a la oscuridad, la minúscula humanidad de la villa. Estaba construida con piedra rojiza, que brillaba en la noche como carne oscura. Y, vasta, incomprensiblemente alta y extraña, miraba hacia abajo desde la noche. La gran ventana de roseta, allá en lo alto, parecía un seno de la gran mole, y prismas y agujas de piedra se disparaban hacia arriba, como plumaje, oscuramente, a medias visibles en el cielo.

Allí estaba, en la alta oscuridad de la pesada noche invernal, como una amenaza. Katherine recordó que en el pasado su espíritu solía ascender junto con ella. Pero ahora, cerniéndose con un leve enmohecimiento color de sangre desde los altos cielos oscuros, la mole se erguía suspendida, mirando hacia abajo como una vasta y demoníaca amenaza, calma e implacable.

El misterio y un miedo confuso, antiguo, se apoderaron del alma de la mujer. La catedral se le antojaba extraña, demoníaca, herética. Y en ella parecía bullir una sangre antigua e indomable. Se erguía

allí como un inmenso animal silencioso de dientes de piedra, esperando, y preguntándose cuándo debía inclinarse sobre aquella pálida humanidad.

Y vagamente ella se dio cuenta de que detrás de la cenicienta palidez y el sulfuro de nuestra civilización se oculta la gran criatura de sangre, esperando, implacable y eterna, dispuesta a aplastar nuestra blanca fragilidad dejando que la sombría sangre fluya erecta una vez más, con fuerza y orgullo nuevos e implacables. Incluso desde los cielos más próximos se cierne la gran mole de sangre crepuscular, difuminando la Cruz que supuestamente debe exaltar.

Los cielos nocturnos parecieron abrirse, mostrando una inmensa presencia de sangrienta oscuridad que se cernía imponente, inclinada, mirando hacia abajo, esperando su momento.

Cuando Katherine se volvió para irse, para alejarse de las plegadas alas de la iglesia, vio a un hombre de pie en el pavimento, cerca de la oficina de correos que funciona oscuramente en la plaza de la Catedral. Inmediatamente supo que aquel hombre, allí de pie, sombrío, silencioso, era Alan. Estaba solo, inmóvil y remoto.

Él no se le acercó. Ella vaciló, y luego se dirigió hacia él, como si se encaminase a la oficina de correos. Él permaneció totalmente inmóvil, y el corazón de Katherine murió a medida que se le acercaba. Entonces, cuando ella pasaba junto a él, él se volvió súbitamente y la miró.

Era Alan, aunque tal era la oscuridad que ella apenas podía verle la cara, un rojizo resplandor en la sombra.

—¡Alan! —dijo.

Él no habló, pero puso en su brazo una de sus manos, deteniéndola, como solía hacerlo antaño, con una extraña y silenciosa autoridad. Y obligándola a volverse con una ligera presión sobre su brazo, caminó junto a ella, lentamente, a lo largo de la calle principal de la ciudad, bajo los arcos donde las tiendas continuaban iluminadas.

Katherine miró su rostro: parecía mucho más oscuro, más atezado de lo que ella recordaba. Era un extraño y, sin embargo, era él y ningún otro. Él no dijo nada en absoluto. Pero eso también era de esperar. Su boca estaba cerrada, sus ojos atentos eran los mismos, y había a su alrededor una sombra de silencio, impenetrable, aunque no fría. Más bien lejana y dócil, como el silencio que rodea a un animal salvaje.

Ella sabía que estaba caminando con su fantasma. Pero ni siquiera eso la inquietaba. Le parecía natural. Y el sentimiento que había olvidado volvió a apoderarse de ella; el sereno e inconsciente placer de una mujer que se mueve dentro del aura del hombre al que pertenece. De joven, cuando estaba con su marido, había experimentado aquel intrascendente y no obstante precioso sentimiento. Había sido de una plena satisfacción, y tal vez su plenitud misma había hecho que no fuese consciente de él. Más tarde, le pareció que casi lo había destruido deliberadamente, aquel tenue flujo de satisfacción que ella, como mujer, recibía de él como hombre.

Ahora, mucho después, se daba cuenta de ello. Y mientras caminaba a su lado a través de la ciudad conquistada, se percató de que aquello era lo único perdurable que puede poseer una mujer: la suave e intangible corriente de satisfacción que la transporta junto al hombre con el que se ha casado. Es su perfección y su logro más alto.

Ahora, años más tarde, lo sabía. El conflicto había desaparecido. Y vagamente se preguntó por qué, por qué había luchado contra ello. No importa lo que el hombre haga o diga como persona: si una mujer puede moverse a su lado en esa tenue, plena corriente de satisfacción, tiene lo mejor de él que pueda obtenerse, y sus denodados esfuerzos para conseguir algo más que eso son sus ignominiosos esfuerzos en pos de la nulidad de sí.

Ahora ella lo sabía, y lo aceptaba. Ahora que caminaba junto a un hombre que llegaba desde las profundidades de la muerte; que acudía a su lado, para salvarla. La fuerte y callada bondad que le demostraba, incluso ahora, lograba eliminar de su cuerpo el nervioso, ceniciento horror del mundo. Katherine iba junto a él, tranquila y liberada, como alguien a quien acaban de soltarle unas ligaduras, caminando en la penumbra de su propia plenitud.

Al llegar al puente él se detuvo y retiró la mano de su brazo. Ella supo que iba a abandonarla. Pero bajo su gorra ceñida él la miró, oscura pero bondadosamente, y agitó su mano en un leve y amable gesto de adiós, y de promesa, como si en aquel adiós le prometiese no dejarla nunca, no dejar nunca que la bondad se apagase en su corazón; como si le prometiese que allí permanecería para siempre.

Katherine corrió a través del puente en dirección a su hotel con las mejillas bañadas en lágrimas. Apresuradamente subió a su habitación. Y, mientras se desvestía, evitó mirarse la cara en el espejo. No debía romper el hechizo de la presencia de Alan.

Ahora, más tarde, se daba cuenta del cuidado que debía poner en no violar el misterio que la rodeaba. Ahora que sabía que él había vuelto a ella de entre los muertos se daba cuenta de lo precioso y frágil que había sido aquel regreso. Él había regresado con su corazón oscuro y bondadoso, amándola aun en el después. Y de ninguna manera debía ella ir contra él. El fantasma silencioso, cálido y poderoso había vuelto con ella. Era él. Y ella no debía intentar siquiera pensar en él definitivamente, ni hacerlo real, ni comprenderlo. Sólo podía pensar en él silenciosa, oscuramente, en el interior de su alma femenina, y saberlo presente en ella, sin mirarlo siquiera, sin intentar buscarlo. Una vez que ella intentase tocarlo, tenerlo, hacerlo real, desaparecería para siempre, y con él este último y precioso influjo de su paz como mujer.

«¡Ah, no!», se dijo a sí misma. «Si él me deja con su paz, yo no debo hacer ninguna pregunta.»

Y se arrepintió en silencio del modo en que, en el pasado, lo había cuestionado esperando respuestas. ¿Qué habían sido las respuestas, cuando las había obtenido? Repugnantes cenizas en su boca.

Ahora ella conocía el supremo terror moderno de un mundo ceniciento, enervado. Si un hombre podía regresar de la muerte para salvarla de aquello, ella no le haría preguntas: sería humilde, y agradecida más allá de las lágrimas.

Por la mañana, bajo el cielo gris, salió a la calle azotada por un viento helado para ver si volvía a encontrarlo. No porque lo necesitase: su presencia aún seguía rodeándola. Pero él podría estar esperándola.

La ciudad era pétreo y fría. Los viandantes estaban pálidos, helados, y parecían de algún modo condenados. Estaban muy lejos de ella. Katherine sintió por ellos una especie de piedad, aunque sabía que no podía ayudarlos, ni en el tiempo ni en la eternidad. Y ellos la miraban, y apresuradamente apartaban la vista, como si se sintieran incómodos.

La catedral alzaba su alta fachada gris rojizo en la desnuda luz, pero no parecía cernirse sobre la ciudad como la noche anterior. La plaza de la catedral era dura y fría. Dentro, la iglesia era fría y repelente, a pesar de la luminosidad de los vitrales. Y Alan no apareció por ninguna parte.

De modo que Katherine se apresuró a volver al hotel y de allí se dirigió a la estación para coger el tren de las 10.30 que la llevaría a Alemania.

Era un tren sórdido, sombrío, en el que unas pocas almas en pena esperaban para cruzar el Rin. Su porteador alsaciano cuidó de ella con el mismo devoto empeño que el día anterior. Katherine entró en el vagón de primera clase que seguiría hasta Praga: era la única pasajera que viajaba en primera. Un porteador francés auténtico, con bigotes, que vestía una blusa y se contoneaba al caminar, intentó decirle una lindeza en las pocas palabras de alemán que conocía. Pero ella se limitó a mirarlo fijamente y él bajó la cabeza. En realidad no era su intención ser grosero. Hasta en aquello había una suerte de desesperanza.

Despaciosa, desalentadamente, el tren salió de la ciudad. Katherine vio en la distancia la extraña figura encorvada de la catedral, apuntando su único dedo por encima de la ciudad. ¿Por qué, por qué la habían puesto allí las antiguas razas germánicas?

Lentamente el paisaje se desintegró en las llanuras y los pantanos del Rin, los canales, los sauces, las rieras, las zonas húmedas heladas aunque no inundadas. Todo parecía cansado. Y el viejo Padre Rin fluyendo en verdosas dimensiones, implacable, separando las razas ahora cansadas de la lucha racial, pero aprisionadas en sus batallas como en los anillos de una enorme serpiente, incapaces de escapar. Frío, caudaloso, verde y absolutamente descorazonador, el río transcurría bajo el cielo invernal pasando por debajo del puente de hierro.

Hubo una larga espera en Kehl, donde los oficiales franceses y alemanes observaban una estólida y deprimente neutralidad. Los trámites de aduana y pasaportes pasaron rápido. Pero el tren esperó y esperó, como si fuera incapaz de abandonar aquel punto de pura negación, en el que las dos razas se neutralizaban mutuamente, y no se percibía ninguna polaridad, ninguna vida; en el que ningún principio dominaba.

Katherine Farquhar permaneció quieta en el silencio suspendido del regreso de su esposo. No hacía caso ni del francés ni del alemán, hablaba un idioma u otro según se le requiriese, apenas consciente. Esperó mientras el caluroso tren despedía siseantes nubes de vapor, detenido en el perfecto punto neutral de la nueva frontera, al otro lado del Rin.

Y por fin salió un sol aguado y el tren partió nerviosa y silenciosamente, dejando atrás la neutralidad.

En la gran planicie de la llanura del Rin las someras aguas estaban heladas, los surcos corrían en línea recta en dirección a ninguna parte, y el aire también parecía congelado. Pero se sentía que la tierra era fuerte, indómita, y parecía vibrar, con sus rectos surcos, en un contrapunto hondo y salvaje. Y en el aire había también un estremecimiento bárbaro y helado, bravío y montaraz, prerromano.

Aquella parte del valle del Rin, incluso en su orilla derecha, en Alemania, estaba ocupada por los franceses. De ahí la curiosa desocupación, el suspenso, como si allí no viviera nadie, como si algún

espíritu estuviese vigilando, vigilando los campos vastos y vacíos con sus rectos surcos y sus prados acuáticos. Silencio, vacío, suspenso, y un sentido de algo que aún queda pendiente.

Una larga espera en la estación de Appenweier, en la línea férrea principal de la orilla derecha. La estación estaba desierta. Katherine recordó su ajeteo excitado, exultante, en los días de antes de la guerra.

—Sí —le dijo el guarda al jefe de estación—, ¿por qué nos obligan a salir de Estrasburgo con tanta puntualidad si van a retenernos aquí durante tanto tiempo?

¡El pesado alemán del Badisch! ¡La sensación de resentida impotencia de los alemanes! Katherine sonrió para sus adentros. Se percató de que allí el tren abandonaba el territorio ocupado.

Por fin arrancaron en dirección norte, libres por el momento, ya en Alemania. Eran las tierras más allá del Rin, la Alemania de los bosques de pinos. La tierra misma parecía fuerte e insumisa, erizada de juncos y matorrales como una cabellera salvaje. Bajo la civilización que iba desapareciendo existía el mismo silencio, la misma espera, y el mismo bárbaro contrapunto de la piel blanca septentrional. El tono audible de la civilización que moría parecía ir apagándose, y el antiguo y grave susurro de los bosques del norte antiguo resonaba por todas partes. Al menos en los oídos de Katherine.

Y allí estaban las imponentes colinas de la Selva Negra, amontonadas, hoscas, esperando, como si custodiaran la Alemania más íntima. Negras colinas redondas, ennegrecidas por los bosques salvo allí donde habían sido talados campos de labranza dejando blancos retazos de nieve. Blanco y negro, esperando allí en la distancia próxima, en hosca vigilancia.

Katherine conocía muy bien el país. Pero no en el estado en que se hallaba ahora; aquella hosquedad, aquel vacío, aquella tensa y pesada espera.

¡Steinbach! ¡Entonces, casi habían llegado! Tendría que cambiar en Oos para Baden-Baden, su estación de destino. Seguramente Philip estaría esperándola allí, en Oos; habría llegado desde Heidelberg.

¡Sí, allí estaba! E inmediatamente ella pensó que parecía pálido, enfermo, su silueta frágil y derrotada.

—¿No estás bien? —le preguntó, cuando hubo bajado del tren a la estación vacía.

—Tengo un frío terrible —dijo él—. No consigo calentarme.

—Y en el tren hacía tanto calor... —dijo ella.

Por fin llegó un porteador que transportó sus maletas hasta el pequeño tren de enlace.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, mirándola con una cierta expresión enfermiza, y miedo en los ojos.

—¡Muy bien! Todo parece muy extraño —dijo ella.

—No sé a qué se debe —dijo él—, pero Alemania me congela las entrañas, y afecta mis pulmones.

—No tenemos por qué quedarnos mucho tiempo —dijo ella sin darle importancia.

Él observaba su expresión alegre. Y ella lo extraño y preguntó que le parecía él. ¡Extraordinario! Mientras lo miraba sintió por primera vez, con una curiosa claridad, que estar casada con él era humillante; incluso llevar su nombre. Se sintió humillada por el mero hecho de que su nombre fuese Katherine Farquhar. Y, sin embargo, hasta entonces le había parecido un bonito nombre.

«¡Y pensar que estoy casada con este hombrecillo!», se dijo. «¡Y pensar que llevo su nombre!»

No cuadraba. Pensó en su propio nombre, Katherine von Todtnau, o en su nombre de casada, Katherine Anstruther. El primero le parecía el más adecuado. Pero el segundo era como una segunda piel. El tercero, Katherine Farquhar, no le cuadraba en absoluto.

—¿Has visto a Marianne? —le preguntó a Philip.

—Sí.

La respuesta había sido escueta. ¿Qué le ocurriría?

—Tendrás que cuidarte ese resfriado —le dijo Katherine amablemente.

—¡Ya me lo cuido! —respondió él con petulancia.

Marianne, la hermana de Katherine, estaba en la estación, y al cabo de dos minutos las dos se habían enzarzado en una conversación en alemán, riendo y llorando y estallando una vez más en carcajadas. Philip había quedado al margen. En aquellos días de economía congelada no había taxis. Un porteador transportaba el equipaje en un carrito y los recién llegados caminaban hasta su hotel atravesando la ciudad semivacía.

—Pero si el hombrecito es encantador... —dijo Marianne en tono despreciativo.

—¿Verdad que sí? —exclamó Katherine en el mismo tono.

Y las dos hermanas se detuvieron en mitad de la calle y rompieron a reír. «El hombrecito» era Philip.

—El otro era más hombre —dijo Marianne—, pero estoy segura de que éste es más fácil. ¡El hombrecito! Sí, debería ser más fácil. —Y rió a su manera, burlonamente.

—¡El tentetieso! —dijo Katherine, refiriéndose a aquellos hombrecillos de juguete con una base de plomo que siempre vuelven a quedar de pie.

Philip era muy desgraciado en esta atmósfera. Su fuerza residía en su debilidad, en su encanto, en su dependencia. Sagazmente, casi siempre conseguía salirse con la suya, pero siempre pareciendo que cedía. En las emergencias agachaba la cabeza todo lo que le era posible y dejaba que la tormenta le pasara por encima. Luego se erguía de nuevo, el mismo de siempre, sentimental, del lado de los ángeles, sin desafiar a nadie. Los desafiantes habían muerto en la guerra. Él lo había visto, y había sonreído en secreto. Cuando el león muere de un disparo los perros se comen sus despojos. De modo que él se había quedado con Katherine: la leona de Alan. Un perro vivo es mejor que un león muerto. Y así, el pequeño periodista semiangelical exultaba en el triunfo de su debilidad.

Pero en Alemania, en la extraña Alemania posbélica, Philip parecía haber vuelto a apagarse. El aire estaba helado y vacío, y toda sensación parecía haber desaparecido del país. La emoción, incluso el sentimiento, estaban adormecidos, muertos, como en un miembro congelado. Y si a él se le adormecía el sentimiento se moriría.

—¡Estoy tan contento de que hayas venido, Kathy! —dijo—. No sé si hubiera podido soportar otro día más aquí sin ti. Siento que eres la única cosa en el mundo que sigue siendo real.

—Pues tú a mí no me pareces muy real —dijo ella.

—Y no lo soy. ¡No lo soy! No cuando estoy solo. Pero cuando estoy contigo soy el hombre más real del mundo. ¡Lo sé!

Esto era lo que a ella la había atraído de él en el pasado, lo que la había conmovido hasta la médula de su vanidad femenina; incluso lo que había hecho que se enamorase de aquella pequeña criatura que era capaz de admitir verdades tan pertinentes con tamaña generosidad. ¡Tan diferente del soberbio Alan, que esperaba que la mujer se inclinase ante él!

Ahora, sin embargo, parte de la frialdad de la entumecida Alemania parecía haberse apoderado de ella. Sentía un desprecio cruel por el quejumbroso animalillo que invocaba su propia realidad sólo a través de una mujer. No le contestó; se quedó observando la nieve que caía entre ella y los oscuros árboles. ¡Otro mundo! Cuando la nieve cesó, los fríos abetos se le antojaron fantasmales, erizados; altas criaturas cónicas apretujándose oscuramente, blanqueadas por la nieve. ¡Tan altos, tan lupinos!

Philip se estremeció y pareció empalidecer. Había escasez de combustible, de comida; todo escaseaba. Philip quería que Katherine se fuese con él a París. Pero ella deseaba quedarse al menos dos semanas con su familia. La escasez no le importaba. Por las tardes, veía las colas de vecinos esperando en la oscuridad —la ciudad estaba iluminada sólo a medias— para llenar sus bolsas de agua caliente en las termas de las afueras de Kurthaus, silenciosos, espectrales, incapaces de permitirse siquiera un fuego para calentarse el agua. Y los escalofríos de Philip la dejaban bastante indiferente. Que temblase.

La nieve estaba dura y seca. Katherine salió al bosque, subiendo las empinadas colinas. El mundo estaba curiosamente vacío, retornado a su estado salvaje. Se dio cuenta de que, si las catástrofes se sucedieran, el mundo tardaría muy poco tiempo en volverse salvaje. Philip, pálido y demacrado, caminaba a su lado con dificultad, tambaleándose y dando traspiés: grotesco. Era un hombre que jamás caminaría con firmeza. Ahora se limitaba a arrastrarse. Katherine podía sentir a Alan entre los árboles; su estremecimiento; su vibración. Y de vez en cuando, con el corazón en vilo, miraba en dirección a algún tronco de abeto, gigantesco, vivo y potente, intensamente físico, derramando todo su fecundo verdor sobre la nieve. Podía sentir a Alan en la potente presencia del árbol. Deseaba acercarse a él y abrazar su tronco. Pero Philip se sentaba en la nieve, diciendo:

—Oye, Kathy, yo no puedo seguir. Sencillamente no me quedan fuerzas.

Ella permanecía en el sendero, orgullosa, despreciativa, pero callada, mirando hacia donde se erguían las rocas opacas, rojizas. Y estaba segura de que allí, entre las rocas, Alan la esperaba. Se sentía fuerte y poderosa. No obstante se llevaba a Philip a casa, agotado.

Estaba realmente enfermo. Lo acostó, y él permaneció en la cama. Vino el médico. Pero Philip estaba en un estado de pánico: todo le daba miedo. Katherine salía a pasear por el bosque, sola. Esperaba a Alan, y estaba deseando encontrarse con él. Philip yacía en su lecho, semiinconsciente, y cuando ella regresaba le decía, con sus grandes ojos brillantes:

—¡Debes de haber ido muy lejos! —Y en estas últimas palabras enseñaba sus dos largos dientes delanteros en una especie de gruñido.

—No muy lejos —decía ella.

Un día Alan vino hacia ella desde las opacas piedras rojizas del bosque. Llevaba un kilt que le sentaba muy bien, pero vestía chaqueta de soldado. Y no llevaba gorra. Se le acercó caminando, sus rodillas apartando el kilt de la manera que ella conocía tan bien. Llegaba triunfalmente, espléndido, y ella lo esperó temblando. Seguía manteniendo un silencio absoluto. Pero la rodeó con un brazo y la llevó consigo, y ella cedió con una entrega como no había conocido nunca hasta entonces. Y, entre las rocas, le hizo el amor, la tomó con la pasión silenciosa de un marido, tomó posesión de ella por completo.

Más tarde Katherine regresó a casa, abstraída, para encontrarse con que Philip estaba muy grave. Se dio cuenta de que podría morir. Y no le importó en lo más mínimo. Pero cuidó de él, y permaneció a su lado, y él pareció mejorar.

No obstante, al día siguiente ella quiso volver a salir. ¡Debía hacerlo! Sentía que su marido la estaba esperando, y la llamada era imperativa. Tenía que ir. Pero Philip se puso casi histérico cuando ella quiso dejarle.

—¡Te juro que me moriré mientras estés fuera! ¡Te juro que si me dejas ahora me moriré! — Puso los ojos en blanco, fuera de sí, y su aspecto era tan extraño que ella supo que era verdad. De modo que permaneció junto a él, hosca y llena de resentimiento, con sus pensamientos lejos de allí, en las rocas.

La tarde se fue volviendo cada vez más fría. Philip tiritaba debajo del grueso edredón.

—¡Éste es un frío asesino! ¡Me está matando! —dijo.

A ella no le importaba. Permaneció allí sentada, abstraída, lejos de él, con el espíritu fuera de allí, en el helado anochecer. Un flujo poderoso parecía envolverla en otra realidad distinta de aquella. Era Alan que la llamaba, la abrazaba. Y ese abrazo parecía hacerse más fuerte a medida que pasaba el tiempo.

Permaneció con Philip en la habitación. Pero había decidido no acostarse. Él estaba muy débil. Ella se sentaría a su lado. Hacia la medianoche él se incorporó y dijo con voz desmayada:

—¡Katherine, no puedo soportarlo! —Y volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no puedes soportar? —dijo ella, inclinándose sobre él.

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportarlo! Cógeme en tus brazos. ¡Abrazame! ¡Abrazame! —murmuró él, en el puro terror de la muerte.

Curiosamente adversa, ella empezó a cogerlo por debajo de los hombros, para levantarlo. Mientras lo hacía, la puerta se abrió y entró Alan, con la cabeza descubierta y el ceño fruncido. Philip alzó sus frágiles manos y rodeó con ellas el cuello de Katherine, gimiendo suavemente. Silencioso, con la cabeza desnuda, Alan se acercó a la cama, soltó las manos de Philip del cuello de su mujer y las colocó sobre su pecho.

Philip abrió los labios y mostró sus largos dientes en la terrible mueca de la muerte. Katherine sintió que bajo su mano el cuerpo de Philip se convulsionaba en un extraño paroxismo y después se quedaba inerte. Estaba muerto. Y su rostro mostraba la enfermiza mueca de un ladrón cogido in fraganti.

Pero Alan la apartó de allí y la condujo a la otra cama, en la pasión silenciosa de un marido que ha vuelto después de un largo viaje.

El caballito de madera ganador

The Rocking-horse Winner, 1926

Era una mujer hermosa. Había reunido todos los atributos que puede deparar la vida, y sin embargo, la suerte no la acompañó. Se casó por amor, y el amor se hizo añicos. Tuvo hermosos hijos, y siempre creyó que la obligaron a tenerlos. Entonces no pudo amarlos. Ellos la miraban con frialdad, como si la culparan de algo. Y ella pronto sintió que tenía que ocultar alguna falta. Sin embargo, nunca supo cuál fue la culpa que debía encubrir. Y cuando sus hijos estaban presentes, se le endurecía el corazón. Esto la inquietaba, y en su inquietud trataba de mostrarse afectuosa y siempre predispuesta a ellos, como si los amara. Sólo ella sabía que en su corazón conservaba un rincón duro por el que no podía sentir amor, no podía amar a nadie. Todos decían: "Es una buena madre. Adora a sus hijos". Sólo ella y sus propios hijos sabían que eso no era verdad. En sus miradas se podía cristalizar la verdad.

Tenía un varón y dos niñas. Vivían en una casa confortable, con jardín, con criados discretos, y se sentían superiores a todos los vecinos.

Aunque no sacaban a relucir las apariencias, en el hogar reinaba siempre cierta ansiedad. El dinero nunca era suficiente. La madre cobraba una pequeña renta, y el padre tenía otra pequeña renta, y eso no alcanzaba para conservar la posición social que debían simular. El padre trabajaba en una oficina de la ciudad. Tenía expectativas interesantes, pero esas expectativas nunca se concretaban. Y aunque conservaran las apariencias, la temible sensación de la escasez de dinero persistía siempre.

Por fin dijo la madre:

—Veré si yo puedo hacer algo.

Aunque no sabía por dónde empezar. Se devanó los sesos, probó esto y aquello sin encontrar nada satisfactorio. El fracaso grabó en su rostro profundos surcos. Sus hijos crecían y pronto irían a la escuela. Hacía falta dinero, más dinero. Y el padre, siempre muy elegante y generoso para satisfacer sus gustos, nunca podría hacer nada que valiese la pena. Y la madre, con mucha fe en sí misma, no logró mejores resultados; y por otra parte, era tan derrochadora como el padre.

Y así fue como en la casa dominó aquella frase: "¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!". Los niños la oían en Navidad, cuando los juguetes caros y espléndidos llenaban su cuarto. Detrás del espectacular caballito de madera y detrás de la elegante casa de muñecas, una voz, de pronto, susurraba: "¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!". Y los niños interrumpían sus juegos para escuchar la voz. Se miraban entre ellos para comprobar si todos la habían oído. Y cada uno veía en los ojos de los otros que también habían oído la frase fatídica: "¡Hace falta más dinero! ¡Hace falta más dinero!".

Las palabras salían, en forma de murmullo, de los resortes del caballito de madera, que aún se mecía, y el caballo también las oía, bajando su cabeza de madera. Y la muñeca grande, tan rosada, hundida en su cochecito nuevo, también la oía con toda claridad. Y al oírla acentuaba una sonrisa de lástima. Y aun el perrito bobo, que ocupaba el lugar que antes era del oso de paño, tenía ahora una

expresión estúpida muy peculiar, por el hecho de que acababa de oír el secreto que deambulaba por la casa: "¡Hace falta más dinero!".

Sin embargo, nadie se animaba a decirlo en voz alta. El rumor estaba en todas partes, y por lo tanto, nadie lo expresaba abiertamente, así como nadie dice: "Estamos respirando", a pesar de que lo hacemos diariamente.

—Mamá —dijo un día Paul—, ¿por qué no tenemos automóvil propio? ¿Por qué usamos siempre el de tío o tomamos un taxi?

—Porque somos los parientes pobres —dijo la madre.

—¿Y por qué somos los parientes pobres, mamá?

—Bueno —dijo la madre tranquila y amargada—, supongo que es porque tu padre no tiene suerte.

El niño estuvo un rato en silencio.

—¿La suerte es dinero, mamá? —preguntó, al rato, con timidez.

—¡No, Paul! No es exactamente lo mismo. La suerte es lo que hace que uno tenga dinero.

—¡Oh! —dijo Paul algo confundido—. Yo pensé que cuando tío Oscar decía "sucio lucro" se refería al dinero.

—Lucro quiere decir dinero —dijo la madre—. Pero es lucro y no suerte.

—¡Oh! —exclamó el niño—. Entonces, ¿qué es la suerte, mamá?

—Es lo que hace que uno tenga dinero —repitió la madre—. Si tienes suerte, tienes dinero. Es mejor nacer con suerte que nacer rico. Si eres rico, en algún momento puedes perder tu dinero. En cambio, si tienes suerte, siempre ganarás más dinero.

—¡Oh! ¿En serio? ¿Y papá no tiene suerte?

—No, para nada —respondió ella con amargura.

El niño la miró con una expresión vacilante.

—¿Por qué? —preguntó.

—No sé. Nadie sabe por qué algunos tienen suerte y otros no.

—¿No? ¿Nadie pero nadie? ¿No hay nadie que sepa?

—¡Quizá lo sepa Dios! Pero Él nunca lo dice.

—Oh, pero debería decirlo. ¿Tú tampoco tienes suerte, mamá?

—No puedo tenerla, recuerda que estoy casada con un hombre sin suerte.

—Pero tú por sí sola, ¿no tienes suerte?

—Antes de casarme creo que sí. Pero ahora veo que soy una desdichada.

—¿Por qué?

—¡Bueno, basta de preguntas! Quizá no sea desdichada en realidad...

El niño la miró para ver si lo que decía era cierto. Pero advirtió por la expresión de su boca, que algo estaba tratando de ocultar.

—Bueno, de todas maneras —dijo con firmeza—, yo soy una persona de suerte.

—¿Por qué? —preguntó su madre echándose a reír.

Él la miró. Ni siquiera sabía por qué había dicho tal afirmación.

—Dios me lo confesó —repuso, para no retroceder en su afirmación.

—¡Ojalá sea así, querido! —contestó la madre, riendo nuevamente, con algo de resentimiento.

—¡Es cierto, mamá!

—¡Excelente! —dijo la madre, utilizando una exclamación típica de su marido.

El niño se dio cuenta de que ella no le creía, que no le hacía caso a sus afirmaciones. Esto lo ofuscó. Deseó castigarla para que le prestara atención.

Se marchó, solo, con su andar infantil, buscando la clave de la suerte. Absorto, sin reparar en los demás, iba y venía, con cierta prudencia, buscando interiormente la suerte. Quería encontrar la suerte, quería encontrarla sí o sí. Cuando las dos niñas jugaban a las muñecas, en el cuarto de juegos, él montaba en su gran caballo de madera y se lanzaba al espacio en una arremetida salvaje, con un impulso que inquietaba y distraía a sus hermanas. El caballo galopaba impetuoso, los cabellos oscuros y ondulados del niño flameaban y en sus ojos había un extraño fulgor. Las chiquillas no se animaban a hablarle.

Cuando su alocado viaje finalizaba, ponía pie a tierra y se plantaba ante el caballo de madera, observando fijamente su cabeza gacha. La boca roja del animal estaba apenas abierta, y sus grandes ojos vidriosos resplandecían.

—¡Vamos! —ordenaba quedamente al impetuoso caballo—. ¡Llévame a donde está la suerte! ¡Anda, llévame!

Con la fusta que le había pedido al tío Oscar, azotaba al caballo en el pescuezo. Sabía que el animal, si él lo obligaba, lo llevaría hasta el lugar de la suerte. Y montaba de nuevo, reanudando su furioso galope, con el deseo y la firmeza de llegar, por fin, a donde estaba la suerte.

—¡Romperás el caballo, Paul! —decía la institutriz.

—¡Siempre cabalga así! —aclaraba Joan, su hermana mayor—. ¿Por qué no se queda tranquilo?

Y él se limitaba a mirarlas con odio y en silencio. La institutriz se resignó a corregirlo. Imposible sacar algo interesante de él. Al fin y al cabo, ya era bastante grande para que ella lo cuidase.

Un día, su madre y su tío Oscar entraron en mitad de uno de sus galopes impetuosos. El chico no les dirigió la palabra.

—¡Hola, mi pequeño jinete! —dijo el tío—. ¿Corres una carrera?

—¿No eres demasiado grande para un caballito de madera? Ya no eres una criatura —dijo su madre.

Pero Paul tan sólo la miró irritado, con sus ojos azules, grandes, más bien hundidos. No quería hablar con nadie cuando estaba en plena carrera. Su madre lo observó ansiosa, con cierta preocupación.

Por fin, bruscamente, el niño dejó de espolear el mecánico galope del caballo y bajó a tierra.

—¡Bueno, llegué! —anunció con entusiasmo, con los ojos azules todavía brillosos, bien separadas las piernas largas y robustas.

—¿A dónde llegaste? —preguntó su madre.

—A donde quería llegar —replicó.

—Muy bien, hijo —aprobó el tío Oscar—. Nunca hay que detenerse hasta llegar a la meta. ¿Cómo se llama el caballo?

—No tiene nombre.

—¿Se las arregla sin un nombre? —preguntó el tío.

—Bueno, en verdad tiene varios nombres. La semana pasada se llamaba Sansovino.

—Sansovino, ¿eh? El ganador del Ascot. ¿Cómo sabes su nombre?

—Siempre habla de carreras de caballos con Bassett —aportó Joan.

El tío se quedó maravillado al descubrir que su sobrinito estaba informado de las noticias sobre las carreras. Bassett, el jardinero —herido en un pie durante la guerra y que había conseguido su empleo por recomendación de Oscar Cresswell, su antiguo patrón— era un verdadero sabio en cosas del turf. Vivía en el ambiente de las carreras. El niño lo acompañaba.

Oscar Cresswell lo supo todo por medio de Bassett:

—El niño viene y me pregunta, y yo no tengo más remedio que contestarle, señor —dijo Bassett con total solemnidad, como si hablara de temas religiosos.

—¿Y alguna vez apuestas algo al caballo que te ha aconsejado él?

—Bueno... No quisiera delatarlo. Es un jovencito muy discreto, un buen camarada, señor. Preferiría que se lo preguntara usted mismo. En cierto modo, le produce placer nuestro secreto y por lo tanto, perdóneme, pensaría que yo lo he traicionado.

Bassett seguía tan serio que parecía en misa.

El tío fue a buscar al sobrino y lo llevó a dar una vuelta en su automóvil.

—Dime, Paul —le preguntó—, ¿alguna vez apostaste a un caballo?

El niño observó atentamente a su tío.

—¿Por qué? ¿Acaso no debería hacerlo? —replicó, poniéndose a la defensiva.

—¡No, nada de eso! Pero se me ocurrió que tal vez podrías ofrecerme un "dato" para el Lincoln.

El automóvil ingresaba en la campiña, por el camino a la casa que el tío Oscar tenía en Hampshire.

—¿De veras? —preguntó el sobrino.

—¡De veras, hijo! —replicó el tío.

—Bueno, entonces, juégale a Daffodil.

—¡Daffodil! Difícil que gane. ¿Qué opinas de Mirza?

—Sólo sé cuál será el ganador —dijo el niño—. Y el ganador será Daffodil.

—¿Daffodil, eh?

Hubo una pausa. Daffodil era un caballo bastante mediocre.

—¡Tío!

—¿Sí, hijo?

—No lo dirás a nadie, ¿verdad? Se lo he prometido a Bassett.

—¡Al diablo con Bassett, hombre! ¿Qué tiene que ver él con esto?

—¡Somos socios! ¡Desde el primer momento hemos sido socios! Tío, él me prestó los primeros cinco chelines, y los perdí. Y yo entonces le prometí, bajo palabra de honor, que esto quedaría entre nosotros. Entonces tú me diste ese billete de diez chelines, con el que comencé a ganar, y pensé que tal vez tú tenías suerte. Pero no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

El niño miró a su tío con sus ojos enormes, ardientes, azules, que parecían demasiado próximos. El tío, incómodo, se encogió de hombros y se echó a reír.

—¡Quédate tranquilo, muchacho! No diré nada a nadie. ¿Daffodil, eh? ¿Cuánto piensas apostarle?

—Todo menos veinte libras —dijo el chico—. Las mantengo en reserva.

El tío pensó que era sólo un chiste del niño.

—¿Así que reservas veinte libras, joven embustero? ¿Y cuánto apuestas?

—Trescientas —dijo el chico con cierta adultez—. Por favor, tío Oscar, esto queda, entre tú y yo. ¿Palabra de honor?

El tío lanzó una carcajada.

—Pierde cuidado, mi pequeño Nat Gould —contestó sin parar de reír—, guardaré el secreto. Pero ¿y tus trescientas libras dónde están?

—Las tiene Bassett. Somos socios.

—¡Ah, ya veo! ¿Y Bassett cuánto apostará a Daffodil?

—No creo que le juegue tanto como yo. Ciento cincuenta, quizá.

—¿Ciento cincuenta peniques? —dijo el tío en tono de broma.

—No, ciento cincuenta libras —repuso el chico, mirando a su tío sorprendido—. Bassett tiene un ahorro más grande que yo.

Entre divertido e inquieto, Oscar guardó silencio. No volvió a hablar del tema, pero decidió llevar a su sobrino a las carreras de Lincoln.

—Bueno, muchacho —le dijo—, yo apostaré veinte libras a Mirza, y cinco son para ti, para el caballo que elijas. ¿Cuál te gusta?

—¡Daffodil, tío!

—¡No, no desperdicies esas cinco libras apostando por Daffodil!

—Es lo que yo haría si el dinero fuese mío —dijo el niño.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Tienes razón! Diez libras a Daffodil: cinco para ti y cinco para mí.

El niño nunca había presenciado una carrera. Sus ojos eran llamitas azules y su boca estaba tensa. Delante de él había un francés, que había apostado a Lancelot, subía y bajaba los brazos, efusivo, gritando con su acento particular: "¡Lancelot! ¡Lancelot!".

Daffodil llegó primero, Lancelot segundo, Mirza tercero. El niño, a pesar de su sonrojo y sus ojos encendidos, se mantuvo tranquilo. Su tío le trajo cinco billetes de cinco libras. El caballo había pagado a razón de cuatro a uno.

—¿Qué hago con ellos? —preguntó, sacudiéndolos frente a los ojos del muchacho.

—Creo que tendremos que hablar con Bassett aclaró el chico—. Si no hice mal las cuentas, ahora tengo mil quinientas libras; y veinte de reserva; y estas veinte.

Su tío lo observó unos instantes.

—¡Vamos, muchacho! —exclamó—. ¿En serio pretendes que Bassett deba tener tus mil quinientas libras?

—Sí, en serio. ¡Pero no se lo digas a nadie! ¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor, sí, amiguito! Aunque debo hablar con Bassett.

—Si quieres, tío, puedes sumarte a nuestra sociedad. Pero deberás prometer, bajo palabra de honor, que no dirás nada a nadie. Bassett y yo tenemos suerte, y tú también debes tenerla, recuerda que fue con tus diez chelines que yo empecé a ganar...

El tío Oscar se llevó a Bassett y a Paul a pasar la tarde en Richmond Park, y allí conversaron.

—Le diré cómo fue, señor —dijo Bassett—. A Paul le gustaba escucharme hablar de carreras, contarle anécdotas..., en fin, señor, usted sabe lo que son esas cosas. Y siempre quería saber con mucho interés si yo había ganado o perdido. Hará un año, me pidió que le apostara cinco chelines a Blush of Dawn. Y perdimos. Después, con esos diez chelines que usted le regaló, la suerte se puso de nuestro lado y la mayoría de las veces nos ha sido bastante buena. ¿Qué piensa usted, niño?

—Todo va muy bien cuando estamos seguros —dijo Paul—. Pero cuando no estamos del todo seguros, solemos perder.

—Sí, entonces ahí tomamos recaudos —dijo Bassett.

—¿Y cuándo están seguros? —preguntó, sonriendo, el tío Oscar.

—Es Paul, señor —dijo Bassett con voz secreta, religiosa—. Es como si recibiera una señal del cielo. Ya vio usted qué sucedió con Daffodil. Ése era ciento por ciento seguro.

—¿Tú apostaste a Daffodil? —preguntó Oscar Cresswell.

—Sí, señor. Hice mi ganancia.

—¿Y mi sobrino?

Bassett miró a Paul y guardó un silencio prudente.

—Gané mil doscientas libras, ¿verdad Bassett? Le dije a tío que había apostado trescientas a Daffodil.

—Eso es —afirmó Bassett.

—Pero ¿dónde está el dinero? —preguntó el tío.

—Lo tengo yo, señor, bien guardado. El niño puede pedírmelo cuando quiera.

—¿Mil quinientas libras?

—¡Mil quinientas veinte! Es decir, mil quinientas cuarenta, con las veinte que ganó en el hipódromo.

—¡Es increíble! —dijo el tío.

—Si el niño le ofrece entrar en la sociedad, señor, perdóneme, yo en su lugar aceptaría.

Oscar Cresswell reflexionó. —Quiero ver el dinero —dijo.

Los llevó a la casa. Al rato, Bassett regresaba al invernadero donde lo esperaba Oscar Cresswell, trayendo mil quinientas libras en billetes. Las veinte libras que faltaban las había dejado a Joe Glee, en la reserva de la comisión de carreras.

—Ya ves, tío—dijo el niño—, todo marcha perfecto cuando yo estoy seguro. Entonces apostamos fuerte, todo lo que tenemos. ¿No es así, Bassett?

—Así es, niño.

—¿Y cuándo estás seguro? —preguntó otra vez el tío, echándose a reír.

—Oh, bueno, a veces estoy completamente seguro, como en el caso de Daffodil —dijo el niño—. Otras veces tengo una corazonada; otras, ni siquiera eso, ¿no es así, Bassett? Entonces tomamos recaudos, porque en esos casos, la mayoría de las veces perdemos.

—¡Oh, entiendo! Y cuando estás seguro, como en el caso de Daffodil, ¿por qué estás tan seguro, hijo mío?

—Oh, bueno, no lo sé —respondió el niño, confundido—. Estoy seguro, tío, eso es todo.

—Es como si recibiera una señal divina, señor —reiteró Bassett.

—¿Será posible? erijo el tío.

El tío ingresó en la sociedad. Y cuando el premio Leger se acercaba, Paul se sintió "seguro" de que ganaría Lively Spark, caballo de muy pocos antecedentes. Paul insistió en jugarse con mil libras. Bassett le jugó quinientas y Oscar Cresswell otras doscientas. Lively Spark ganó y pagó a razón de diez a uno. Paul había ganado diez mil libras.

—Ya ves dijo—, yo estaba completamente seguro. Hasta tú mismo has ganado dos mil libras.

—Mira, muchacho —le dijo—, esta clase de cosas me perturban un poco.

—¿Por qué, tío? Quizá no volveré a estar "seguro" durante mucho tiempo.

—Pero ¿qué vas a hacer con el dinero?

—Empecé a jugar luego de escuchar a mamá —repuso el niño—. Ella dijo que no tenía suerte porque papá no la tenía, y pensé que si yo tenía suerte, quizá dejaría de murmurar.

—¿Quién dejaría de murmurar?

—¡Nuestra casa! Odio nuestra casa porque nunca deja de murmurar.

—¿Qué murmura?

—Bueno... pues —vaciló el chico—... en realidad, no estoy seguro, pero tú sabes, tío, que siempre falta dinero.

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Y sabes, tío, que mamá siempre tiene algo que pagar, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Y entonces la casa empieza a murmurar, y parece que hubiera alguien que se ríe de nosotros, a nuestras espaldas. ¡Es terrible! Y yo pensé que si tenía suerte...

—Podrías acabar con eso, ¿no es cierto? —concluyó el tío.

El niño lo miró con sus grandes ojos azules; parecía un fuego frío y extraño. Pero observó y no dijo nada.

—¡Bueno! —dijo el tío—. ¿Qué hacemos?

—No quiero que mi madre sepa que tengo suerte —dijo el chico.

—¿Por qué no?

—Porque no me lo permitiría. —Creo que te equivocas.

—¡Oh! —exclamó el chico, agitándose con movimientos raros—. No quiero que ella lo sepa, tío.

—¡Está bien, hijo! Arreglaremos todo para que ella no se entere.

Y así fue como lo arreglaron, sin complicaciones. Paul, por consejo de su tío, le entregó cinco mil libras; se las dio al abogado de la familia, quien debía decir a la madre de Paul que un pariente suyo le había entregado ese dinero, con la idea de pagarle mil libras anuales, el día de su cumpleaños, durante los próximos cinco años.

—De esa manera —dijo el tío Oscar—, durante los cinco años próximos, ella recibirá un regalo de cumpleaños de mil libras. Espero que eso le alivie la vida luego que deje de recibirlas.

La madre de Paul cumplía años en noviembre. En los últimos tiempos, la casa había estado "murmurando" más que nunca. A pesar de su buena suerte, Paul no podía hacerle frente. Estaba ansioso por ver qué resultados causaría, el día del cumpleaños de su madre, la carta con la noticia y con las mil libras.

Cuando no había visitas, Paul comía con sus padres. Ya se había independizado del cuidado de la institutriz. Su madre iba al centro casi todos los días. Había redescubierto su gran capacidad para dibujar telas y pieles, y trabajaba en secreto en el estudio de una amiga, que era una de las "artistas" más prestigiosas de las principales modistas. Dibujaba, para los anuncios periodísticos, figurines de damas cubiertas con pieles y sedas. Aquella joven artista ganaba millares de libras al año. La madre de Paul sólo pudo ganar unos centenares, por lo que volvió a sentirse insatisfecha. Tenía muchas ganas de sobresalir en alguna tarea, y no podía conseguirlo... ni siquiera dibujando anuncios de modas.

La mañana de su cumpleaños bajó a tomar el desayuno. Paul observaba su rostro cuando leía las cartas. Sabía cuál era la carta del abogado. Advirtió que, a medida que su madre la iba leyendo, su rostro se volvía duro e inexpresivo. Después, un gesto frío y firme deformó sus labios. Ubicó la carta debajo de las otras y no dijo nada.

—¿No recibiste nada satisfactorio para tu cumpleaños, mamá? —preguntó Paul.

—Sí, algo bastante agradable —respondió ella con su voz fría y ausente.

Y se fue al centro, sin agregar palabra.

A la tarde llegó el tío Oscar. Y contó que la madre de Paul había tenido una larga entrevista con su abogado, preguntándole si podía adelantarle todo el dinero de una vez, pues debía saldar algunas deudas.

—¿Tú qué piensas, tío? —dijo el chico. —Es cosa tuya, hijo.

—¡Oh, entonces dale el dinero! Con lo que resta, podemos ganar más.

—Mas vale pájaro en mano que ciento volando, amigo mío —dijo el tío Oscar.

—Oh, no hay dudas de que sabré quién ganará el Gran Premio Nacional; o el Lincolnshire, o el Derby. Alguno de ellos tengo que saber.

El tío Oscar firmó los papeles para el dinero y la madre de Paul cobró las cinco mil libras. Entonces ocurrió algo muy extraño. De un momento a otro, las voces de la casa parecieron enloquecer, como un griterío de ranas en una tarde de primavera. Se habían comprado algunos muebles, Paul tenía un preceptor particular, y el próximo otoño iría a Eton, el colegio donde había estudiado su padre. Aun en invierno, había flores en la casa. El lujo al que había estado acostumbrada la madre de Paul, parecía renacer en toda su casa. A pesar de eso, las voces de la casa, detrás de los ramilletes de mimosas y flores de almendro, y debajo de las pilas de almohadones celestes, parecían aullar y gritar en una especie de éxtasis: "¡Hace falta más dinero! ¡Oh! ¡Hace falta más dinero! ¡Ahora, a-ho-ra! ¡A-ho-ra hace falta más dinero! ¡Más que nunca! ¡Más que nunca!"

Aquello atemorizó y horrorizó a Paul, mientras intentaba estudiar latín y griego con sus preceptores. Pero sus horas más intensas las vivía con Bassett. Ya se había corrido el Nacional. Paul no estuvo "seguro" y perdió cien libras. Llegó el verano. Mientras aguardaba la competencia del Lincoln, la impaciencia lo consumía. En esta ocasión tampoco estuvo "seguro" y perdió cincuenta libras. Entonces se convirtió en un chico extraño, de ojos extraviados. Parecía que algo convulsionaba el interior del niño.

—¡No te preocupes más, hijo mío! —insistía su tío Oscar—. Olvídate de todo eso.

Pero el muchacho no le hizo caso.

—¡Tengo que saber para el Derby! ¡Tengo que saber para el Derby! —repetía, con sus ojos azules encendidos, dominado por la locura.

Su madre advirtió esa obsesión que lo acosaba.

—Será mejor que te llevemos a veranear a la playa. ¿No quieres ir al mar ahora, en vez de esperar? Me parece que te haría bien —dijo mirándolo con ansiedad, con el corazón consternado a causa del niño.

Pero el chico alzó sus nerviosos ojos azules.

—¡No puedo ir antes del Derby, mamá! —respondió—. ¡No puedo!

—¿Por qué no? —preguntó ella, enojada ante el rechazo de la propuesta—. ¿Por qué no? Nadie te negará ir a ver el Derby con tu tío Oscar, si eso es lo que quieres. No tienes necesidad de esperar aquí. Además, creo que estás muy interesado por esas carreras de caballos. Es un mal síntoma. Toda mi familia ha sido de jugadores. Cuando seas grande, tal vez entiendas los daños que eso nos ha causado. Lo cierto es que nos ha perjudicado. Tendré que despedir a Bassett y advertirle a tu tío Oscar que no te hable más de carreras, a menos que te conduzcas en forma más coherente. Ve a veranear a la playa y olvídate de todo eso. ¡Eres un cuerpo dominado por los nervios!

—Haré lo que tú quieras, mamá, siempre que no me hagas perder la competencia del Derby ni salir de esta casa.

—¿No salir de esta casa?

—Sí —dijo Paul, mirándola con firmeza.

—¡Pues estás muy extraño! ¿De dónde sacaste tanto cariño por esta casa? Jamás me imaginé que pudieras quererla.

Él miró a su madre, sin hablar. Ocultaba un secreto dentro de otro secreto, algo que no había confesado ni siquiera a Bassett ni a su tío Oscar.

Su madre, después de un momento, inerte, indecisa e irritada, dijo:

—¡Está bien! No vayas a la playa hasta que se corra el Derby, si eso es lo que quieres. Pero prométeme dominar tus nervios. ¡Prométeme no preocuparte tanto por las carreras de caballos ni por sus "programas", como tú los llamas!

—¡Claro que no! —dijo el chico, sin prestar atención—. No me interesaré más por eso, mamá. En tu lugar, yo no me preocuparía.

—¡Si tú estuvieras en mi lugar, y yo en el tuyo —dijo la madre—, vaya a saber cómo terminaría esto!

—Tú sabes que no debes preocuparte, mamá, ¿verdad? —repitió el niño.

—Me gustaría saberlo —respondió ella, ya cansada de tanto rogarle.

—Bueno, puedes saberlo, mamá. ¡Quiero decir, debes saber que no tienes nada por qué preocuparte!

—¿De verdad? Bueno, ya veremos.

El máximo secreto de Paul era su caballo de madera, que no tenía nombre. Desde que se independizó de institutrices, llevó el caballito a su dormitorio, en el piso de arriba.

—¡Eres demasiado grande para jugar con un caballito de madera! —le había reprochado su madre.

—Oh, mamá, hasta que pueda tener un caballo verdadero, me conformo con cualquiera —fue la extraña respuesta.

—¿Así te sientes acompañado? —preguntó la madre, echándose a reír.

—¡Oh, sí! Es muy bueno, siempre me acompaña.

Así fue como el caballo, bastante arruinado y maltratado, permaneció en el dormitorio del niño.

Se acercaba el Derby y Paul parecía cada vez más concentrado. Casi no prestaba atención a lo que le decían, tenía un aspecto muy frágil y sus ojos se mostraban muy nerviosos. Su madre experimentaba bruscas reacciones de desasosiego. A veces, por lapsos de media hora o más, sentía por él una ansiedad angustiante. Entonces la atacaba el impulso de correr hacia el chico, para comprobar que estaba sano y salvo.

Dos noches antes del Derby, estando en una gran fiesta en el centro, su corazón fue convulsionado por uno de esos ataques de ansiedad por su hijo, el primogénito, y fue tan intenso que apenas pudo hablar. Luchó con todas sus fuerzas contra ese sentimiento, porque era una mujer coherente. Pero fue inútil. Tuvo que abandonar el baile y bajó para telefonar a su casa. La institutriz de los niños se mostró terriblemente sorprendida y alarmada por aquel llamado a la madrugada.

—¿Los niños están bien, Miss Wilmot?

—Oh, sí, perfectamente.

—¿Y Paul? ¿Está bien?

—Se acostó enseguida. ¿Quiere que suba a echarle un vistazo?

—¡No! —interpuso la madre, a pesar de sus nervios—. No, no se moleste. Está bien. No se quede despierta. Volveremos enseguida.

No quería que la criada interrumpiese la intimidad de su hijo.

Era cerca de la una cuando los padres de Paul regresaron a la casa. Todo estaba en silencio. La madre subió a su cuarto y se quitó su blanco abrigo de pieles. Había ordenado a la criada que no la esperase. Oyó a su esposo en la planta baja, que se preparaba un whisky con soda.

Después, impulsada por la fatal ansiedad que sentía en el corazón, subió, a escondidas, al cuarto de su hijo. Se deslizó en silencio a lo largo del corredor. Creyó oír un ruido pequeño. ¿Qué era?

Permaneció junto a la puerta, escuchando, los músculos tensos. Se oía un ruido pequeño y extraño. Su corazón se paralizó. Era un rumor sordo, y a la vez impetuoso y fuerte. Como si algo enorme se moviera con una violencia secreta. ¿Qué era? ¿Qué era, en nombre de Dios? Ella debía saberlo. Tuvo la corazonada de que reconocía aquel ruido. Sabía lo que era.

Y sin embargo, no podía ubicarlo, y menos aún nombrarlo. El rumor continuaba a un ritmo delirante.

Suavemente, paralizada de miedo y ansiedad, giró el picaporte.

El cuarto estaba oscuro. Sin embargo, junto a la ventana, oyó y vio que algo se balanceaba de un lado a otro. Se quedó mirándolo, temerosa y extrañada.

De pronto, encendió la luz. Descubrió a su hijo, con su pijama verde, cabalgando alocadamente en su caballito de madera. La luz de pronto lo dejó al descubierto, mientras espoleaba a su corcel. Alumbró también a la mujer rubia inmóvil en la puerta, con su pálido vestido verde y plata.

—¡Paul! —exclamó angustiada—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Es Malabar! —gritaba el chico con voz fuerte y extraña—. ¡Es Malabar!

Sus ojos encendidos la observaron por unos segundos, extraño e irracional, mientras dejaba de espolear a su caballo de madera. Después cayó estrepitosamente al piso, y ella, atormentada como toda madre, corrió para socorrerlo. El niño estaba inconsciente. Y así permaneció hasta el día siguiente, atacado de fiebre cerebral. Hablaba y se agitaba. Su madre aún sentada a su lado, inmóvil, semejaba una piedra.

—¡Es Malabar! ¡Es Malabar! ¡Bassett, Bassett, ya sé: es Malabar! —gritaba el niño, tratando de levantarse para volver a espolear el caballo de madera, su fuente de inspiración.

¿Quién es Malabar? —preguntó la madre, azorada.

—No sé —dijo el padre, hecho una piedra.

—¿Quién es Malabar? —insistió ella, preguntándole a su hermano Oscar.

—Es uno de los caballos que corren el Derby —respondió.

A pesar de sí mismo, Oscar Cresswell habló con Bassett, y él mismo apostó un millar de libras a Malabar. Pagó a razón de catorce a uno. El tercer día de la enfermedad fue crítico. Se esperaba una reacción. El niño, con sus largos y ensortijados cabellos, se agitaba en forma nerviosa sobre la almohada. No dormía ni recobraba el conocimiento. Sus ojos eran como piedras azules. Y su madre, descorazonada, también acabó por convertirse en piedra. Durante la noche, Oscar no los visitó, pero Bassett mandó preguntar si podía subir un momento, sólo un momento. La intromisión molestó mucho a la madre de Paul; pero, pensándolo otra vez, consintió. El niño seguía igual. Quizá Bassett podría hacerle recobrar el conocimiento. El jardinero, un hombre bajo, de bigotito oscuro y ojos también oscuros, pequeños y penetrantes, entró sigilosamente en el cuarto, se llevó la mano a un imaginario sombrero a modo de saludo y después se encaminó a la cama, mirando fijamente con sus ojos brillantes al niño, agitado y moribundo.

—¡Paul! —susurró—. ¡Paul! Malabar entró primero, ganó de punta a punta. Hice lo que usted me dijo. Ha ganado más de setenta mil libras. Sí, ha ganado más de ochenta mil. Malabar llegó primero.

—¡Malabar! ¡Malabar! ¿Yo dije Malabar, mamá? ¿Dije Malabar? ¿Crees que tengo suerte? Sabía que Malabar ganaría, ¿verdad? ¡Más de ochenta mil libras! Eso es suerte, ¿no es así, mamá? ¡Más de ochenta mil libras! Yo sabía, ¿acaso no lo sabía? Ganó Malabar. Yo cabalgué en mi caballo hasta sentirme seguro, Bassett, yo sé lo que te digo: puedes apostar todo lo que tengas a mano. ¿Apostaste todo lo que tenías, Bassett?

—Jugué mil libras, Paul.

—¡Nunca te dije, mamá, que si puedo cabalgar en mi caballo, y llegar, entonces estoy seguro... oh, completamente seguro! Mamá, ¿te lo dije alguna vez? ¡Yo tengo suerte!

—No, nunca me lo dijiste —respondió la madre.

Pero el niño murió esa noche. Aún yacía en su cama cuando la madre escuchó la voz de su hermano, que decía:

—Dios mío, Hester, has ganado ochenta mil libras y has perdido a un hijo. Pobrecito, pobrecito, más le vale haberse ido de una vida donde debía montar en su caballito de madera para hallar un ganador.

Cosas

Things, 1928

Eran unos auténticos idealistas de Nueva Inglaterra. Pero de eso hacía mucho tiempo: antes de la guerra. Algunos años antes de la guerra, se conocieron y se casaron; él era un joven alto y de ojos intensos que procedía de Connecticut, y ella una muchacha de estatura mediana, recatada y con aspecto de puritana que había nacido en Massachusetts. Los dos tenían algo de dinero. No demasiado, sin embargo. Incluso juntando ambas cantidades no llegaba a tres mil dólares al año. Así y todo, eran libres. ¡Libres!

¡Ah! ¡La libertad! ¡Ser libre para vivir la propia vida! ¡Tener veinticinco y veintisiete años, un par de auténticos idealistas con un amor compartido por la belleza y una cierta inclinación hacia la «filosofía hindú» —lo que significaba, por desgracia, hacia la Sra. Besant— y unas rentas de algo menos de tres mil dólares al año! Pero, ¿qué es el dinero? Todo lo que uno desea es vivir una vida plena y hermosa. En Europa, por supuesto, en la fuente y origen de la tradición. Probablemente podría hacerse en Estados Unidos: en Nueva Inglaterra, por ejemplo. Pero renunciando a una cierta dosis de «belleza». La auténtica belleza requiere mucho tiempo para madurar. Lo barroco sólo es bello a medias, maduro a medias. No, el verdadero apogeo plateado, el auténtico ramo dorado y dulce de la belleza tenía sus raíces en el Renacimiento, no en ningún otro período más reciente y más vacío.

Por lo tanto los dos idealistas, que se casaron en New Haven, partieron de inmediato en dirección a París: el París de antaño. Tenían un estudio en el bulevar Montparnasse, y se convirtieron en auténticos parisinos, en el sentido más antiguo y encantador, no en el más moderno y vulgar. Era la iridiscencia de los impresionistas puros, de Monet y sus seguidores; el mundo visto en términos de pura luz, luz rota, luz intacta. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla las noches, el río, las mañanas en las antiguas calles junto a los puestos de flores y de libros, las tardes en Montmartre o en las Tullerías, los anocheceres en los bulevares!

Los dos pintaban, pero no desesperadamente. El arte no los había cogido por el cuello, y ellos no habían cogido al arte por el cuello. Pintaban; simplemente. Conocían gente: gente agradable, dentro de lo posible, aunque había de todo, y era necesario aceptarlo. Y eran felices.

Así y todo, parece como si los seres humanos tuvieran que aferrarse a algo. Para ser «libre», para «vivir una vida plena y hermosa», es necesario, desgraciadamente, apegarse a algo. Una vida «plena y hermosa» significa un apego fuerte a algo —al menos, es así para ciertos idealistas— o, si no, sobreviene un cierto aburrimiento; hay una cierta agitación de cabos sueltos en el aire, como los temblorosos, ansiosos brotes de las viñas que se extienden y rotan buscando algo a lo que aferrarse, algo por lo que trepar hacia el sol necesario. Al no encontrar nada, la viña sólo puede arrastrarse, a medias satisfecha, por el suelo. ¡Ésa es la libertad! Un aferrarse al vástago adecuado. Y los seres humanos son todos viñas. Pero especialmente los idealistas. Los idealistas son como viñas, y necesitan aferrarse y trepar. Y desprecian a los hombres que son como simples patatas, o nabos, o trozos de madera.

Nuestros idealistas eran extraordinariamente felices, pero siempre estaban buscando algo a lo que adherirse. Al principio, París les bastaba. Exploraron París de punta a cabo. Y aprendieron francés hasta que con siguieron hablarlo con tanta soltura que se sentían como auténticos franceses.

Y sin embargo, jamás se llega a hablar el francés con el alma. No es posible. Y aunque al principio hablar en francés con franceses inteligentes resulta muy excitante —porque parecen mucho más inteligentes que uno a la larga se vuelve frustrante. El infinitamente astuto materialismo de los franceses acaba por dejarlo a uno frío; le inspira una sensación de esterilidad, de incompatibilidad con la innata envidia de Nueva Inglaterra. Así lo sentían nuestros idealistas.

Abandonaron Francia, pero sin violencia. Francia los había decepcionado.

—Nos ha encantado, y nos ha dado muchas cosas. Pero después de un tiempo, de un tiempo considerable, en realidad de varios años, París lo deja a uno hasta cierto punto desencantado. No tiene exactamente lo que uno busca.

—Pero París no es Francia.

—No, tal vez no. Francia es muy distinta de París. Y Francia es preciosa, realmente preciosa. Pero a nosotros, aunque nos encanta, no nos dice demasiado.

De modo que, cuando llegó la guerra, los idealistas se trasladaron a Italia. E Italia les encantó. La encontraron bellísima, y más conmovedora que Francia. Les parecía mucho más cercana al concepto que en Nueva Inglaterra se tenía de la belleza: había en ella algo puro y lleno de simpatía, sin el materialismo y el cinismo de los franceses. A los dos idealistas les pareció que en Italia respiraban el aire de su propia tierra.

Y en Italia, mucho más que en París, sintieron que podían extasiarse ante las enseñanzas de Buda. Ingresaron en la creciente marea de moderna emoción budista, y leyeron libros, y practicaron la meditación, y se dedicaron deliberadamente a eliminar de sus almas la avaricia, el dolor y la aflicción. No se habían dado cuenta, todavía, de que la ansiedad misma de Buda por librarse del dolor y la aflicción es en sí una forma de avaricia. No: soñaban con un mundo perfecto, del que toda avaricia, y casi todo el dolor, y una gran parte de la aflicción, hubieran sido eliminados.

Pero Norteamérica entró en guerra, y ambos idealistas tuvieron que colaborar. Trabajaban en los hospitales. Y a pesar de que sus experiencias les hicieron darse cuenta, más que nunca, de que la avaricia, el dolor y la aflicción deberían ser eliminados del mundo, ni el budismo ni la teosofía emergían demasiado triunfantes de la larga crisis. De alguna manera, en algún lugar, en alguna parte de sí mismos, sentían que la avaricia, el dolor y la aflicción jamás serían eliminados, porque a la mayor parte de la gente no le importa eliminarlos o no, y jamás le importará. Nuestros idealistas eran demasiado occidentales para dejar al mundo librado a su condena mientras ellos dos se salvaban por su cuenta. Eran demasiado generosos como para sentarse debajo de un árbol y alcanzar el Nirvana por sí solos.

Y sin embargo había algo más que eso. Sencillamente, no poseían el suficiente Seitzfleish como para sentarse debajo de un árbol y alcanzar el Nirvana contemplando lo que fuese, y menos aún su propio ombligo. Si no podía salvarse el mundo entero, ellos, personalmente, no estaban demasiado interesados en salvarse por su cuenta. No, se habrían sentido demasiado solos. Eran de Nueva Inglaterra, así que tenía que ser o todo o nada. O la avaricia, el dolor y la aflicción se eliminaban del mundo en su

totalidad, o, de lo contrario, ¿de qué servía eliminarlos de uno mismo? ¡De nada! Uno no sería más que una víctima.

De modo que, para volver a nuestra metáfora, aunque les seguía encantando la «filosofía hindú», y sentían una gran ternura hacia ella, el vástago por el cual las verdes y ansiosas viñas habían trepado hasta ahora había demostrado estar seco. Se quebró, y las viñas volvieron a descender lentamente al suelo. No es que se estrellaran después de un gran crujido. Su propio follaje las sostuvo durante un tiempo. Pero cedieron. El tallo de la «filosofía hindú» había cedido antes de que Jack y Jill hubieran llegado a su cima para ingresar en un mundo nuevo.

Los dos descendieron con un lento susurro nuevamente a la tierra. Pero no dijeron nada. Una vez más se sintieron «desencantados», pero jamás lo admitieron. La «filosofía hindú» los había decepcionado. Pero jamás se quejaron. No dijeron una sola palabra, ni siquiera el uno al otro. Estaban decepcionados, ligera pero profundamente desilusionados, y ambos lo sabían. Pero esta conciencia era tácita.

Y aún tenían muchas cosas en su vida. Seguían teniendo a Italia... la querida Italia. Seguían disfrutando de su libertad, ese tesoro invaluable. Y aún poseían mucha «belleza». En cuanto a la plenitud de sus vidas, no estaban tan seguros. Tenían un hijo pequeño, a quien querían como los padres deben querer a sus hijos, pero al que sabiamente se abstendrían de aferrarse, evitando construir la vida a su alrededor. ¡No, no, ellos debían vivir sus propias vidas! Aún seguían empeñados en conservar este propósito.

Pero ya no eran tan jóvenes. Sus veinticinco y veintisiete años se habían convertido en treinta y cinco y treinta y siete. Y aunque en Europa lo habían pasado maravillosamente bien, y a pesar de que aún les encantaba Italia —¡la querida Italia!—, así y todo, estaban defraudados. Habían sacado mucho provecho de ello, ¡muchísimo! Sin embargo, no les había dado exactamente, no exactamente, aquello que esperaban. Europa era preciosa, pero estaba muerta. Viviendo en Europa se vivía del pasado. Y los europeos, con todo su encanto superficial, no eran realmente encantadores. Eran materialistas, no tenían un alma auténtica. Sencillamente no entendían el impulso interior del espíritu, porque el impulso interior estaba muerto en ellos; todos eran sobrevivientes. Ésa, ésa era la verdad acerca de los europeos: eran sobrevivientes, y nada les urgía a ir hacia adelante.

Otro vástago, otra férula se derrumbaba bajo la verde vida de la viña. Y esta vez se les hizo muy duro. Porque la verde viña había estado trepando en silencio por el viejo árbol de Europa durante más de diez años, diez años tremendamente importantes, años en los que vivieron de verdad. Los dos idealistas habían vivido en Europa, habían vivido de Europa y de la vida y las cosas europeas como viñas en un viñedo eterno.

Allí habían construido su hogar: un hogar como jamás habrían podido tener en Norteamérica. Su contraseña había sido la «belleza». Habían alquilado, los últimos cuatro años, el segundo piso de un antiguo palazzo sobre el Arno, y allí tenían todas sus «cosas». Y obtenían una profunda, profunda satisfacción de su apartamento: las habitaciones de altos techos, antiguas y silenciosas, con sus ventanas que daban sobre el río, sus puertas lacadas de rojo oscuro y los hermosos muebles que los idealistas habían «comprado por nada».

Sí: sin que ellos se dieran cuenta, la vida de los idealistas había estado siempre fluyendo en sentido horizontal con una tremenda rapidez. Se habían convertido en tensos, terribles cazadores de «cosas» para su casa. Mientras sus almas trepaban hacia el sol de la antigua cultura europea o la filosofía hindú, sus pasiones fluían horizontalmente, aferrándose a las «cosas». Evidentemente, no compraban esas cosas sólo por comprarlas, sino en nombre de la «belleza». Consideraban su casa como un lugar enteramente amueblado por la hermosura, y en absoluto por «cosas». Valerie tenía unas preciosas cortinas en las ventanas del largo salotto que daba al río: cortinas de un raro y antiguo tejido que parecía una seda muy fina, bellamente desteñidas del bermellón y el naranja, el oro y el negro, hasta alcanzar un tono de mero y suave fulgor. Rara era la vez en que Valerie entraba en el salotto sin caer mentalmente de rodillas ante aquellas cortinas. «¡Chartres!», decía. «Para mí son Chartres.» Y Melville jamás se volvía a contemplar su librería veneciana del siglo XVI, con sus dos o tres docenas de libros escogidos, sin sentir que el tuétano se le removía en los huesos. ¡El santo de los santos!

El niño, silenciosamente, de un modo casi siniestro, evitaba cualquier brusco contacto con los antiguos monumentos que eran aquellos muebles, como si fueran nidos de cobras durmientes, o aquella «cosa» cuyo mero contacto era mortal, el Arca de la Alianza. Su respeto infantil era silencioso y frío, pero total.

Así y todo, dos idealistas de Nueva Inglaterra no pueden vivir solamente de las pasadas glorias de su mobiliario. Al menos, estos dos no podían. Se acostumbraron al maravilloso armario de Bolonia, a la magnífica librería veneciana, a los libros, a las cortinas de Siena, a los bronce, a los hermosos sillones, sofás y mesillas que habían «comprado por nada» en París. Porque habían estado comprando cosas por nada desde el primer día que llegaron a Europa. Y aún seguían haciéndolo. Es el último interés que Europa puede ofrecerle a un extranjero. Y también a un nativo.

Cuando tenían invitados, y éstos se extasiaban ante la decoración de los Melville, Valerie y Erasmus sentían que no habían vivido en vano: que aún seguían vivos. Pero en las largas mañanas, cuando Erasmus repasaba indolentemente la literatura florentina del Renacimiento, y Valerie se ocupaba del apartamento, y en las largas horas después del almuerzo, y en las tardes interminables, generalmente frías y opresivas, en el antiguo palazzo, el halo que circundaba los muebles parecía desfallecer, y las cosas se convertían en cosas, fragmentos de materia que se posaban aquí, o colgaban allá, ad infinitum, y que no decían nada. Y Valerie y Erasmus casi las odiaban. El brillo de la belleza, como todos los brillos, muere a menos que se lo alimente. Los idealistas seguían amando sus cosas. Pero ya las tenían. Y el triste hecho es que las cosas que brillan vívidamente cuando se las adquiere se enfrían al cabo de uno o dos años. A menos, claro, que los demás las envidien sobremanera, o que los museos estén deseando adquirirlas. Y las «cosas» de los Melville, aunque eran muy buenas, no eran tan buenas como para eso.

De modo que el brillo se fue evaporando gradualmente de todo: de Europa, de Italia —«los italianos son adorables»—, incluso del maravilloso apartamento sobre el Arno.

«¡Cómo, si yo tuviera este apartamento jamás, jamás querría poner un pie en la calle! Es demasiado hermoso; es perfecto.» Y oír frases como ésta ya era algo.

No obstante, Valerie y Erasmus salían a la calle: incluso lo hacían para huir del pétreo, pesado silencio y la muerta dignidad de su antiguo apartamento, con aquellos suelos helados.

—Estamos viviendo en el pasado, ¿sabes, Dick? —le decía Valerie a su marido. Lo llamaba Dick.

Seguían aferrándose, penosamente. Se resistían a renunciar. No querían admitir que estaban acabados. Durante doce años habían sido personas «libres» que vivían una vida «plena y hermosa». Y durante doce años Norteamérica había sido su anatema, la Sodoma y Gomorra del materialismo industrial.

No es fácil reconocer que uno está «acabado». Detestaban tener que admitir que querían regresar. Pero al fin, de mala gana, decidieron partir, «por el niño».

—Nos horroriza tener que dejar Europa. Pero Peter es norteamericano, y será mejor que vea su país mientras aún es joven. —Los Melville tenían un acento y unos modales totalmente ingleses, o casi, con algunos modismos franceses o italianos.

Dejaron atrás Europa, pero se llevaron de ella todo lo que pudieron. Varios camiones, de hecho. Todas aquellas «cosas» tan bellas e irremplazables. Y todo ello llegó a Nueva York: los idealistas, el niño, y el enorme trozo de Europa que se habían traído consigo.

Valerie había soñado con un agradable apartamento, tal vez en Riverside Drive, donde los alquileres no eran tan caros como al este de la Quinta Avenida, y donde todas sus hermosas pertenencias encontrarán un marco adecuado. Ella y Erasmus buscaron donde vivir. Pero, desgraciadamente, sus rentas estaban bastante por debajo de los tres mil dólares al año. Encontraron... bueno, todo el mundo sabe lo que encontraron. Dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, ¡y que no se nos ocurra desembalar ni un alfiler!

El trozo de Europa que se habían llevado consigo fue a parar a un guardamuebles, que les costaba cincuenta dólares al mes. Y tuvieron que conformarse con dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, preguntándose por qué lo habían hecho.

Estaba claro que Erasmus tendría que conseguir un empleo. Estaba escrito en la pared, por así decirlo, pero ambos fingían no verlo. Porque ésta era la extraña, vaga amenaza que la estatua de la Libertad siempre había esgrimido ante ellos: «¡Tendrás que trabajar!» Erasmus cumplía los requisitos, como suele decirse. Una actividad docente siempre le resultaría posible. Había pasado sus exámenes en Yale con notas brillantes, y había seguido con sus «investigaciones» durante su estancia en Europa.

Pero esto, a él y a Valerie, les producía escalofríos. ¡Una actividad docente! ¡El mundo de la docencia! ¡El mundo de la docencia norteamericana! ¡Un escalofrío tras otro! ¿Renunciar a su libertad, a su vida plena y hermosa? ¡Jamás! ¡Jamás! Erasmus estaba a punto de cumplir cuarenta años.

Las «cosas» siguieron en el guardamuebles. Valerie iba a mirarlas. Le costaba un dólar la hora, y terribles remordimientos. A las «cosas», pobrecitas, se las veía ligeramente gastadas, desgraciadas en el guardamuebles.

De todas maneras, Nueva York no era Norteamérica. Estaba el Oeste, grande e incontaminado. De modo que los Melville se fueron al Oeste, con Peter, pero sin las cosas. Intentaron vivir una vida sencilla, en las montañas. Pero encargarse de las tareas cotidianas se convirtió casi en una pesadilla.

Las «cosas» están muy bien siempre que sólo haya que mirarlas, pero manejarlas es terrible, incluso cuando son bellas. ¡Y ser esclavos de cosas horribles, mantener una cocina de carbón encendida, preparar comidas, fregar platos, transportar agua y barrer suelos: el puro horror de la pura antividia!

En su cabaña de las montañas Valerie soñaba con Florencia, con el apartamento perdido, con su armario de Bolonia y sus sillas Luis XV; soñaba, sobre todo, con sus cortinas «de Chartres», almacenado todo en Nueva York por cincuenta dólares al mes.

Un amigo millonario acudió en su rescate ofreciéndoles una casita en la costa de California. ¡California! ¡Donde el alma nueva ha de nacer en el hombre! Ilusionados, los idealistas se trasladaron un poco más hacia el Oeste, aferrándose a los nuevos vástagos de la esperanza.

Pero encontraron que éstos eran briznas de paja. La casita del millonario estaba perfectamente equipada. Ahorraba a sus habitantes tanto trabajo como era posible: los fogones y la calefacción eran eléctricos, la cocina estaba toda esmaltada de un blanco perlado: no había nada que produjera suciedad salvo los seres humanos mismos. En algo más de una hora los idealistas habían terminado con sus tareas domésticas. Eran «libres»... libres para escuchar el gran océano Pacífico estrellándose contra la costa, y sentir cómo un alma nueva iba llenando sus cuerpos.

Pero, desgraciadamente, el Pacífico se estrellaba contra la costa con una brutalidad terrible, ¡la fuerza bruta misma! Y la nueva alma, en vez de introducirse dulcemente en sus cuerpos, sencillamente parecía estar royéndoles la antigua alma hasta hacerla trizas. Sentir que estás bajo el puño de la más ciega y aniquiladora de las fuerzas brutas; sentir que te están royendo el alma, tu propia y querida alma de idealista, para dejarte en su lugar sólo una tremenda irritación... pues bien, esto acaba por resultar intolerable.

Después de unos nueve meses, los idealistas abandonaron el Oeste californiano. Había sido una magnífica experiencia, y se alegraban de haberla tenido. Pero, a la larga, el Oeste no era lugar para ellos, y lo sabían. No; que los que quisieran almas nuevas las obtuviesen. A ellos, a Valerie y Erasmus, les gustaría desarrollar un poco más sus almas de siempre. De todas maneras, no habían experimentado influjo alguno de un alma nueva en la costa californiana. Todo lo contrario.

De modo que, con su capital ligeramente reducido, regresaron a Massachusetts para visitar a los padres de Valerie, llevando consigo al niño. Los abuelos recibieron al pequeño con alegría —¡pobre criatura expatriada!— pero estuvieron algo fríos con Valerie, y muy fríos con Erasmus. Un día, la madre de Valerie le dijo rotundamente a su hija que Erasmus debía buscar un empleo para que ésta pudiese vivir con dignidad. Valerie, con arrogancia, le recordó a su madre el hermoso apartamento sobre el Arno, las magníficas «cosas» almacenadas en Nueva York y la vida «plena y maravillosa» que ella y Erasmus habían vivido. La madre de Valerie dijo que a ella no le parecía que la vida de su hija fuese tan plena y maravillosa en la actualidad: sin hogar, con un marido desempleado a los cuarenta años, un hijo por educar y unos fondos cada vez más escasos; en su opinión, le dijo a Valerie su madre, la vida de su hija era todo lo contrario de maravillosa. Que Erasmus se buscara un puesto en alguna universidad.

—¿Qué puesto? ¿En qué universidad? —la interrumpió Valerie.

—Eso podríamos encontrarlo, teniendo en cuenta las amistades de tu padre y las calificaciones de Erasmus —replicó la madre de Valerie—. Y podrías retirar todos tus valiosos objetos del guardamuebles

y tener una casa bonita de verdad, que cualquiera estaría orgulloso de visitar. Tal como están ahora las cosas, esos muebles están consumiendo vuestras rentas y vivís como ratas en un agujero, sin ningún sitio adonde ir.

Esto era muy cierto. Valerie estaba empezando a soñar con una casa propia, en la que sus «cosas» tuviesen cabida. Es verdad que habría podido vender sus muebles por una suma sustanciosa. Pero jamás se le habría ocurrido hacerlo. Aunque todo lo demás pasara —la religión, la cultura, los continentes, las esperanzas—, Valerie jamás se separaría de sus «cosas», las que ella y Erasmus habían ido reuniendo con tanta pasión. A ellas había sido clavada.

Pero ella y Erasmus aún se resistían a renunciar a su libertad, a esa vida plena y hermosa en la que tanto habían creído. Erasmus maldecía Norteamérica. Él no quería ganarse la vida. Añoraba Europa.

Dejando al niño al cuidado de sus abuelos, los dos idealistas partieron una vez más hacia el Viejo Continente. En Nueva York abonaron dos dólares y contemplaron sus «cosas» durante una hora breve y amarga. Viajaron con «tarifa de estudiantes»... es decir, en tercera. Sus rentas anuales, en vez de ser de más de tres mil dólares, eran ahora de menos de dos mil. Y se encaminaron directamente a París, porque era barato.

Esta vez Europa les resultó un auténtico fracaso.

—Hemos vuelto como perros a su propio vómito —decía Erasmus—, sólo que entretanto el vómito se ha puesto rancio.

Descubrió que no podía soportar Europa. Le irritaba indeciblemente. Y también aborrecía Norteamérica. Pero al menos Norteamérica era mejor que este miserable y envilecido continente, que, por otra parte, había dejado de ser barato.

Valerie, con el corazón puesto en sus «cosas» —estaba deseando retirarlas de aquel guardamuebles, donde ya llevaban tres años, habiendo consumido dos mil dólares—, le escribió a su madre diciéndole que creía que Erasmus regresaría si pudiera obtener un empleo adecuado en Norteamérica. Erasmus, en un estado de frustración que rozaba la furia o la locura, se limitaba a recorrer Italia como alguien que está en la indigencia, con los puños de la chaqueta raídos y odiándolo todo intensamente. Y cuando se le encontró un puesto en la Universidad de Cleveland para enseñar literatura francesa, italiana y española, sus ojos se entrecerraron aún más y su largo y extraño rostro se volvió más agudo y ratonil a causa de la ira reprimida. Tenía cuarenta años, y el empleo se le venía encima.

—Creo que será mejor que aceptes, querido. Europa ya no te gusta. Como tú dices, está acabada para siempre. Nos ofrecen una casa en el campus de la universidad y mi madre dice que en ella caben todas nuestras cosas. Opino que deberíamos enviar un telegrama diciendo que aceptamos.

Él la miró fijamente, como una rata acorralada. Uno casi esperaba ver los bigotes de rata temblando a ambos lados de su afilada nariz.

—¿Envío el telegrama? —le preguntó ella.

—¡Envíalo! —profirió él.

Y ella salió a enviarlo.

Él se volvió un hombre distinto, más callado, mucho menos irritable. Le habían quitado un peso de encima. Estaba dentro de la jaula.

Pero cuando vio los altos hornos de Cleveland, inmensos como los árboles de la Selva Negra, con sus cascadas rojas e incandescentes de metal en ebullición, y los diminutos gnomos que eran los obreros, y cuando oyó los ruidos terribles, gigantescos, le dijo a Valerie:

—Di lo que quieras, Valerie, pero esto es lo más grande que puede mostrarnos el mundo moderno.

Y cuando estuvieron en su moderna casita del campus de la Universidad de Cleveland, y aquellos tristes restos de Europa —el armario de Bolonia, las estanterías venecianas, la silla obispa de Rávena, las mesillas Luis XV, las cortinas «de Chartres», las lámparas de bronce de Siena— fueron puestos en su sitio, y todo parecía completamente fuera de lugar, y por ello impresionaba a los visitantes, y cuando los idealistas habían recibido a un montón de gente que se había quedado admirada, y Erasmus había hecho gala de sus mejores modales europeos, aunque así y todo conservando su cordial talante de norteamericano, y Valerie se había comportado como una buena anfitriona —porque después de todo, «preferimos Norteamérica»—, entonces Erasmus dijo, mirando a su mujer con sus peculiares y agudos ojos de rata:

—Europa es la mayonesa, sí, pero es Norteamérica la que pone la langosta. ¿O no?

—¡Sin duda! —dijo ella con satisfacción.

Y él la miró fijamente. Estaba en la jaula, pero dentro se sentía a salvo. Y resultaba evidente que Valerie era, por fin, ella misma. Se había hecho con el botín. Y sin embargo Erasmus, alrededor de la nariz, tenía un aire extraño, malévolo, escolástico, de puro escepticismo. Pero le gustaba la langosta.

Una vez

Once, 1930

Era una mañana hermosísima. Sobre el río se cernían blancos paquetes de neblina, como si un enorme tren hubiera partido dejando una estela de ocioso vapor que bajaba por el valle. Las montañas eran de un azul grisáceo apenas esbozado con un pálido brillo de nieve en lo alto, bajo el sol. Parecían muy distantes, como si me vigilaran, perplejas. Mientras me bañaba bajo las saetas de luz solar que penetraban por la ventana abierta de par en par, dejando que el agua se deslizara raudamente por mis flancos, mi pensamiento se perdía en la brumosa mañana, tan dulce, lejana y quieta, y apenas si atiné a secarme. Y en cuanto me hube puesto una bata, de nuevo me estiré ociosamente sobre el lecho, contemplando la mañana que todavía conservaba el verdor de la madrugada, y pensando en Anita.

Yo la había amado cuando era apenas un muchacho. Era hija de un aristócrata, pero carecía de riquezas. Yo pertenecía a la simple clase media. Era demasiado novato y falto de pretensiones como para pensar en cortejarla. Y en cuanto volvió a su casa al concluir la escuela, se casó con un oficial. Un hombre bastante buen mozo, un poco a la manera del Kaiser, pero zopenco como un burro. Y Anita tenía solo dieciocho años. Cuando por fin me aceptó como amante, me lo contó todo.

—La noche que me casé —dijo—, desde la cama me pasé contando las flores del empapelado, cuántas había en cada hilera: tanto me aburría él.

Era de buena familia, y muy buena reputación en el ejército, por su aplicación. Poseía la tenacidad de un *bulldog*, y cabalgaba como un centauro. Parecen buenas cualidades a la distancia, pero tener que convivir con ellas resulta mortalmente aburrido, dice Anita.

Tuvo su primer hijo justo antes de cumplir los veinte años; el segundo, dos años después. No hubo más hijos. El marido era bastante bruto. La descuidaba, aunque no en forma que causara indignación: se contentaba con tratarla cual si fuese un animalito delicado. Para completar las cosas, se arruinó totalmente por deudas de juego y otras varias, y finalmente cayó en la deshonra total cuando usó dinero del Gobierno y fue descubierto.

—Encontraste un cabello en tu sopa —le dije a Anita en una carta.

—Más que un cabello, una trenza entera —fue la respuesta.

A partir de entonces, comenzó a tener amantes. Era una criatura joven y espléndida, y no iba a quedarse sentada en su elegante piso de Berlín, juntando mohos. Su marido era oficial en un regimiento de primera. Anita tenía un aspecto soberbio, y él se enorgullecía de presentársela a sus amigos. Por añadidura, ella tenía sus propios parientes en Berlín, aristocráticos amén de ricos, que se movían en los más elevados círculos sociales. Así que ella comenzó a tener amantes.

Anita muestra bien su crianza: erguida, bastante altanera con aire de desdén no exento de buen humor. Es alta y fuerte, la arrogancia asoma en sus ojos pardos, y su tez aterciopelada tiene un color cálido, moreno, que hace juego con su cabello negro.

Por fin llegó a quererme un poquito. Su alma es inmaculada casi como el alma de una virgen. Creo que lo que la corroe, tal vez, es el hecho de que nunca amó realmente a nadie, nunca sintió verdadero respeto —*Ehrfurcht*— por un hombre. Y ha estado aquí conmigo, en el Tirol, durante estos últimos diez días. Yo la amo, y me siento descontento conmigo mismo. Quizá yo tampoco puedo satisfacer sus expectativas.

—¿Nunca amaste a los hombres que has tenido? — le pregunté.

—Los amé; pero me los puse a todos en el bolsillo —declaró como ligeramente decepcionada dentro de su buen humor. Ante mi mirada seria se encogió de hombros.

Me quedé recostado preguntándome si a mí también me pondría en el bolsillo, junto con su monedero, su perfume y los caramelitos que tanto amaba. Casi habría sido delicioso. Una suerte de voluptuosidad me instaba a dejar que me tuviera, que me pusiera en su bolsillo. Habría sido tan agradable... Pero yo la amaba; no habría sido justo para ella. Yo quería hacer algo más que brindarle placer.

En medio de mis cavilaciones, la puerta se abrió de pronto y Anita entró en mi dormitorio. Alarmado, reí en mi fuero más íntimo, y sentí que la adoraba. ¡Era tan natural! Vestía una *chemise* de encaje transparente que se le deslizaba por un hombro, y botas altas, sobre una de las cuales le caía la media color bramante. Y llevaba un enorme sombrero negro, festoneado de blanco, con una tremenda pluma de un tono marrón cremoso que caía como una estela de espuma pardusca, sacudiéndose ligeramente. Era un sombrero inmenso para cubrir su desvergüenza, y la pluma grande y suave pareció derramarse y caer en un borbotón repentino cuando ella echó hacia atrás la cabeza.

Me miró, y luego fue directamente al espejo.

—¿Te gusta mi sombrero? —preguntó.

Se paró frente al panel del espejo, consciente tan solo de su sombrero, cuyos grandes filamentos plumíferos parecían agitarse con la marea. Su hombro desnudo relucía, y a través de la fina urdimbre de su *chemise* pude ver todo su cuerpo en cálida silueta, con reflejos dorados sobre los senos y brazos. La luz recorría plateada sus brazos levantados, y la dorada sombra se movió al arreglarse el sombrero.

—¿Te gusta mi sombrero? —repitió.

Entonces, como no respondí, se dio vuelta para mirarme. Yo yacía aún en el lecho. Debe haber visto que la miraba a ella, y no al sombrero, porque sus ojos se nublaron fugazmente, aunque su ceño desapareció al instante, cuando me preguntó en tono ligeramente duro:

—¿No te gusta?

—Es bastante majestuoso —respondí—. ¿De dónde viene?

—De Berlín, esta mañana... o anoche —replicó.

—¿No es un poco grande? —aventuré.

Se irguió.

—¡Por cierto que no! —dijo, volviéndose hacia el espejo.

Me levanté, dejé caer mi bata de noche, me puse una galera muy correctamente en la cabeza y, todo desnudo salvo por el sombrero y un par de guantes, me acerqué a ella.

—¿Te gusta mi sombrero? —le pregunté.

Ella me miró y tuvo un ataque de risa. Dejó caer su sombrero en una silla y se hundió en el lecho, sacudida por las carcajadas. De tanto en tanto levantaba la cabeza, me lanzaba una mirada con sus ojos oscuros, y volvía a enterrar su rostro entre las almohadas. Me quedé parado frente a ella con el sombrero puesto sintiéndome algo tonto. Ella volvió a espiarme,

—¡Estás encantador, estás encantador! —exclamó.

Con un movimiento grave y digno me apresté a quitarme el sombrero, diciendo:

—Y aun así, me faltan botas acordonadas hasta arriba y una media.

Pero ella se lanzó sobre mí, mantuvo el sombrero en mi cabeza y me besó.

—No te lo saques —imploró—. Así te amo.

Me senté en el lecho con aire grave y sin ninguna turbación.

—¿Pero no te gusta mi sombrero? —dije en tono ofendido—. Lo compré en Londres el mes pasado.

Ella me miró muy risueña, y volvieron a repiquetear sus carcajadas.

—¿Piensas qué pasaría —exclamó— si todos los ingleses de Piccadilly anduvieran así?

Hasta a mí me causó gracia la idea.

Finalmente le aseguré que su sombrero era adorable, y, para mi gran alivio, pude sacarme la galera y ponerme la bata.

—¡Qué ganas de cubrirte! —dijo en tono de reproche—. Pensar que te ves tan bien sin nada encima... como no sea un sombrero.

—Es la vieja Manzana que no puedo digerir —repliqué—.

Se la veía muy feliz con su camisola y sus botas altas. Recostado, me quedé contemplando sus hermosas piernas.

—¿A cuántos hombres les has hecho esto? —pregunté.

—¿Qué cosa? —inquirió.

—Entrar a sus dormitorios envuelta en un jirón de bruma, probándote un sombrero nuevo...

Ella se inclinó a besarme.

—No muchos —repuso—. Con anterioridad nunca traté a nadie *tan* familiarmente, creo.

—Supongo que te habrás olvidado —dije—. Bueno, no importa.

Tal vez el dejo de amargura que había en mi voz la tocó. Casi indignada, dijo:

—¿Crees que quiero halagarte haciéndote creer que eres el primero que yo realmente... realmente...?

—No lo sé —repuse—. Ni tú ni yo nos engañamos tan fácilmente.

Me miró fijamente, con expresión rara.

—Tengo perfecta conciencia de que soy algo temporario —declaré—, y de que ni siquiera he de durar tanto como la mayoría de ellos.

—¿Tienes lástima de ti mismo? —se burló.

Me encogí de hombros, mirándola a los ojos. Me causaba una gran agonía, pero no cedí.

—No voy a suicidarme —repliqué.

—*On est mort pour si longtemps* —dijo, e imprevisiblemente se puso a bailar sobre el lecho. Yo la adoraba. Tenía el coraje de vivir, casi gozosamente.

—Cuando recuerdas tus aventuras —dije—, que son numerosas, aunque solo tienes treinta y un años...

—Numerosas, no: solo algunas; y cómo remarcas lo de treinta y uno... —dijo riendo.

—Pero ¿cómo te sientes, cuando piensas en todos ellos? —pregunté.

Fruunció el entrecejo en forma extraña, y una sombra cruzó por su rostro, más de desconcierto que de otra cosa.

—En todos ellos hay algo de bueno —respondió—. En realidad los hombres son fantásticos —agregó suspirando.

—Lástima que sean todos ediciones de bolsillo... —me mofé.

Ella rió, y comenzó a tirar del lazo de seda de su camisón de encaje, pensativamente. Sus hombros redondeados brillaban como marfil antiguo, a la altura de la axila noté una leve mancha pardusca.

—No —dijo levantando la cabeza de improviso y mirándome tranquilamente a los ojos—, no tengo nada de qué avergonzarme... es decir... —vaciló—, ¡no tengo nada de qué avergonzarme!

—Te creo —dije. Y pienso que no habrás hecho nada que ni siquiera yo podría aceptar... ¿No es cierto?

Yo mismo advertí el tono lastimero de mi pregunta. Ella me miró, encogiéndose de hombros.

—Sé que no lo hiciste —la sermoneé—. Todas tus aventuras han sido, en realidad, bastante decentes. Significaron más para los hombres que para ti misma.

La sombra de sus senos, firmemente redondeados, resplandeció cálidamente a través del lienzo que los velaba. Se había puesto a pensar.

—¿Te cuento... algo que hice? —preguntó.

—Si quieres —contesté—. Pero deja que te alcance algo con qué cubrirte.

La besé en el hombro. Tenía la suave y deliciosa frialdad del mármol.

—No... bueno, sí —replicó.

Le traje una prenda china de seda negra con magníficos dragones bordados, que se retorcían sobre la tela con verdes llamaradas.

—Qué blanca es tu piel contra el negro de la seda —dije, besando el semicírculo de su pecho a través de la tela.

—Échate ahí —me ordenó. Se sentó en el medio de la cama, y yo permanecí mirándola. Tomó entre sus dedos la borla de seda negra de mi bata y se puso a aplastarla como si fuera una margarita.

—¡Gretchen! —dije.

—“Margarita con un solo pétalo” —contestó en francés, riendo—. Siento vergüenza de lo que voy a contarte, así que debes ser gentil conmigo...

—Toma un cigarrillo —le convidé—

Ella exhaló humo pensativamente durante unos instantes.

—Tienes que oírlo —dijo.

—¡Empieza ya!

—Yo paraba en Dresden, en un hotel de lujo, lo cual me gusta bastante: me la paso tocando timbres, cambiándome de ropa tres veces al día, sintiéndome mitad gran dama, mitad *cocotte*. No te enojés por lo que te digo: ¡mírame! Él estaba en una guarnición no muy lejos. De haber podido, me habría casado con él...

Se encogió de hombros —esos hombros hermosos, morenos—, y lanzó un penacho de volutas de humo.

—A los tres días de estar sola en el hotel comencé a aburrirme. Andaba sin compañía, visitando tiendas sola, yendo sola a la ópera... donde los muy cretinos hombres me lanzaban miradas a espaldas de sus mujeres. Finalmente me sentí irritada con mi pobre marido, aunque por supuesto no era culpa suya si no podía venir.

Lanzó una risita al volver a dar una pitada al cigarrillo.

—La mañana del cuarto día bajé las escaleras... me sentía terriblemente atractiva y orgullosa de mi misma. Vestía una chaqueta con falda color café con leche, muy claro... ¡me sentaba de maravilla!

Tras una pausa, prosiguió: —Y llevaba un gran sombrero negro con una nube de plumas de águila blanca. Me asusté cuando un hombre casi me lleva por delante. ¡Oh, si! Era un joven oficial desbordante de vida, un animal espléndido: el aristócrata alemán en mejor expresión. No parecía muy alto, con su uniforme azul oscuro, pero estaba lleno de vitalidad. Cuando lo miré a los ojos sentí un choque eléctrico, que me recorrió como un fuego. ¡Oh, si! Esos ojos se encendieron al volverse conscientes de mi presencia... y eran del mismo color azul claro que los ribetes de su uniforme. Me miró... ¡ah! Y entonces hizo una reverencia, el tipo de reverencia que una mujer goza como una caricia.

—“*¡Verzeihung, gnädiges Fraülein*”

—Me limité a hacer una inclinación de cabeza —prosiguió la relatora—, y cada uno siguió por su camino. No parecíamos movidos por nuestra propia voluntad, sino por algo mecánico que nos impulsaba.

“Ese día me sentí intranquila, no me podía quedar quieta en ningún lado. Algo se agitaba dentro de mis venas. Estaba tomando el té en la Brühler Terasse, y mirando pasar a la gente en una suerte de procesión mecánica contra el marco del ancho Elba inmóvil, cuando de pronto él se detuvo frente a mí, saludó y tomó asiento, en actitud a medias de disculpa, a medias temeraria. No me sorprendía tanto él, como la mecánica procesión de transeúntes. Y me di cuenta de que me creía una *cocotte*...

Contempló pensativamente la habitación, y en sus ojos oscuros el pasado volvió a asomar peligrosamente.

—Pero el juego me divertía y excitaba —continuó—. Me dijo que esa noche tenía que ir a un baile de la Corte... y luego agregó en tono apasionado, entre indiferente y suplicante:

—“¿Y después...?”

—“¿Y después...?” —repetí yo.

—“¿Puedo...?” —preguntó.

“Le di entonces el número de mi habitación —prosiguió mi interlocutora—. Volví caminando despacio al hotel, me vestí para la cena, y charlé con alguien sentado a mi lado; pero tenía una o dos horas por delante, antes de que él llegara. Ordené mis objetos de plata, cepillos y otras cosas en el tocador, y mandé pedir un gran ramo de lirios del valle, fueron colocados en un bol negro. Las cortinas eran de un delicado tono rosa, y la alfombra de un color frío, casi blanco, con un borde rosa leonado y turquesa; artesanía persa, imagino. Recuerdo que me gustaba. ¡Y la habitación se sentía fresca y expectante, como yo misma!

“La última media hora de espera, ¡qué curioso!, yo ya no parecía sentir nada, ni tener conciencia de nada. Yacía recostada en la oscuridad, apretando contra el cuerpo mi hermoso vestido celeste de Crêpe de Chine para reconfortarme. ¡Oí que alguien trataba de abrir la puerta, y contuve la respiración! Entró rápidamente, echó llave a la cerradura, y encendió todas las luces. Allí quedó parado, el centro de todo, con la luz refulgiendo en su brillante cabello castaño. Sostenía algo bajo su capa. Entonces se me acercó, y extrajo un enorme ramo de rosas rojas y rosadas que me arrojó. ¡Fue delicioso! Algunas estaban frías cuando me cayeron encima. Se quitó la capa. Me encantó su figura, en su uniforme azul; y luego, ¡Oh, sí!, me levantó de la cama, con rosas y todo, y me besó... ¡cómo me besó!

Hizo una pausa al recordarlo.

—Sentí su boca a través de la fina tela de mis ropas. Por un instante se quedó inmóvil, lleno de pasión. Entonces me arrancó el salto de cama, y se puso a mirarme, manteniéndose a cierta distancia. Tenía los labios entreabiertos, con expresión de maravilla, pero aun así parecía que los dioses mismos debían envidiarlo: ¡maravilla, adoración y orgullo! La veneración de que me hacía objeto terminó por ganarme. Me depositó nuevamente sobre el lecho, me cubrió con gran dulzura, y dejó las rosas del otro lado, amontonadas cerca de mi pelo, sobre la almohada.

“Sin sentir la menor vergüenza ni timidez, se quitó la ropa. Era adorable: tan joven, algo enjuto pero fuerte, con un cuerpo que sencillamente irradiaba su amor por mí. Se quedó mirándome, lleno de humildad; y yo extendí las manos hacia él.

“Nos amamos la noche entera. Cuando se sentó en el lecho había sobre su cuerpo pétalos de rosa aplastados, deshechos, que semejaban gotas de sangre carmesí. ¡Oh, cuánta fiereza había en él, y a la vez cuánta ternura!”

Los labios de Anita temblaron ligeramente e hizo una pausa. Luego, muy despacio, prosiguió:

—Cuando me levanté por la mañana se había ido, y en su tarjeta de baile con una corona dorada que dejó en la mesita de luz había escrito unas pocas palabras apasionadas, implorándome que volviera a verlo en la Brühler Terasse esa tarde. Pero yo tomé el expreso de la mañana a Berlín...

Ambos permanecimos muy quietos. Creí sentir el rumor del río que se arrastraba en la distancia, perdiéndose en la mañana.

—¿Y...? —dije.

—Y nunca volví a verlo.

Seguíamos inmóviles. Entonces ella rodeó con los brazos su rodilla brillante, y la acarició con su boca, amorosamente, como condoliéndose. Los fulgurantes dragones verdes de su bata parecían gruñirme.

—¿Y sientes remordimiento? —dije por fin.

—No —contestó, casi sin prestarme atención—. Recuerdo cómo se desprendió el cinto con la espada de la cadera, cómo arrojó todo sobre el otro lecho, con un ruido tintineante...

Yo hervía de furia contra Anita. ¡Por qué habría de amar a un hombre solamente por el modo en que se quitó el cinto!

—Con él —murmuró—, todo parecía inevitable.

—Hasta el hecho de que no volvieras a verlo —repliqué con sequedad.

—¡Sí! —dijo tranquilamente.

Meditabunda y soñadora, siguió acariciándose las rodillas.

—Él me dijo: “Somos como las dos mitades de una nuez”, —rió ligeramente—. Me dijo frases hermosas: “Esta noche, tú eras una Respuesta”. Y luego: “Cualquier punto de tu cuerpo que toque me hace revivir de placer”. Y también dijo que nunca olvidaría el contacto aterciopelado de mi piel. Sí, me dijo montones de cosas hermosas.

Anita las repasó mentalmente en forma patética. Yo permanecía sentado, mordiéndome el dedo por la furia.

—E hice que me dejara ponerle rosas en el pelo —continuó ella—. Se quedó todo quieto y buenito mientras yo lo adornaba, lleno de timidez. Su figura era casi como la tuya...

Ese cumplido fue para mí un último insulto.

—Y tenía una larga cadena de oro, con pequeñas esmeraldas enhebradas, y la dio vuelta una y otra vez alrededor de mis rodillas, dejándome prisionera casi sin pensarlo.

—Y tú desearías que te hubiese retenido prisionera... —dije.

—No —repuso—, ¡no habría podido!

—¡Ya veo! Simplemente, lo mantienes como modelo, como patrón para medir la dosis de satisfacción que obtienes del resto de nosotros.

—Sí —asintió muy calma.

Me di cuenta de que le gustaba ponerme furioso.

—Pero... ¿creía que estabas algo avergonzada de esa aventura? —dije.

—No —respondió, llena de malicia.

Comenzó a cansarme. Uno nunca puede pisar terreno seguro con ella: era siempre resbaladizo, propenso a las caídas. Me quedé quieto, contemplando la luz del sol que manaba muy blanca en el exterior.

—¿En qué piensas? —preguntó.

En el camarero que sonreirá cuando bajemos a tomar el café.

—No... ¡dime!

—Son las nueve y media.

Ella manoseó el lazo de su bata.

—¿En qué pensabas? —volvió a preguntar, muy despacio.

—Pensaba en que obtienes cuanto quieres.

—¿En qué sentido?

—En el amor.

—¿Y qué es lo que quiero?

—Sensaciones.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Se quedó sentada con la cabeza gacha.

—Toma un cigarrillo —dije—. ¿Vas a ese sitio donde se anda en trineo, hoy?

—¿Por qué dices que solo busco sensaciones? —preguntó quedamente.

—Porque es cuanto tomas de un hombre. ¿No quieres un cigarrillo? —insistí.

—No, gracias... Y... ¿qué otra cosa podría tomar?

Me encogí de hombros.

—Nada, supongo —repliqué.

Ella siguió tironeando pensativamente del lazo de su bata.

—Hasta ahora, no te has perdido nada... no has sentido la falta de nada... en el amor —dije.

Ella tardó un rato en responder.

—Oh, sí que la he sentido —dijo con gravedad.

Oyéndola, se me paralizó el corazón.